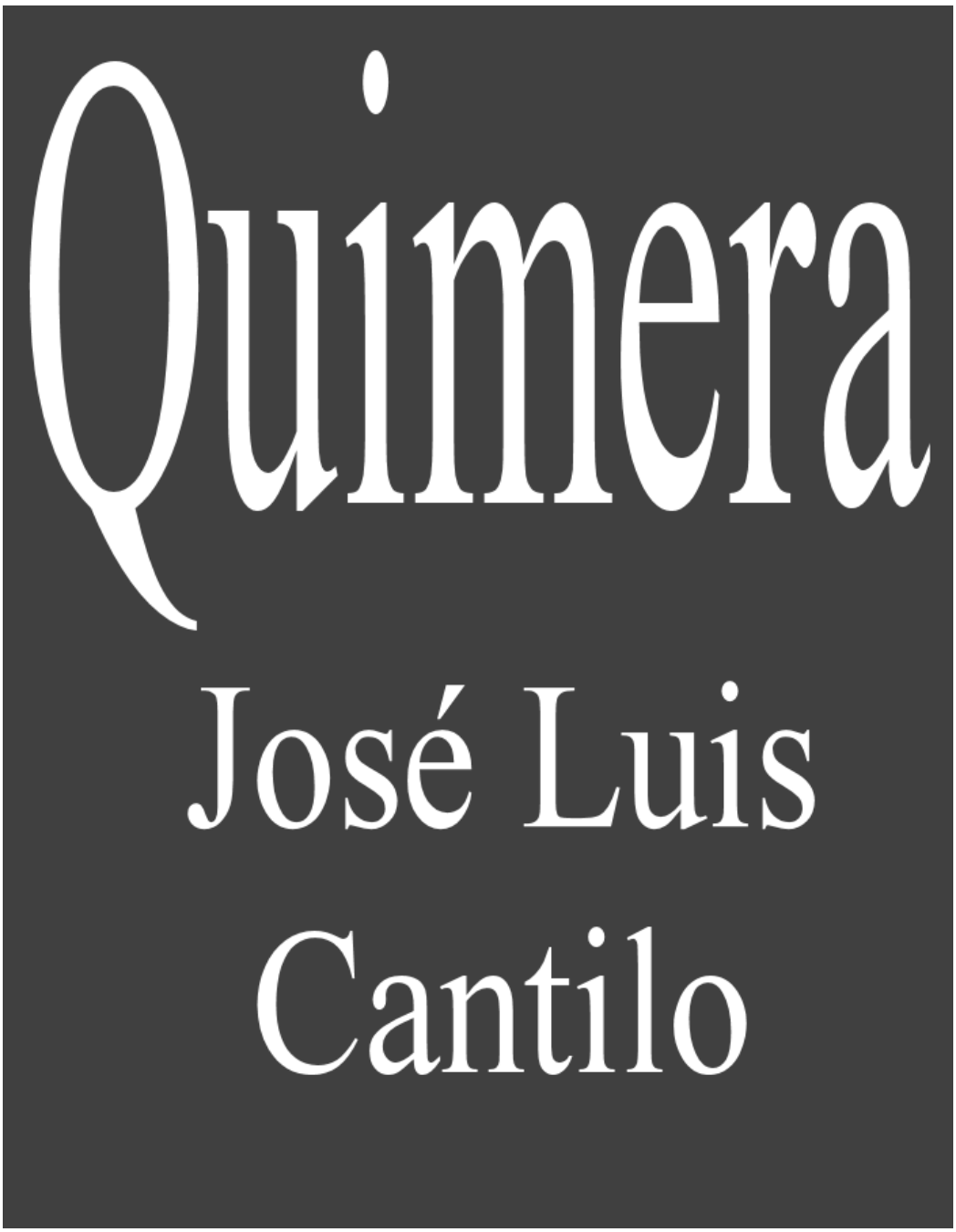
Quimera
José Luis Cantilo



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Quimera

(Boceto de costumbres)

José Luis Cantilo

- I -

El viejo campanario tenía un corte colonial: era bajo, cuadrado y grotesco de líneas. Dominaba, desde el tejado de la iglesia, a la población humilde y reducida, una aldea criolla que contaba algunas docenas de casas, chatas, de pobrísimo aspecto, enfiladas en angostas callejuelas, perpetuamente cubiertas de lodo o de polvo.

Era el monumento de la localidad. Para los candorosos habitantes la intrepidez humana no había intentado obra de mayores proporciones que aquella torre, abrigo de las tres desvencijadas campanas, a cuyo timbre sonoro congregábanse domingo a domingo los fieles en la nave desnuda del templo.

De allá arriba habían partido todos los ecos, y quien más, quien menos, recordaba haber escuchado con lágrimas de alegría o de dolor en los ojos, los toques acelerados o lentos de las viejas amigas, que anunciaban a la villa, o una felicidad o una desdicha.

Frente al templo, extendíase la plaza principal, una manzana de tierra con un bosquejo de jardín y algunos árboles. Era el orgullo de la aldea. La vida estaba reducida a sus límites. En verano era punto obligado de reunión de los jóvenes. En invierno nadie pensaba en divertirse porque no era posible frecuentarla. En ella se festejaban los días patrios, se repartían anualmente los premios a los chicos de las escuelas, se celebraban las fiestas de carnaval, los meetings políticos y las elecciones, y los domingos, después de la única misa, los viejos trataban sus negocios bajo los árboles, en los toscos bancos de pino enclavados en la tierra.

El comercio la había encerrado en un círculo de tiendas, de almacenes y de casas de venta, cuyos muestrarios, exhibidos en las veredas, daban a los alrededores un aspecto característico.

En el extremo opuesto a la iglesia, levantábase el «palacio municipal», una construcción mamarrachesca, pintada de amarillo, con anchas franjas blancas. La remataba una asta de enormes proporciones, donde los días festivos flameaba la bandera nacional, con íntima satisfacción de vecinos y autoridades, doblemente importantes bajo los auspicios de los colores patrios.

Ningún paraje más apacible en la República que aquel rincón de provincia, al cual no habían llegado aún los refinamientos de la civilización, donde se ignoraban las molestias y las ventajas de la vida agitada de las grandes ciudades, y la necesidad de las novedades sensacionales difundidas por la prensa. ¡El periodismo! Tenían de sobra con los diarios de la capital, leídos todos los días en voz alta y en presencia de un concurso numeroso, en el almacén de don Enrique; las noticias locales no exigían hojas impresas para circular. Los parroquianos las llevaban una por una, las exponían con pelos y señales entre mate y mate, y la concurrencia se encargaba de comentarlas sabrosamente, estudiándolas bajo todos sus aspectos primero, y repartiéndolas luego con innumerables y pintorescos detalles.

Para los asuntos de mayor trascendencia, don Enrique había llenado poco a poco, con habilidad suma y en provecho propio, las necesidades más apremiantes. En la trastienda de su negocio, punto obligado de reunión de los notables de la aldea, un gran cuadro de madera ostentaba, haciendo funciones de diario, numerosos anuncios: municipales, de simple *réclame*, disposiciones, ofertas y demandas, con más las fúnebres invitaciones al sepelio de los restos del vecino muerto, «a nombre de la familia atribulada que quedará eternamente agradecida», según lo había consagrado la antigua fórmula.

Y así se vivía en aquella tierra, sin la menor conmoción, hoy como ayer, como mañana y como siempre. Sostenían los sencillos vecinos que no había habido nunca motivo para que otra cosa sucediera, pero en realidad la apacible existencia respondía exactamente a sus tendencias, a sus costumbres y a sus sentimientos.

Ni la política los conmovía; era para ellos un accidente. Consideraban a las elecciones como a actos desprovistos de toda importancia. Algunos días antes de la «lucha», llegaban a la ciudad las listas impresas, que eran profusamente repartidas por los agentes electorales; el día fijado por la ley se depositaban en la urna, y todo el mundo volvía a sus tranquilas tareas, sin preocuparse de la influencia que pudieran tener aquellos cuantos votos en los destinos de los favorecidos.

Era esencial para la población que las autoridades locales velasen porque no se robase, porque no se matase y porque se respetasen en todas las circunstancias los sagrados derechos de los vecinos. Lo restante carecía de interés; no valía la pena de un comentario.

De mañana animábanse las angostas callejuelas; luego, durante las horas de sol, se dormía la siesta, para reaparecer al caer la tarde, los viejos, rumbo al almacén de don Enrique, los mozos, en grupos, en las esquinas, y las muchachas en las puertas de calle, ataviado el cuerpo con telas de colores chillones, adornada la cabeza con flores y cintas, y el rostro grotescamente cubierto de polvos.

Era la tercera casa, en la cuadra siguiente a la ocupada por la iglesia parroquial; un edificio modesto, con un par de ventanas y una ancha puerta sobre la calle. El interior estaba distribuido y ordenado a la antigua usanza española: zaguán, puerta de hierro, gran patio cuadrado por las habitaciones, luego otro zaguán, e inmediatamente después la huerta, enorme, plantada de árboles frutales y animada por una buena cantidad de aves domésticas.

Alquilaba aquella vetusta mansión y la habitada desde tiempo inmemorial, don Raimundo Álvarez, hijo de la localidad, a la sazón de unos cincuenta y cinco años. Alto de estatura, grueso de cuerpo y sanguíneo de rostro, era Álvarez el prototipo del comerciante criollo de campaña , sin iniciativas, torpe, incapaz de acometer otra empresa que la de vender a algunos centavos menos que sus competidores, los pocos artículos de su modesta tienda.

Desgraciado en todos los negocios que en su vida había emprendido, halló al fin el *desideratum* en la exigua renta producida por el mostrador de «El Porvenir», renta que no alcanzó jamás a cubrir el presupuesto de gastos de su hogar, presentado implacablemente el 30 de cada mes por misia Rosario, su opulenta consorte.

Era ésta una matrona de cincuenta años, de fisonomía tosca e irregular, deforme de cuerpo hasta donde puede serlo una mujer que no dotada de líneas esculturales, se abandona joven a una grosura paulatinamente convertida en impresentable obesidad.

De su inteligencia puede hacerse un elogio elocuente: que don Raimundo había tenido en cuenta, al elegirla entre las mozas del lugar, aquello de «cásate con tu igual». Y quizás el

propietario de «El Porvenir», con el andar del tiempo, llevase aún ventaja a su mitad, que parecía haber ido perdiendo en intelecto, lo que había ido ganando en carnes.

Completaban el edificante cuadro, un par de muchachas, de veinte años la una y diez y nueve la otra, y un mocetón que frisando en los veinticinco, representaba algunos años más de los que en realidad tenía.

Ambas hermanas eran feas y morrudas. Habían heredado de sus padres la fortaleza indestructible, los rostros de líneas irregulares, las narices de anchas ventanas y las bocas sensuales; resultando una extraña pero admirable refundición de sus progenitores: tenía ésta la sonrisa bonachona de D. Raimundo; aquella la frente estrecha de misia Rosario; la una era alta, baja la otra, y ambas dos, obtusas de inteligencia, burdas, supersticiosas y de una infelicidad rayana en la estupidez. Eran además, excelentes, bondadosísimas, modelos de apacibilidad de carácter «mujeres completas, capaces de hacer la felicidad de cualquiera» según la frase consagrada por la virtuosa y apoplética mamá, entre contoneos, suspiros y golpes de abanico.

Ofelia y Domitila no habían salido sino una sola vez de la villa -con motivo de un viaje que el dueño de «El Porvenir» debiera efectuar a Buenos Aires algunos años antes de la época en que acontecen los sucesos que narramos.

Regresaron las muchachas hablando pestes de la capital. Sí, aquello era más grande, y había más casas, y más movimiento -pero ¡qué bochinche! -¡qué falta de gente conocida! -¡qué aburrido! El último día lo habían pasado en el hotel, deseando que llegara el momento de tomar el tren. Y luego -¡qué insolentes los hombres! -¡qué mamarrachos las mujeres! -¡qué guarangos todos! -¡Jesús! ¡y cómo las habían mirado! -¡Si no parecía sino que hubieran sido *tipos extraordinarios*!- Y lo que era peor -aquello no lo perdonarían nunca -¡cuánta gente se les había reído en la cara, por la calle, en los tramways, hasta en un bendito teatro por secciones- la única compensación de los malos ratos, si las impertinentes risas no hubieran venido a amargarlo todo!

Y la razón de la burla fue que cargaron para realizar el viaje con los trajes más llamativos y con los sombreros más estrafalarios, y que continuaron empolvándose en Buenos Aires con el aplomo con que lo habían hecho siempre en la aldea.

Cuando de regreso se hallaron de manos a boca con Manolo, un pasionista de la capital, lo increparon furiosamente:

-Muy lindo tu Buenos Aires, ¿eh? Ya nos van a *agarrar* otra vez. ¡Cómo no! Andá vos todo lo que quieras que lo que es nosotras estamos aquí perfectamente.

Apegáronse al terruño con fuerza. Sus vestidos fueron desde entonces más chillones y la cómica cursilería recrudeció de una manera lamentable, torpemente fomentada por los padres.

¿No eran acaso felices? Ocupaban en el lugar una posición distinguida, contaban con numerosos admiradores... ¿a qué más podían aspirar? ¿A casarse? ¿Habían dudado alguna vez de que el suceso se produciría? Era cuestión de tiempo, pero al fin, un hecho fatal e inevitable.

Y con estas ideas tranquilizadoras, una salud a toda prueba y la adoración de los viejos, vivían felices y contentas, realizando puntualmente un simplísimo programa de vida: pasar, tarde a tarde, de las tareas domésticas a la puerta de calle, y a menudo a la plaza.

- II -

Manolo había estudiado en Buenos Aires hasta los 24 años. Entregado a su propio impulso, a cargo, más ilusorio que real de una vieja tía, había hecho todo lo que puede hacer un muchacho de su edad en una gran capital: pasear, divertirse y adquirir intermitentemente algunos conocimientos.

Ni su carácter ni su temperamento lo inclinaban al libertinaje: no había sido, pues, un calavera, sino un enfermo de haraganería crónica, fomentada por los amigos del renombrado colegio, a que diez años antes lo enviara su padre, sin la más ligera noción del abecedario. Aquellos compañeros pertenecían en su mayor parte a familias pudientes de la capital, y eran unos inválidos del estudio, viciosos e incapaces, entregados en último extremo al rigor, para tentar por la fuerza un resultado que no habían logrado dar todos los sistemas ensayados hasta entonces.

A empujones aprendió Manolo a leer y a escribir, luego, penosamente, dejando una materia para el año siguiente, fracasando en las pruebas, perdiendo cursos, en siete años de luchas y de contrastes se halló en condiciones de atacar los estudios preparatorios.

D. Raimundo creyó que sus aspiraciones estaban colmadas; pero debió ceder a las reflecciones del director del establecimiento, un profundo conocedor de sus clientes, que dejaba entrever, en una diplomática misiva, la posibilidad de hacer un doctor del muchacho.

¡Un doctor! La sola presunción hizo llorar de gozo y de satisfacción a toda la familia.

¡Qué siga! ¡qué siga! ¡qué portento de muchacho! exclamó Álvarez ebrio de felicidad, cerrando la carta de respuesta a Mr. Khinroth, el director de «Buenos Aires Oxford College» - ¡qué siga! ¡Mi hijo doctor! ¡Dios premia nuestros esfuerzos y nuestros desvelos, Rosario! ¡Hijas, aprendan ustedes de su hermano: él hará la gloria de la familia!

Manolo tuvo también un gran contento: para él lo interesante era quedarse en Buenos Aires. Cinco años iban corridos que en combinación con su complaciente tía y con Mr. Khinroth, lograba no ausentarse, ni siquiera durante las vacaciones, a la villa natal.

La última vez que había estado en ella, la tristeza más profunda lo había dominado -una invencible nostalgia del bullicio, de la luz, de los compañeros alegres, de los teatros favoritos, cuyas representaciones escuchaba noche a noche desde el paraíso, mientras la buena anciana lo creía apaciblemente dormido.

Fue reprobado en todas las materias del primer año de preparatorios. Insistió en febrero siguiente: pasó en dos. Se presentó de nuevo en diciembre: aprobó una. Aquello era ya intolerable. Mr. Khinroth escribió a don Raimundo, desahuciando en términos benévolos al muchacho.

Manolo llegó a la aldea quince días después.

Toda la familia fue a recibirlo a la estación del ferrocarril, distante unas cinco leguas de la villa. Las muchachas ataviadas con sus trajes de gala; los viejos lloriqueando de placer.

Tras las efusiones del primer momento, vinieron las recriminaciones de don Raimundo.

-¡Ah muchacho, muchacho! ¿Por qué no has estudiado?

Ea, ea, repetía misia Rosario, vida nueva, vida nueva. Se acabaron esas cosas. A ver como te portas ahora. Es necesario trabajar. Viviremos juntos y no nos separaremos más ¿no es cierto? Ya no nos separaremos más.

Te presentaremos nuestras amigas, agregaba Ofelia.

Y te divertirás mucho, decía Domitila abrazándole hasta sofocarle.

Manolo no pronunciaba palabra. Paseaba su vista de don Raimundo a misia Rosario, de ésta a Ofelia y de Ofelia a Domitila. Estaba aterrado. ¿Aquella era su familia?

Se instalaron en una volanta -¿podía darse tal nombre a aquella galera, sucia y vieja, tirada por tres caballos escuálidos, y manejada por un criollo de tez bronceada?

Ya en marcha rompió Ofelia.

-Pero dí algo Manolo ¿qué te pasa? ¡Si traes una cara de funeral! ¿No estás contento?

-¿Yo? Sí, sí, muy contento. Quizás la emoción... el cansancio... no me encuentro bien...

-¡Jesús! Estalló misia Rosario, ¡hijo de mi alma! Es claro, ¡a quién le van a hacer bien semejantes viajes! Te meterás en cama en cuanto lleguemos...

-¡No mamá! ¡No, esto es pasajero! Y no pudiendo resistir por más tiempo a la obsesión de aquellas caras de arlequines con que se le presentaban sus hermanas, agregó inopinadamente:

-¿Por qué se han puesto tantos polvos?

-¿Tantos?... dijeron a un tiempo las dos muchachas mirándose asombradas.

-Sí tantos.

-¡Pero hijo, aquí se usan muchos más, nosotras no somos de las exageradas!

Manolo calló.

-¿Aquí? ¿Qué significaba aquello? ¿Tenía la aldea sus modas? Luego le llamaron la atención los colores de los trajes, y sin poder reprimirse preguntó de nuevo:

-¿Y esos colores también se usan?

-¿Cuáles?

-¿Los de los trajes?

-De última moda, hijo, éstos son géneros que acaba de recibir papá de Buenos Aires.

-¡Ah!

Todos callaron. Hacía un día un sofocante. El sol caía a plomo, un sol de enero, implacable. La galera desaparecía a menudo en la nube del polvo que levantaban los caballos.

-¿Falta mucho tiempo aún? Preguntó Manolo.

-Una hora.

-Ustedes disculparán si no hablo, me reservo para la llegada: la tierra me daña la garganta y estoy fatigadísimo.

-¡Es claro! Respondieron automáticamente todos.

Y el silencio se hizo de nuevo. Las muchachas lo contemplaban con curiosidad; los padres con ternura.

-¡Qué buen mozo está! Decía Domitila al oído de Ofelia, en tanto que misia Rosario aproximándose a don Raimundo, le murmuraba:

-¡Qué buen aspecto ha echado el muchacho!

Manolo llevaba oprimido el corazón y seca la garganta. Sus temores se convertían de un golpe en angustiosa realidad. ¿Era entonces fundado el terrible presentimiento? Y él, Manuel Álvarez, ¿habría de soportar por jamás el martirio constante del medio que le aguardaba, habría de hacerse alguna vez a sus hábitos y a sus gustos?

Rechinaban en el silencio las ruedas del viejo vehículo y de cuando en cuando la voz del cochero rompía la monotonía de la marcha, gritando cadenciosamente:

¡Zaaaino! ¡Neeegro! ¡Jiiiu! ¡Vaaamos!

Y el tiempo transcurría, lento, igual, terriblemente monótono.

¡La torre! ¡la torre! Exclamaron palmoteando las muchachas, al cabo de un largo rato.

Era cierto; en el fondo, sobre el horizonte gris, se levantaba la torre de la iglesia, el notable monumento de la aldea. Faltaba todavía algún tiempo para llegar.

Manolo miraba instintivamente hacia atrás; la pampa se extendía inmensa, soberana, árida y gris. El muchacho hubiera deseado descubrir allá, lejos, muy lejos, en el límite del vasto territorio, la ciudad populosa, civilizada, exuberante de vida y de riqueza, en que habían corrido los mejores años de su vida -ese era el pasado, un pasado de ventura que desaparecía para siempre; y cuando volvía los ojos hacia adelante y veía perfilarse más y más cada vez aquel montón de casuchas que constituían la villa natal, sentía como si el corazón fuera a saltarle del pecho y entreveía el porvenir, un porvenir azaroso e incierto, preñado de miserias y de sinsabores.

- III -

Durante los primeros tiempos luchó: hoy por una cinta; mañana por corregir una inconveniencia; otro día por inculcar algunos conocimientos; por evitar siempre que sus hermanas y sus padres fueran como eran todos los habitantes de la aldea: ridículos, pretenciosos, ignorantes y fatuos.

¡Vano empeño! Cuando tras larga lucha, Manolo se convenció de que aquello estaba en la sangre, se dio por vencido. Fue a tiempo. La situación se complicaba. Ya no era solamente el muchacho el que hacía recriminaciones a los suyos; eran éstos, los que se sublevaban contra las rarezas de aquél.

-Tú has tomado unas costumbres en Buenos Aires que te han cambiado por completo, decía indignada misia Rosario. Toda nuestra educación ha desaparecido: ¡eres un salvaje!

El estallido final tuvo su origen en una insignificancia: un paseo campestre. La villa estaba en revolución desde dos días antes. Debía irse a almorzar a «la laguna», un pintoresco paraje, distante dos leguas de la localidad. El día señalado para la fiesta, era sofocante: Manolo vistiose de blanco, con un traje ligero y apropiado a las circunstancias. La familia se sublevó definitivamente.

-¡Qué te has imaginado, decían a un tiempo don Raimundo, misia Rosario, Ofelia y Domitila, metiéndole las manos por los ojos, que porque esto no sea Buenos Aires, has de burlarte de nuestra sociedad y has de ponernos en ridículo! ¡No, che, seremos pobres y humildes, pero no somos zonzas, gritaban furiosamente las muchachas, no, sabemos cómo se hacen las cosas, y aquí, entendelo bien, si no hay lujo como allá, hay muy buen gusto y mucha decencia y toda es gente bien!

Manolo dejó pasar la tormenta.

-Pero en definitiva, dijo al cabo de un rato, qué es lo que ustedes pretenden, explíquense, yo no entiendo una palabra de todo esto.

-Lo que queremos, caballerito, es que se vista usted como se debe o que no vaya, rugió don Raimundo.

-¿Y cómo debo vestirme?

-De levita.

-¡¡De levita!!

-Sí, señor, o quedarse, como usted guste.

-¡¡Pero señor, voy a sofocarme!!

-Se la quitará usted allá.

-Muy bien, y me quedaré en mangas de camisa ¿no es eso?

-Naturalmente, como todo el mundo.

-Pues no voy. Por otra parte ya saben ustedes que no he sido el más empeñado en asistir a la fiesta.

-Nada perderá con tu ausencia, pretencioso, balbuceó Ofelia lívida de rabia.

-Ridículo, agregó Domitila.

-¡Tonto! Concluyó misia Rosario.

Y se fueron. En el carruaje don Raimundo decía:

-¡Está inaguantable!

Manolo pensaba entre tanto:

-¡No puedo más!

Cuando hubieron regresado, los reunió en consejo de familia.

-Nuestra vida en común se va haciendo intolerable, dijo. Estoy siendo la causa de perpetuos desagrados y esto me aflige y me contrista. Me declaro culpable, y me propongo no volver a darles un sólo disgusto. Voy a pedir a ustedes una sola tolerancia en cambio de mi resolución: que respeten mis *rarexas*, como ustedes llaman a mis exigencias y a mis hábitos; que no me digan una palabra, que me compadezcan, y que me dejen con las ideas extravagantes que desgraciadamente he traído de Buenos Aires.

Todos callaron.

-Convenido amiguito, dijo al cabo de algunos minutos don Raimundo, por mi parte no me opongo a lo que usted solicita respetuosamente.

-Ni por la mía...

-Ni por la mía...

-Ni por la mía... exclamaron las tres mujeres.

-...pero he de decirle una vez por todas, arguyó con solemnidad el jefe de la familia, que será usted muy desgraciado. Que ha traído la cabeza llena de ideas extravagantes y que con eso no se hace patria, que la vida es la vida y que hay que luchar y someterse a la experiencia de los padres, porque ellos son lo que nos guían por el sendero de la justicia y de la virtud. Yo me he formado en las desgracias y sólo al cabo de muchos años de luchas y de sinsabores he logrado establecer «El Porvenir» sobre sólidas bases. Espero que se hará usted hombre de provecho y que me sucederá en la tienda, pronto y bien: ya estoy muy fatigado.

¡La tienda! ¡El fantasma había de aparecer una vez más, abrumador, horrible!

Era pueril su resistencia a la honesta ocupación pero, era firmísima, irrevocable: aquel suceso marcaría la muerte del hombre de ideales, ahogaría en un instante todas las esperanzas silenciosamente acariciadas durante años enteros; -¡esperanzas de brillo, de figuración, de honores, de satisfacciones infinitas!

Entonces indignábase consigo mismo y temblando de dolor y de rabia, decíase en voz baja: aldeano torpe y pretencioso, has tenido los medios para llegar a la felicidad y te han faltado condiciones, da vueltas a la noria como la mula, que para eso has nacido, gira eternamente

como tu padre, saca agua, echa barriga, admira a la torre; no pienses en nada y habla de todo, sé fatuo y grotesco: ¡por ahí llegaras a la gloria!

¿Era posible? Ya no, desgraciadamente: tenía dentro una fiebre voraz de combates y de triunfos, que lo consumía hora por hora y que lo torturaba hasta la locura. ¿Dónde combatiría, con quién y cuándo? ¿Cómo llegaría a la anhelada meta?

No lo sabía, ni lo averiguaba: bastábale sentir que el mal estaba allí, hondo y constante; para rechazar la vida de la tienda, no tenía necesidad de analizar largo tiempo su estado de espíritu: la sola enunciación del destino que le había deparado la suerte, le ponía fuera de sí, perturbaba todas sus facultades.

Aquella tarde, sin embargo, cuando después del paseo, su padre le presentó el problema con tanta claridad como torpeza, Manolo se sobrepuso a las circunstancias y sin afectación, apenas palideciendo ligeramente -respondió:

Ya sabes que estoy esperando tus órdenes.

-Bien; el primero del mes entrante.

-Sea: el primero del mes entrante.

Los días volvieron a transcurrir sin alteraciones de mayor trascendencia: alguna discusión cortada a tiempo para evitar las reconvenciones destempladas de los suyos; alguna salida a la calle para leer los diarios de Buenos Aires, a la hora de la siesta, cuando todo dormía en el lugar: luego nada, como no fuera engolfarse en varias novelas que había traído de la capital y que leía desesperado por el calor, casi a oscuras en su desmantelado cuarto.

Antes de concluir aquella semana produjose todo un acontecimiento en la modesta casa: Manolo consiguió inesperadamente una posición brillante: el nombramiento de maestro de la única escuela de la aldea.

Don Raimundo se sintió vivamente conmovido y la noticia fue un motivo de satisfacción para toda la familia, incluso el mismo Manolo que aceptó el puesto ebrio de emoción y de gozo. Aquella insignificancia tenía una importancia capital para el muchacho: ¡alejaba por algún tiempo el mostrador de «El Porvenir», la amenaza que incesantemente lo perseguía, se pesadilla perpetua!

¡Con qué amor se entregó a sus nuevas tareas, cuánto empeño, cuánta pasión puso en las primeras lecciones dadas a los pequeñuelos de toscas y empacadas fisonomías, que le escuchaban mirándole fijamente con sus ojos sin expresión, reflejando en los rostros la dificultad con que los conocimientos iban elaborándose en los embrutecidos cerebros, habituados al monte o a la pampa, a la contemplación muda, al ascendiente estúpido de los padres!, -unas pobres bestias de carga disfrazadas de hombres o de mujeres.

Era animoso, alegre y satisfecho que todas las mañanas se plantaba en la puerta de la escuela a esperar a sus discípulos. Llegaban éstos aislados o en grupos, con sus librejos debajo del brazo, confusos y hoscos, dando vueltas entre las manos a las toscas gorras.

Manolo los animaba con el ademán y con el gesto; tenía una palabra amable para cada uno y se complacía hondamente con el infantil desfile. ¡Qué admirable raza sería la de los argentinos del futuro! En sus chicuelos, como él los llamaba, tenía una prueba palpable de la enorme fusión de nacionalidades que se estaba operando en la República: italianos, franceses,

irlandeses, alemanes, españoles, hasta rusos, matizaban las clases de la manera más extraña: al lado de la fuerte contextura y la bronceada tez del criollo, ofrecía un violento contraste el extranjero de depurada raza, cabellos rubios, ojos azules y endeble cuerpecito.

En sus largas divagaciones iba a veces muy lejos el soñador de Manolo y después de haber examinado todos los tipos, imaginaba una nación futura excepcional, de hombres bellos y fuertes, la resultante de la humanidad derramada por años enteros en las inmensas playas argentinas.

Cuando alguna vez, se le fue la lengua en su casa y presentó desnudas sus esperanzas, pintando el argentino del porvenir, como una combinación perfecta del valor y la nobleza del criollo, el ágil espíritu del francés, la indomable tenacidad del inglés o del alemán, la hidalguía del español y la inspiración del italiano, su padre le interrumpió violentamente:

-¡Bah! ¡bah! ¡bah!, tonterías, sandeces. Los que nos han embromado han sido los *gringos*: antes todos éramos iguales y todos nos conocíamos. Ahora no somos otra cosa que unos afeminados; ya no podemos andar a caballo, sino en ferrocarril o en coche. Los *gringos* han cambiado hasta la moneda para robarnos y explotarnos. ¡Aquí los hacemos gente, pero ellos encuentran zonzos como vos a quienes les hacen creer que son duques y condes y que sé yo cuántas cosas!

Caído de las nubes aquella vez, Manolo resolvió ser más cauto; decididamente él no tenía tacto para tratar a los suyos: sus opiniones, sus juicios, sus fallos, levantaban verdaderas tempestades en el hogar, un medio virgen, refractario al progreso moderno, apegado a las costumbres tradicionales, evidentemente inferior a sus aspiraciones y a sus gustos.

A veces, después de algún estallido, en que había habido gritos y hasta insultos, Manolo se encerraba desesperado en su cuarto:

-¿Por qué no lo habían educado a él también en aquel medio? ¿Por qué lo habían mandado a Buenos Aires? ¿Por qué le había hecho presa el anhelo voraz de elevarse a costa de todo, de perfeccionarse día a día, de prepararse para otros campos? ¿No era acaso bastante la aldea? ¿Su padre, su madre, sus hermanas, todos los habitantes del lugar no habían sido felicísimos? ¿No llegaría él también a serlo? No, era ya imposible, una voz secreta se lo decía tenazmente en todos sus momentos de duda: ¡anda, avanza, combate, triunfa!

La escuela era su consuelo, todo el objetivo de su vida; él cumplía sus obligaciones y las de los demás, daba lecciones después de las clases, se multiplicaba para aturdirse, para ganar tiempo, para no oír hablar de «El Porvenir»: los chicuelos le adoraban y él los amaba tiernamente; su placer era ese, sentirse en un ambiente de simpatía y de cariño, por algunas horas; fuera de la escuela no tenía otro programa que su hogar, donde se espiaba sin descanso la oportunidad de amargarle la vida.

- IV -

Manolo había llevado de Buenos Aires, entre sus múltiples recuerdos, un retrato. Era la única prueba material de una aventura pueril, de una debilidad de muchacho, religiosamente guardada siempre, para evitar, en la capital, las burlas de los amigos y en la aldea, las ferocidades de su familia. Todo el misterio de que había rodeado aquella, que consideraba su

indomable pasión, la hacía para él más grata y más seductora. Era sólo tarde de la noche, cuando todo dormía, que Manolo iba hasta el cajón en que depositaba su tesoro, sacaba una pequeña caja, daba varias vueltas a una complicada llave, para encontrar al fin la hermosa fotografía que contemplaba con delicia, por largo rato: aquello se reproducía desde un año antes, y el encanto que en los primeros tiempos atribuía el niño grande a un entusiasmo pasajero, se había afirmado de tal manera, que punto menos que indispensable era el retrato a la existencia del maestro de la aldea.

Para él, su aparición y su compañía en la mesa en que trabajaba hasta altas horas de la noche, evocaba pasados sueños y dulcísimos proyectos, que las realidades de su vida azarosa habían empañado, pero cuyo recuerdo lo impulsaba dándole bríos para luchar.

La bella imagen, de suave e inteligente expresión, hacía de ángel tutelar del maestro, soñador exaltado, víctima de múltiples y fantásticas ideas.

Una pasión tan vehemente y tan irresistible pintaba bien los relieves y defectos de Manolo, sus heroicas tenacidades e incomprensibles desfallecimientos, su temperamento de hierro capaz de afrontar sin titubeos las situaciones más extremas y sus constantes debilidades y vacilaciones.

Recordaba a veces el origen del retrato, la exaltación de su entusiasmo, lo absurdo de su amor vehementísimo y se sonrojaba, encontrándose ridículo y tonto. ¿Corregirse? ¿Por qué y para qué? ¿Acaso llegaría a saberse alguna vez que había profesado aquel culto misteriosamente, con toda la fuerza de su alma? No y mil veces no. ¿Y entonces, si era un placer, un inmenso placer para él, que tan pocos contaba en su vida, la platónica adoración, por qué había de renunciar a ella? Iba haciendo desfilar de esta suerte una serie de argumentaciones diversas, desde las más lógicas hasta las más absurdas, para llegar a la conclusión deseada: que podía sin mayores escrúpulos, continuar en silencio, eso sí, en silencio, el culto de la amada imagen.

¡La amada imagen! Tenía vivas, palpitantes, las impresiones de la tarde de su primero y único robo: lo recordaba como si hubiese ocurrido mucho tiempo después; había ido con Ángel Lamar, una amigo íntimo, a la lujosa fotografía de la calle Florida -el motivo no o retenía exactamente- pero sí su emoción, ante la tarjeta brillante, en medio de la cual aparecía artísticamente impresa, la dulce fisonomía, sonriente, delicada, de líneas admirables. Estaba sobre la mesa, al alcance de su mano, ofreciéndose tentadora: no resistió; fue la obra de un instante, un movimiento casi involuntario, rapidísimo, aquel con que llevó la tarjeta hasta su bolsillo. Cuando se volvió, turbado y confuso, Lamar discutía con el fotógrafo, en el otro extremo del salón: ¡el delito quedaba ignorado y la bella imagen en su poder, para siempre!

¿Quién era? ¿Qué edad tenía? ¿Soltera? ¿Comprometida? ¿Casada ya? ¿Porteña? Morena, sin duda, y muy joven. La fotografía lo decía hasta la evidencia y luego era una fotografía flamante, de un mes quizás, quizás de menos. Se trataba indudablemente de una de las mujeres de moda y de fama en Buenos Aires, de las tantas que sus amigos le habían mostrado, en el teatro, en Palermo, en las calles, soplándole al oído un nombre de campanillas sin que él se hubiese dignado jamás observarlas atentamente.

Marchaba del brazo de Ángel, mudo, preocupadísimo, contestando con monosílabos las preguntas del compañero alegre y entusiasta, un charlatán desbordante de temas, que reía a más y mejor de sus propias bromas, atosigándole a preguntas y aturdiéndole con su cháchara insulsa, y él continuaba silencioso, abstraído en sus divagaciones, imaginando la figura deliciosa de aquella mujercita, pocos momentos antes robada en efigie y gozando con la

pueril posesión de la tarjeta, que estrechaba de rato en rato contra su cuerpo, para certificarse a sí mismo la posesión de su tesoro.

-¿Qué te pasa? ¡Estás hecho un idiota! Estalló de pronto Lamar, sacudiéndole del brazo.

-Hombre, nada, me duele la cabeza; hasta luego.

Y se había ido, precipitadamente, deseoso de hallarse solo, en su casa, en su cuarto, para contemplarla a sus anchas. Durante los días subsiguientes tuvo impulsos de confesar su debilidad, declarando a los amigos que había hallado su ideal, luego, tras largas dudas, decidió callar, afrontando decididamente el riesgo de no conocer jamás el nombre de «la del retrato», como bautizara desde un primer momento a la hermosa muchacha.

¡Conocerla! ¿Para qué? No era mejor guardarla tal como la había obtenido, misteriosamente? Sería su secreto, la pasión de su vida, aquel ser ignorado que él no alcanzaría nunca en la realidad y que lo acompañaría, sin embargo, desde lejos, como una esperanza de días mejores, como el ángel bueno de la vía-crucis que entreveía para el porvenir. Y tranquilo, resuelto, víctima de la adorable ingenuidad de su romanticismo, había vivido desde entonces, en la gran ciudad primero, más tarde lejos, muy lejos de ella, rindiendo culto apasionado a la misteriosa mujer «del retrato».

- V -

Era un día sofocante de mediados de febrero: un sol implacable había envuelto a la villa durante varias horas en una atmósfera de fuego, marchitando los árboles, caldeando la tierra, paralizando la vida. La pampa inmensa, emblanquecida, ávida de agua, entendíase árida y solitaria hasta confundirse con el horizonte, un horizonte turbio, empañado por los ardores violentos del rigurosísimo día; y en la infinita desolación de la naturaleza desmayada - desnuda y silenciosa, alzábase la aldehuela, rompiendo con sus líneas irregulares la abrumadora monotonía del panorama.

Sobre el montón de miserables casuchas, la vieja torre recortábase netamente en el azul del cielo, blanca al sol, pesada y grotesca, como si soportase a duras penas los rayos ardientes de aquel día infernal. De las callejuelas desiertas, surgían impulsadas por ligeras ráfagas de viento norte, pequeñísimas columnas de polvo, que crecían paulatinamente, arremolineando con lentitud en su comienzo, con violencia al fin, hasta azotar los frentes de los edificios y colarse sigilosas a los interiores por puertas y ventanas.

Los habitantes del lugar dormían. Semi-asfixiados por el calor, vencidos por el hábito, los primeros comentarios de la sobremesa del almuerzo, los había hallado somnolientos y pesados, y cada cual había desfilado a su cuarto, a su cama, en las cuales, según usos tan antiguos como la existencia de la villa, Morfeo debía mantenerlos lejos del mundo hasta la caída de la tarde.

Manolo, refractario a la inveterada costumbre, se sofocaba entre las cuatro paredes de su cuarto; en ligerísimo traje, con una enorme jarra de agua a su lado y un libro delante, hacía que leía, procurando matar las horas abominables de la siesta, en que todo callaba a su alrededor, hasta la naturaleza, dominada por el ambiente de aquel verano excepcionalmente caluroso. Irritado y febril, veinte veces se había levantado a entornar la puerta, por donde, de

rato en rato penetraban las ligerísimas columnas de polvo, y otras tantas, había desistido, impotente y desesperado.

Estaba de vacaciones. Había retardado los exámenes todo lo posible, pero al fin, sin explicación lógica, agotados los medios de dilación, las pruebas habían tenido lugar y los chicuelos se habían marchado a sus casas hasta después de la primera quincena de Marzo.

Un año hacía que se hallaba en la aldea. La mayor parte del tiempo lo había empleado en la enseñanza; al restante no recordaba con certeza, qué destino le había dado; había leído mucho, muchísimo y había sufrido: ¡cómo había sufrido! ¿Era él, Manolo, el muchacho alegre del grupo de haraganes de «Oxford College», el que había padecido tanto? Un par de años antes se hubiera reído de buen grado, del Manolo de ahora, deprimido, taciturno y caviloso. ¿Dónde estaban sus alegrías, sus esperanzas y sus ilusiones? ¿Dónde todo aquel empuje, aquella inventiva, aquel carácter que le valieran de sus compañeros el mote de «muñeca»? ¿Se habían ido para siempre? ¿No le quedaba nada del caudal en que cifraba silenciosamente sus dulces proyectos? ¿Era un inservible?

Y analizaba prolijamente su persona y su vida. ¡Su vida! ¡Qué larga había sido en los últimos tiempos! Primero de lucha, de guerra abierta, de contrastes, de amarguras, luego de calma impuesta por la propia voluntad.

Muchas veces después de contenerse estudiadamente se había preguntado a sí mismo: ¿estoy en realidad hecho al medio? ¿Comenzaré a ser aldeano? Había dejado sin respuesta la interrogación por algunas horas, pero luego, en un estallido violentísimo, incontenible, la contestación le había brotado espontáneamente: ¡jamás!

La puerta de la habitación se abrió a mitad de las divagaciones de Manolo, y Ofelia apareció en el marco, bañada por el sol, a medio vestir, hinchadas las facciones por el sueño, los ojos apretados aún, protestando contra la implacable reverberación:

-Ché...

-Hija mía: te he repetido muchas veces que preguntes si se puede entrar. Cualquier día de éstos tú o Domitila se van a dar un chasco.

-¡El delicado!

-No, si no es por mí, es por Vds., que insisto en la advertencia.

-Bueno. ¿No has dormido?

-No.

-¡Qué zonzo! ¡Y con este calor! Yo duermo desde las once, y ni papá, ni mamá, ni Domitila se han despertado todavía.

-¿Qué horas son?

-Las cuatro y media.

-¡Pero no van a dormir nada esta noche!

-Mejor: la fiesta va a durar hasta tarde. Lo que es hoy hijito, antes de las diez y media o las once no nos acostamos.

-¿La fiesta?

-Jesús. Manolo, ¡qué entre! ¡Ya no te acordás que es santo de papá y que vienen a comer las muchachas!

-Cierto, estaba en Babia.

-Como siempre: vos vivís eternamente en esa parte. Me he levantado porque lo que es si yo no hago las cosas, aquí nadie las hace. Hay que mandar buscar el pavo a la panadería; yo no sé ni cuantas horas lo habrán tenido en el horno. Hemos aprovechado porque están haciendo galleta, así es que lo tienen encendido todo el día. ¿Tenés veinte centavos? Yo me voy a poner el traje celeste. Vos estarás de levita, naturalmente. Hay que ser muy amable con los mozos: vienen Domingo Laguna, Ernesto y Pancho, y además la Perla, Manuela, Agapita y la Ñata. Va a ser divertidísimo. A la noche bailaremos. ¡Ah! Sabes que parece... no, no te digo. Vestite. ¡Hasta luego!

Y se fue, dando un portazo formidable. Manolo se había puesto lívido. Al tormento diario, iba a añadirse otro, peor, más fuerte, más doloroso: ¡la fiesta! Confusamente entreveía la irrisoria reunión, con las muchachas empolvadas, groseras y torpes y los mozos zurdos, estúpidos, intolerables.

Estuvo un rato indeciso, abstraído. Luego, reaccionando, se puso de pie, abrió el baúl, echó sobre la cama algunas piezas de ropa y atacó con resolución una *toilette* minuciosa: ¡la primera desde que había llegado de allá, de muy lejos, de la ciudad encantada!

Cuando se halló listo, en su concepto irreprochable, fue hasta el comedor. La casa estaba en plena revolución: escobazos por aquí, plumerazos por allá, en todos los rincones y en todas las piezas una guerra ruidosa con descargas terribles, gritos destemplados, órdenes y contra órdenes. Doña Rosario, de pie, jadeante, enérgica, dirigía la acción contra las invasoras columnas de polvo, insistentes y tenaces, y envuelta en el humo gris del singular combate, semejaba la obesa matrona otra Juana de Arco, menos poética de líneas sin duda, pero seguramente más bochinchera.

Al apercibir a Manolo, elegante y tranquilo, se vino a él derechamente:

-¡Vos siempre el mismo! ¿Qué te sirvan, eso sí, pero lo que es tomarte el menor trabajo, ¿para qué, no es cierto? Qué revienten todos, pero el niño de florcita, eso sí, él de florcita. ¡Zángano de la colmena!

Y volvió a la acción dejando a Manolo estupefacto.

-¡A ver china, pegale un plumerazo a ese cuadro, no, a ese no, a este otro, más fuerte, Jesús, qué inútil, fuerte, fuerte!

El maestro encendió un cigarrillo, miró al cielo azul, de un azul purísimo, en que revoloteaban, ágiles y ligeras, las golondrinas, libres como el aire y -un deseo vehementísimo, hondo, nacido en el alma, se le escapó en tres palabras: ¡ser como ellas!

- VI -

-Papá en la cabecera, dijo Ofelia, empujando a don Raimundo hacia el extremo de la mesa.

-Naturalmente, los mayores en edad, dignidad y gobierno, y en este caso con más razón que en ningún otro, por tratarse del festejado, del opíparo dueño de casa, agregó Laguna, frotándose las manos como si acabara de desembuchar una frase notable.

-La otra para Ofelia, que nos ha preparado con sus manos de princesa la yema quemada, añadió Pancho Arnaldes, perfumado y sonriente.

-Vos aquí, Ñata.

-Usted aquí, Pancho.

Invitados y dueños de casa rodearon la mesa. En la cabecera don Raimundo, a su derecha misia Rosario, a su izquierda Agapita López y en el orden respectivo seguían Ernesto Perales, Domitila, Pancho, Ofelia, Laguna, Manolo, la Perla, Molina, (invitado de última hora) y la Ñata.

-A usted, Ñata, le ha tocado el lado grave, dijo sentenciosamente Perales.

-Claro, murmuró con zocarronería Molina, como que se aproxima al estado a que ha de pasar en breve.

La mesa entera acogió con estruendosa carcajada tan oportuna salida, y doña Rosario, vecina de la Ñata, mordoré de risa, decía entre acceso y acceso: ¡qué bueno! ¡qué bueno! ¡qué bueno!

La sopa humeaba en algunos platos.

-Pero hija, por Dios, terció don Raimundo, interrumpiendo bruscamente los ruidosos efectos de la broma de Molina, volvemos a las andadas: ya sabés que quiero comer a la criolla y que me gusta antes que todo la sandía. A ver, china, retirá esos platos, y venga la sandía.

Y diciendo y haciendo, el corpulento dueño de casa se echó sobre la mesa, derramando una copa de agua, estiró el brazo tan largo cuanto pudo, y triunfalmente, levantó en alto la fuente, en la cual las enormes y brillantes tajadas rojas, esperaban el fatal destino que les estaba deparado.

-Agapita, ¿no se ha manchado usted por Dios?

-No señora, no.

-¡Alegría, alegría! Exclamó Molina, festejando la torpeza del anfitrión.

-¡Pero si es agua!

-A falta de pan, buenas son tortas, agregó el chusco, y todo el mundo estalló de nuevo, presa de verdaderas convulsiones de risa.

Manolo también jaraneaba. Si se hubiera examinado con atención su fisonomía, se hubiera caído en cuenta de que lo que hacía en realidad, era imitar la risa de los demás, contrayendo con violencia la cara y dejando escapar de la garganta sonidos roncos, que podían ser lo mismo carcajadas que gritos. ¡Qué había de reír! Sufría, sufría hasta la desesperación.

Desde que los convidados habían comenzado a entrar, desde que en la sala de su casa se había hallado entre aquella gente, atacado por el perfume inaguantable del patchulí y del agua florida, herida la vista por los trajes de rabiosos colores, y los abultados rostros cubiertos de polvos, extraño en medio del grupo de los elegantes de la aldea, que miraban sorprendidos y risueños su ropa, su corbata y sus botines, cambiando entre sí, con torpe disimulo, signos de burla, toda su fortaleza había caído, y se había abandonado, náufrago de la suerte, a las penurias de la fiesta, con la resolución firmísima de mantenerse alejado de alma, ya que no de cuerpo, del burdo sainete en que le tocaba papel tan principal.

Los demás se preocupaban poco de su silencio, y los temas se renovaban incesantemente, tan monótonos como la aldea, tan áridos como la pampa, tan insustanciales y tan exuberantes como sus hermanas y las amigas de sus hermanas.

-Parece que se casa la hija de doña Jacinta.

-¿Qué me dice?

-Sí; es cosa hecha desde el paseo a la laguna.

-Paquita está con un reumatismo atroz.

¿Ha visto que se usa el verde? Han llegado buenos géneros al «Porvenir». (Sistema de propaganda de don Raimundo).

-Mamá se encuentra instalada en lo de Pepa, que está por salir de cuidado.

-¿Tendremos compañía de zarzuela este invierno?

-¿Qué me dice de la suerte de Dámaso? ¡Se ha sacado veinte pesos en la lotería!!

-El otro día no lo saludé porque no lo vi.

-¡Cállese! ¡Si usted ya no pasa nunca por casa!

-Amigo Manolo, le sopló de pronto Pancho, ¿qué le ocurre que está tan callado?

-Éste, dijo Domitila, es lo que se llama un baúl cerrado. ¡A ver como no se le viene el mundo abajo! No tiene entusiasmo sino para hablar de la espléndida, de la magnífica, de la inmensa ciudad de Buenos Aires. Allá todo es lindísimo. Lo bueno fue que en nuestro viaje no tuviéramos la desgracia de apasionarnos como él, y que por el contrario, volviéramos aquí adorando más que nunca a nuestra preciosa tierra.

-¡Bien por Domitila! Gritó entusiasmado Molina.

-¡Viva nuestro pueblo! Hizo eco Pancho.

Y todos, transportados de alegría, pusiéronse a ensalzar a la localidad, a la que faltaban algunos detalles, poquísimos por cierto, para alcanzar el grado de una ciudad de verdadera importancia.

-A ver china, serví vino, vamos a brindar por la patria chica, estalló don Raimundo.

-¡Bravo!

-¡Bien!

-¡Así me gusta! Respondieron por todos lados.

Y las copas difícilmente llenadas por la sirviente, que echaba con torpeza una buena parte sobre el mantel, antes de dar con el sitio conveniente, fueron bebidas con fruición.

-¿Usted me había hablado de un paseo en proyecto Ofelia? Preguntó Perales.

-Sí, contestó la muchacha, en vez de esta comida. ¡Yo soy tan partidaria de las carnes con cuero en la laguna!

-En... la laguna o en... el «Laguna», ¿cómo es eso? Terció Molina.

Enrojeció Ofelia, cortose Laguna, y hombres y mujeres sacudidos de nuevo por una tempestad de carcajadas, volvieron a echarse hacia adelante, luego hacia atrás, a derecha e izquierda, con la servilleta oprimida sobre los labios, ahogados de risa.

-¡Este Molina es el demonio! Exclamó Ernesto cuando se hubieron serenado.

-¡El demonio! Respondieron todos en coro.

Transcurrieron diez minutos y como las conversaciones se hubieran hecho parciales, y el otro plato no llegara, el impaciente dueño de casa protestó.

-¿Por qué no comemos?

-¿Por qué? Interrogó Ofelia a la china.

-¡Niña, contestó confusa la muchachuela, como usted me dijo que después de la humita, trajera el pavo!...

-¡Y bueno!

-¡Es que no lo han traído todavía de la panadería!

-¡Qué pícaros, andá, corré, pronto, y deciles que te lo den como éste!

Manolo miró con angustia a hombres y mujeres; las conversaciones, un momento detenidas, continuaron como si lo pasado hubiera sido un caso común, insignificante, ya ocurrido en otras ocasiones. El maestro no pudo menos de sonreír visiblemente, en tanto que se decía a sí mismo:

-Imbécil, ¿te acostumbrarás al fin?

-Debemos estar orgullosísimos, exclamó levantando la voz Laguna. ¿Saben ustedes la noticia del día?

-No, dijeron todos, volviéndose al acicalado galán.

-Adivinen ustedes. Nuestra importancia ha aumentado extraordinariamente. ¿Qué ha podido suceder? Pues nada menos que la instalación en «La Paloma» de don Antonio Pérez Piñeiro.

-¡O sea «mírame y no me toques»! Respondió el pizpireta de Molina y vuelta todo el mundo a reír a más y mejor.

-¡A buenas horas! Añadió al cabo de un rato la nerviosa Agapita López.

-¡Valiente posma! Rugió doña Rosario.

-¡Por mí que reviente! Comentó Pancho.

-¡Dios lo guarde! Suspiró, haciendo eco, Manuela Arnaldes.

Y todos, unos más, otros menos, se expresaron en términos violentísimos contra don Antonio Pérez Piñeiro, y su familia, vecinos de la localidad desde horas antes.

-Parece que vienen a pasar un mes, después de otro que han estado en Mar del Plata -agregó Laguna- complementando sus datos anteriores.

-Mar del Plata... Mar del Plata... ¿y qué es eso? Preguntó Domitila.

-Un pueblo como éste, a que se le ha ocurrido, por capricho, ir a la gente rica de Buenos Aires.

-¿Cómo éste? Protestó sulfurando Molina. ¿Cómo éste? ¡Qué más se quisiera! ¡Si ha sido fundado hace unos años apenas! ¡Ni iglesia tiene!

Manolo no pudo contenerse:

-Mar del Plata es un pueblo de baños, sobre el Atlántico, con hoteles hermosísimos y playas muy cómodas.

-¡Ah!

Por algunos momentos no se oyó sino el chocar de los cubiertos y los platos, y el ruido característico de las mandíbulas de don Raimundo al triturar los huesos del esperado pavo.

-Pérez Piñeiro es un nombre que he oído mucho en Buenos Aires, agregó Manolo, ¿qué viene a hacer por aquí?

-Hijito, le respondió Ofelia, los informes son fáciles de dar; a vos te va a encantar el personaje. Es de esos que abundan por tu querida Buenos Aires. Un ricacho egoísta, que odia a nuestro pueblo...

-Que lo odia, añadieron todos en coro.

-... que odia a nuestro pueblo y que es dueño de «La Paloma», una estancia muy linda, que da lástima que esté en tan malas manos. Ese señor y su familia vienen de paso, un mes cuando más, a gozar de las delicias de esta tierra, y traen todo, hasta cura para que les diga misa en la capilla que tienen allá, y no compran nada aquí, y en nuestro pueblo no se les debe ni esto (e hizo sonar una uña entre los amarillentos dientes). Ahí tenés lo que querías saber.

Al terminar Ofelia su precipitado y desfavorable informe, un ruido extraordinario se oyó a la distancia, lejos primero, luego más cerca, más cerca, algo así como un ciclón que se aproximara velozmente, creciendo por segundos.

-¿Tormenta? Preguntó Domitila.

-¡No! ¡El día está espléndido! Contestó Pancho.

-¿Y entonces qué es eso? Insistió Agapita López.

Todos escuchaban suspensos, y nadie acertaba a descifrar el enigma. Las miradas, inquietas, se cruzaban de uno a otro extremo de la mesa, y como el estruendo se hiciera más y más cercano cada vez y el temor se retratara evidentemente en las caras, ya iban a abandonarse los asientos, cuando la causa de la alarma cesó como por arte de encantamiento, y en tanto que una espesa nube de polvo invadía el comedor, atacando las gargantas de los comensales, el llamador de la puerta de calle, nerviosamente manejado, repiqueteaba, anunciando una visita.

Ofelia, movida por la curiosidad, echó atrás el cuerpo, inclinando la silla, y manteniéndose en equilibrio con una mano apoyada sobre la mesa, miró hacia la puerta, anunciando entre temerosa y sorprendida:

-¡Un señor viejo!

- VII -

La chinilla volvió al cabo de algunos instantes:

-Busca al niño Manolo. Me ha dado esto.

Y estiró a Ofelia una tarjeta.

-¡Antonio Pérez Piñeiro! Leyó en voz alta la robusta hija de doña Rosario, paseando con asombro la mirada por los compañeros de mesa, no menos absortos ante la inesperada nueva.

-¡Estará equivocado! Balbuceó Domitila.

-Será a mí, terció don Raimundo.

-Vendrá a pedirle explicaciones por sus palabras, añadió el bromista de Molina.

Pero esta vez nadie se rió.

-¿Te ha dicho que quiere hablar conmigo? Preguntó Manolo.

-¡Sí señor, si me ha averiguado que si era usted el maestro del pueblo!

-Allá voy.

Echó a un lado la servilleta, sacudió las migajas que habían caído sobre su ropa y empujando la silla hacia la mesa, pidió disculpa, hizo una ligera reverencia y se marchó.

-¿El Sr. Álvarez?

-Servidor, pase usted adelante.

Era un hombre de noble porte, joven de rostro, de cabellos blancos, barba entrecana, alto, delgado y que poseía unos ojos vivos, grises, de mirar penetrante. Vestía con sencillez, y era distinguido y suelto en sus actitudes, al par que afable y campechano al dirigirse a Manolo desde el sofá de la humilde sala.

-¿Estaba usted comiendo? Cuánto lamento haberlo molestado... volveré otro día... dígame con sinceridad si incómodo... háble me usted con franqueza, con entera franqueza. Nosotros los de Buenos Aires tenemos, entre otras muchas, la mala costumbre de comer tardísimo.

Tranquilizado por Manolo, aceptó un cigarrillo, lo encendió, se instaló a sus anchas en el sofá y expuso:

-Sabrá usted que soy desde hace tres años el propietario de «La Paloma», un establecimiento de campo que usted conocerá seguramente, el mejor partido...

-No señor.

-¡Hombre, es extraño! ¡Mi estancia queda apenas a tres leguas del pueblito y es tan antigua! ¿Ni ha pasado usted por ella, siquiera alguna vez?

-No señor.

-¡Curioso! Para el objeto de mi visita éste es un detalle sin importancia: escuche usted. Paso aquí, con mi familia, desde que adquirí el establecimiento, una temporada de verano, que varía entre uno y dos meses. Lo hago por consejo médico, a causa de una antigua dolencia de mi mujer; reposamos en este delicioso paraje una veintena de baños tomados en Mar del Plata y la salud de todos marcha a maravilla. Amigo, nuestra tierra tiene cuanto se le pide: ¡hay que saberlo encontrar, nada más! Este año estoy en un serio conflicto: por nada dejará mi mujer de pasar el benéfico mes de «La Paloma»; pero si usted no me saca del aprieto, me parece que será necesaria una separación, siempre dolorosa para los que estamos habituados a vivir unidos, y que temo sobre todo influya de tal manera en el ánimo de los míos, que eche a perder totalmente los magníficos resultados que obtenemos en nuestro tranquilo reposo anual. ¿Se sorprende usted? Voy a explicárselo todo de una vez. Tengo un chicuelo, de doce años casi, que es la joyita de la familia. No le oculto que hay verdadera debilidad por él en mi casa. Estudia y está adelantado; al volver a Buenos Aires, dará su examen de ingreso en el Colegio Nacional. El muchacho es inteligente, despierto, vivo, pero haragán, a fuerza de los mismos de la madre, de la hermana y de mí mismo, se lo confieso a usted ingenuamente. Allá ha tenido buenos maestros y se encuentra según la opinión de ellos, en situación de atacar la dura prueba, la primera, imagínese usted si será terrible y si hay que prepararlo sin descanso: pero es el caso que no he hallado profesor que nos acompañe hasta estas alturas, y he traído al

chiquilín por unos días para volverlo pronto a sus tareas con dolor de mi corazón y con sin igual disgusto de mi mujer y de mi hija.

Ahora bien, mi amigo, estaba en este durísimo trance, cuando hace algunas horas el capataz me informó de su presencia en el pueblo y de la posibilidad de que usted me prestara el inmenso servicio que anhelo, y aquí me tiene usted a solicitarlo, en mi propio nombre y en el de los míos, dispuesto a hacer cualquier sacrificio para evitar una negativa que nos sería penosísima y nos dejaría definitivamente en la violenta situación que he pintado. Así pues, sin ambages ¿está usted en condiciones de hacerse cargo de mi hijo hasta mediados de Marzo? No hay nada que enseñar; es una tarea de repetición, de recordar lo aprendido con la experiencia y la autoridad que me informan tiene usted en el pueblo como maestro. Me encomiendo, pues, a su buena voluntad.

Como Manolo, pensativo, callara, agregó:

-Excuso decir a usted que el sueldo estará en proporción con el trabajo. ¿Doscientos pesos, por ejemplo, le convendrán a usted? ¿Más aún? Yo no entiendo estas cosas y me fastidian; queda usted autorizado para fijar su remuneración: no será en ningún caso semejante nimiedad motivo de disgusto entre los dos.

El maestro pensaba. Era una vida nueva, aquella que se le ofrecía por boca del feliz propietario de «La Paloma», un paréntesis a la monotonía de la existencia penosamente arrastrada en la aldea; aire, luz, alegría, algo así como una aproximación a otras tierras, a otros hombres, a otros hábitos, que amaba con frenesí, en el silencio de la lucha sin descanso de todas las horas y de todos los momentos; era el medio de huir, del martirizante trato de los suyos y de los extraños; del ambiente de fuego; del odiado villorio, de callejuelas estrechas y construcciones chatas y pobres; de todo aquello, en fin, que lo atormentaba hasta hacerlo desesperar del porvenir, el horrible, el negro porvenir, poblado de amarguras y desilusiones, mil veces adivinado, sin un rayo de luz, incierto y tenebroso.

Don Antonio, a la espera de la respuesta, se impacientaba:

-No he dicho todo aún, añadió; por la mañana, a las siete, el break vendrá a buscarlo, si es que usted no prefiere ir a caballo, y por la tarde, de cinco a cinco y media, estará usted de nuevo entre los suyos.

En aquel instante las carcajadas del comedor llegaron a la sala, claras y estridentes, y Manolo, tocado como eléctricamente por ellas, dio su respuesta, inmediata, brusca, decidida:

-Aceptado, señor, desde mañana estoy a sus órdenes. Es un verdadero placer para mí, poder ser a usted útil en esa circunstancia y haré cuanto esté de mi parte por corresponder a los deseos que me manifiesta.

El rostro de don Antonio se iluminó de alegría.

-Quedó a usted obligadísimo, dijo poniéndose de pie y estrechando las manos del muchacho. ¡Crea que el servicio que usted nos hace es de aquellos que no se olvidan!

-El asunto no vale la pena respondió Manolo, al devolver el apretón de manos. Espero que seremos buenos amigos y que me tratará usted con confianza. Repito: quedo por entero a sus órdenes.

-¿Pasado mañana, entonces?

-Pasado mañana.

-A las siete, en el break.

-Perfectamente.

-¡Es usted nuestra salvación!

-¡Señor!

-Cuente desde ya con un amigo muy agradecido.

Le acompañó hasta la puerta de calle, donde se repitieron los calurosos saludos; subió el inesperado visitante a un gran break que arrastraban dos yuntas de impacientes y nerviosos caballos; saludó varias veces desde lo alto repitiendo a voces «hasta pasado mañana, a las siete»; dio señal de marcha; moviose con estrépito el monumental carruaje entre una nube de polvo y en tanto que un lacayo, surgido de la tierra, escalaba diestramente por la parte trasera del vehículo, alejado al trote largo de los animales de raza, don Antonio, de pie, agitaba afectuoso y agradecido su blando sombrero.

- VIII -

Buenos Aires, capital de la República Argentina, ciudad cosmopolita, comercial, de rapidísimos progresos y éxitos fáciles en todos los campos, tiene una aristocracia, grave, digna, solemne, en apariencia, punto menos que inaccesible. Fundada en los más variados y extraños antecedentes, lo mismo en una genealogía de raíces profundas en España, que en las famosas proezas de los guerreros de la independencia o en varios centenares de leguas y millares de vacas y ovejas pacientemente amontonadas en dos o tres generaciones de labor ruda y oscura, presenta un todo informe, caprichosísimo, como reducción imperfecta que es de otras aristocracias, más grandes y más importantes.

Esta aristocracia no tiene límites, y así como en los países monárquicos el que no lleva título no es noble, en Buenos Aires, donde no hay títulos ni honores, la nobleza se rige por las reglas más arbitrarias y menos lógicas, reglas elásticas que permiten figuraciones incomprensibles , y se cierran enigmáticamente a solicitaciones justísimas.

Sociedad nueva, exenta de las preocupaciones de la sangre, renovada por espacio de ochenta años, compuesta por los elementos más heterogéneos, vive al día, al azar de la moda, levantando hoy a un extranjero más o menos inteligente que llega, tras borrascosa vida, a caza de una posición; mañana a un político pudiente y ensorbecido, que promete ascensos y triunfos, otro día a un mimado de la suerte a quien a caído la fortuna, y en no pocas situaciones a algún arrojado, con la bastante osadía para afrontar sin vacilaciones una docena de desaires y otra de chismes de grueso calibre; lo necesario para llegar, es salvar las apariencias a toda costa, luchar prudente pero valientemente, y obtener, tan sólo uno, de esos éxitos momentáneos que ponen un nombre en todas las conversaciones por un par de días: lo demás resulta sencillísimo.

De suerte que podrían fijarse dos aristocracias para la gran ciudad del Plata: estable la una, antigua y severa; volante la otra, caprichosa y liviana; ambas tienen sus preocupaciones, sus

tiranías y sus ridiculeces; silenciosa aquella, bullanguera ésta, se confunden y se complementan, dando una resultante media, no siempre distinguida, pero a menudo agradable.

La solemne está compuesta por las familias de abolengo, o simplemente antiguas. Para pertenecer a ella es necesario que los antepasados hayan figurado en las filas de los ejércitos de la independencia, frecuentado los salones porteños desde 1810 hasta la organización nacional y poseído tierras y haciendas desde la época del coloniaje. Tener entre los antecesores un oidor de la última audiencia española, llevar el nombre de un capitán heroico de la época en que se guerreaba contra España o ser propietario de una esquina céntrica desde principios del siglo, son títulos que dan inmenso ascendiente e indiscutible preponderancia social.

Los elementos que componen la aristocracia volante aparecen sin antecedentes, por oposición a los anteriores, envejecidos en casi un siglo de uso diario; seres ignorados, surgen deslumbrantes, fascinadores, llamando vivamente la atención pública; se imponen tras un hábil despliegue de fuerzas, y triunfan al fin, incorporándose con todos los honores a la vida mundana, sin más pasaporte que la corrección y el lujo de vestir, la suntuosidad de los equipajes, la esplendidez de los saraos ofrecidos con magnificencia y desprendimiento, y las costosas localidades infaliblemente ubicadas en la parte más visible del teatro de la Ópera. La toma de posesión es peligrosa y más de un descalabro ruidoso se comenta todavía con pintoresco mote aplicado a la víctima, pero por lo general, los volantes no se descalabran, y por el contrario, quedan arriba, bien arriba, satisfechos y agasajados, aristócratas del éxito, improvisación curiosa y divertida de esta nuestra infantil América latina.

Don Antonio Pérez Piñeiro pertenecía a la vieja sociedad de Buenos Aires. Hijo de don Antonio Pérez Piñeiro, hacendado de renombre, muerto diez años antes, el cual a su vez descendía de don Antonio Pérez, patriota perseguido durante la tiranía de Rosas y miembro de la familia de don Antonio Pérez, militar pundonoroso y valiente, con brillante foja de servicios en el ejército de los Andes, figuraba con honor entre las familias tradicionales de la aristocracia porteña, habiendo alcanzado por su fortuna y por su posición social, uno de esos renombres universales, acatados sin discusión, síntesis de la influencia impalpable y fuerte de los millones, pomposamente exteriorizados en un palacio y algunas docenas de casa en la capital, y hasta ocho estancias en la provincia de Buenos Aires.

Contaba a la sazón don Antonio cincuenta y ocho años y si bien blanqueaban sus cabellos, conservaba fresco el rostro, brillante la mirada, ágil el cuerpo, rápida y segura la inteligencia; agradable y sencillo, afectuoso y franco, la vida, al pasar por su alma y agitarla en hondas amarguras, había dejado sombras en su espíritu, sin modificar la dulce bondad de su carácter. Era débil e irresoluto, sugestionable, candoroso e ingenuo, pero todos sus actos llevaban un sello de hombría de bien, que excusaba los defectos, realzando las noblezas de las prendas personales. Hombre de salón, ignorante, víctima del medio en que había crecido y se había desenvuelto, ningún hecho notable contaba en su existencia, como no fuera el haber llegado una vez, por accidente, a ministro en la provincia de Buenos Aires. Director de Bancos oficiales y particulares, miembro de asociaciones de caridad o de fomento ganadero y agrícola, designado por el gobierno en diferentes oportunidades para formar parte de comisiones encargadas de dictaminar acerca de interesantes problemas rurales, y vinculado extensamente en la alta sociedad bonaerense, era el prototipo del conservador: pusilánime, medido, desconfiado, sin un impulso, sin una iniciativa, sin una idea. En política había estado siempre del lado «de la autoridad constituida», condenando «la demagogia», los «movimientos subversivos», la «propaganda ardiente», las «impaciencias» y las «pasiones del pueblo bajo»; en religión era católico apostólico romano; socialmente, inflexible: para él existían aún las castas, y así como en el trato diario no tenía empacho en ser afable y humilde con todos, tocante a rangos sociales, transformábase en el más enérgico defensor de los

principios aristocráticos, condenado inexorablemente los «avances del populacho», o sea la actuación de los elementos volantes que iban incorporándose a la tradicional sociedad de Buenos Aires.

Lo había afirmado en sus preocupaciones, empeorando muchas de ellas, doña Trinidad Rodríguez, su legítima esposa, a quien se uniera poco después de cumplir los veinticinco años, tras una accidentada juventud.

Era la señorita de Rodríguez, brillantísimo partido, por su belleza, por su rango social y por su fortuna no despreciable que el porvenir le deparaba, como a hija única de un par de millonarios, de sangre azul y abolengo de campanillas, muy sonado en más de un siglo de trasplante, a estas feraces regiones. Tan seductora unión debía tentar al calavera, caído al fin en el lazo, por convencimiento más que por imprevisión.

No había sospechado este, a pesar de su precoz experiencia, que en el hogar que formaba, su mujer había de relegarlo al segundo plano, tomando desde el primer momento las riendas del gobierno.

Y así sucedió sin embargo. Sea porque no tuviera él el carácter suficiente; sea porque ella lo tuviera en extremo, es lo cierto que trocados los papeles, impuso doña Trinidad su real gana y la mantuvo por jamás, sin aceptar la más leve insubordinación.

Cincuenta y dos años acababa de cumplir la noble matrona, y aún cuando desmejorada y enferma, blanco el cabello y ajado al rostro, no era ya la codiciada mujer de sus días de gloria, conservaba los rasgos de líneas perfectas de la clásica fisonomía, y como un perfume de la gracias y de la gentileza que en otro tiempo la hicieran estrella de su generación y reina de los salones porteños. Agriada en una vida de dolores profundos, perdidas las ilusiones, minado el físico por males graves, -sus intemperancias, sus exigencias, sus prevenciones, sus caprichos, se habían centuplicado, llegando a hacerla punto menos que intolerable. Educada en la vieja escuela, convencida de su superioridad de raza y de sangre sobre todos los mortales, apegada a hábitos irrisorios, llena la cabeza de ideas fantásticas, adquiridas en sus viajes a Europa, apasionada en sus afecciones y en sus odios, adulada por sus amigas, solicitada con tenaz empeño por todas las sociedades de beneficencia, y relacionada con la sociedad más distinguida de Buenos Aires, ofrecía un caso típico, aunque exagerado de la dama de corte antiguo, severa e inexorable.

Doña Trinidad odiaba la república, porque era el gobierno del pueblo, y el pueblo, bruto e ignorante, no podía fundar buenos gobiernos; sostenía que el español era un idioma grotesco, y empleaba el francés en todas las conversaciones, formando una lengua mixta originalísima; estaba al tanto de los menores accidentes ocurridos en las casa reales de Europa y punto menos que tuteaba a soberanos, a altezas y a príncipes; tenía al dedillo la genealogía de las familias bonaerenses, y fallaba sin apelación cada vez que alguna duda se elevaba acerca de determinada persona, exclamando o es «*comme il faut*» o es «*bourgeois*», sus dos expresiones favoritas; soñaba para sus hijos con príncipes herederos, marqueses, condes y duques, y no pocas veces decía: «¡mira, hijita, que partido el heredero de la corona de ***!» o bien «a vos chiquilín, *l'adorable petite fille* del príncipe de Battermberg» y un suspiro se escapaba de su pecho, suspiro de resignación ante la imposibilidad de realizar uniones tan bellas! Vivía preocupada de increíbles nimiedades: para los caballos de sus carruajes de colores del Duque de Portland; un perro King-Charles para el vestíbulo, como el de la duquesa de Montpensier; *concierge* para la puerta de calle, a semejanza de los de París, y criados que no hablaran otro idioma que el francés y... ¡si hubiera podido rodearse de elementos tales que la hubieran hecho olvidar que vivía en Buenos Aires, en la enorme aldea, «*a societé bourgeoise*», en

medio de «las pampás» y hacía sonar enfáticamente la última «a», en el país de la «*poussiere*»! ¡Qué feliz hubiera sido!

Adoraba los *points* sociales y era juez temible, que fallaba sin apelación en los más variados asuntos sometidos a su alto criterio: el casamiento tal era de la «boue», de la «vraie boue»; la fortuna del cuál «c'etait de la feerie»; en Buenos Aires el número de los «rastaqoueres» había llegado a lo escandaloso; fulano era un miserable, como buen nieto de zutano, seide de Rosas; las manifestaciones populares «de infamies» para impresionar a la gente bien, anarquismo puro; el palacio del vecino, un palomar que debía demoler la fuerza pública.

En sus conversaciones, lo suyo, tenía un papel principalísimo. De antemano se sabía que no había de ponderarse un cuadro, un carruaje, una planta, una flor en su presencia, porque acto continuo ella intercalaba diestramente el elogio de lo que pertenecía: «nuestro único Bougerau, el famoso Carolus Duran de Antonio; el coupé Mulbacher que trajimos; las plantas y flores de nuestra «serre» que han costado por valor de cien mil pesos». Y que nadie contrariara sus opiniones, so pena de una implacable prueba, con muchas palabras en francés pronunciadas con exageración, cifras, citas y comentarios.

Si bien fundamentalmente sus padres habían hecho de Trinidad Pérez Piñeiro una muchacha tan apegada como ellos mismos a las preocupaciones del linaje, de la posición social y de la fortuna, no habían logrado, a pesar de sobrehumanos esfuerzos, modificar su carácter ligero, alegre y versátil. Contrastaba con los suyos en sus gustos, en sus aficiones y en su conducta, medida por una coquetería fácil, que había levantado pasiones como tempestades, rodeando su nombre de simpatías y odios intensos.

Alta, de hermosa figura, ojos pardos, rasgados, nariz aguileña, boca ligeramente abultada por dos labios expresivos, pálida, ojerosa, con cabellos negros y abundantes que coronaban la correcta cabeza, bien plantada sobre los hombros, inteligente, expresiva, graciosa, sino linda, seducía por su tipo extraño, y apasionaba, sobre todo, por el arte supremos de su vestir y de su delicadísima coquetería.

Las tres personas comentaban bajo el amplio corredor de «La Paloma» la noticia traída del pueblecito por don Antonio, cuando Enrique apareció de improviso preguntando ansiosamente:

-¿Y?

-Adiviná, le respondió aquel tan sastifecho, que el muchacho no tuvo dudas, y transportando de gozo comenzó a festejar ruidosamente la buena nueva.

- IX -

Rodaba el *breack* por el interminable camino, tendido caprichosamente en la Pampa; ora recto, ora serpenteando, distinguíase neto, blanco, en el marco plomizo, verde a trechos, de la inmensa llanura aniquilada por los ardores del sol. Era una mañana fresca, alegre, clara; la naturaleza, simple y grandiosa, antes de caer vencida en el bochorno de la atmósfera de fuego, desplegaba triunfalmente sus galas, bajo la bóveda azul, límpida y serena.

De cuándo en cuándo, de los bordes del camino, alzábanse, llenando el campo con sus característicos alertas, los teros en parejas, produciendo estridente algarabía al revolotear asustados alrededor del carruaje, o alguna garza blanca, inmaculada, volaba silenciosa, pesadamente, abriendo las anchas alas, con las dos patas rectas, paralelas, echadas hacia atrás.

De la hondonada recorrida por un arroyuelo moribundo, partían, al aviso de los teros, bandadas enormes de patos, que se dibujaban en el horizonte, cual si fuesen negras figuras de extravagante forma, serpientes colosales, retorciéndose caprichosamente sobre sí mismas o estirándose perezosas a los suaves rayos del sol matinal, y no pocas veces, el bólido silbante e inesperado, señalaba una perdiz martineta escapada de entre las patas de los caballos que arrastraban el pesado vehículo.

Millares de jilgueros saltaban de rama en rama en los cardenales, confundiendo su plumaje ceniciento con el color gris de las erizadas ramas, rematadas por toscar flores, de una violeta pálido, borrado casi por el polvo acumulado durante días enteros, -y en el cielo azul, perfilábanse nítidamente siluetas de gavilanes, inmóviles, adormecidos en el ambiente virgen de la mañana.

Manolo soñaba, embriagado por el cuadro, por el aire, por la luz. Para él aquel viaje era algo así como su liberación, una vida nueva, que iniciaba en marcha hacia países lejanos, encantados, maravillosos, y su imaginación, exaltada por la belleza del panorama, lo transportaba a una región tranquila, de bonanza sin fin, donde hallaría la mujer amada, la del retrato, ¡suya por jamás, en una existencia de paz y de ventura! Cuando algún barquinazo del coche lo volvía a la realidad, paseaba la vista, deleitado, por la Pampa inconmesurable, y nuevamente tornaba a engolfarse en sus fantásticas divagaciones, abstraído, lejos, muy lejos del mundo.

El *breack*, arrastrado con rapidez, había dejado atrás buena parte del camino y corría siempre, sobre sus ruedas relampagueantes, rumbo a la estancia, cuyo bosque, tupido y extenso, destacábase como una mancha oscura en el fondo del campo.

La aridez de la planicie se modificaba paulatinamente y una nueva zona, menos inhospitalaria, ofrecíase a la vista, teñida por el verde pálido de las debilitadas gramíneas.

Vencido el primer alambrado, el carruaje seguía un camino estrecho, por entre una doble fila de postes desiguales, caprichosos y toscos, que marcaban el límite extremo de la señorial posesión de Pérez Piñeiro, y el avance del vehículo sorprendía en los troncos muertos y simétricamente alineados que formaban la ruta, chimangos amarillentos, que alzaban el vuelo, callados y pacientes, e iban a asentarse por dos o tres veces delante de los viajeros, coronando los postes, para partir al fin, amedrentados, abiertas las alas, la cola en abanico.

A pocas cuadras de marcha, la primera tranquera cerraba el paso, vigilada por una pareja de ancianos, cuya habitación humildísima, un rancho de barro, levantábase desproporcionada y pintoresca en medio de la Pampa, e inmediatamente después, la llanura exuberante, esmaltada de verde, desarrollándose hasta confundirse con el horizonte, daba la sensación de un inmenso oasis, en medio de la planicie infecunda que se había dejado atrás.

Los caballos, aguijoneados por el látigo, cubierta de espuma la boca, brillante el sudoroso cuerpo, continuaban su trote largo, dejando escapar por momentos resoplidos de fatiga, y el *breack* rodaba siempre, dirigido al bosque, cuyos contornos iban dibujándose más y más cada vez.

Los primero animales del establecimiento aparecían alrededor del vehículo; una punta de vacas, gordas, redondas, con los lomos rectos, las cabezas pequeñas, los cuernos blancos, las patas fuertes, el pelo lustroso. En tanto las próximas se alzaban recelosas y malhumoradas, volviendo insistentemente la cabeza, las lejanas miraban con empaque, de frente, aquella caja extraña, que pasaba veloz, sobre cuatro circunferencias luminosas. Más adelante, al ruido del coche, huían en tropel centenares de ovejas, y luego, otras puntas de vacas y otras majadas, se sucedían de distancia en distancia, dando variadas notas sobre el tapiz verde esmeralda de la campiña.

Algún *puesto* miserable, aislado, sin un árbol, diseñábase a lo lejos, para desaparecer enseguida, perdido en el vasto horizonte, y por momentos confundíanse los balidos plañideros de las ovejas, con los bramidos cortos e intermitentes de los toros, que avanzaban hacia el camino, soberbios, resueltos, desafiantes, erguido el cuerpo, alta la cabeza, la nariz dilatada, los ojos fijos y brillantes.

Trinaban los pájaros llenando el bosque con sus himnos matinales, cuando el vehículo, haciendo una curva, enfiló la amplia avenida, umbría, recta, flanqueada por eucaliptus colosales, cuyas elevadísimas copas, al confundirse, entrelazando su complicado ramaje, formaban severa y majestuosísima bóveda. Una sensación de frío húmedo, guardado en el intrincado laberinto de troncos y ramas, dominaba dentro de la arboleda, oscura, solitaria y misteriosa, bajo las arcadas tendidas atrevidamente por la naturaleza sobre los troncos gigantescos.

En el fondo lejano, estrechado entre el doble muro de los árboles, destacábase pequeño y coqueto el caserío de «La Paloma», intensamente claro sobre la arboleda sombría, iluminado de lleno por la luz vigorosa de aquel día purísimo de Febrero.

Faltaban aún unas veinte cuadras para llegar, y Manolo, nervioso, conmovido, febriciente, se alistaba con rapidez, procurando dominar la turbación que súbitamente lo había invadido, mezcla de alegría y de pesar, de temores vagos y de emociones indefinibles.

El bellísimo cuadro seguía corriendo, entretanto, a ambos lados de vehículo, rápido como una decoración de teatro, sin que el maestro prestase atención a los detalles deliciosos que iba ofreciendo la naturaleza, adormecida en las sombras, bajo las espesas copas de los árboles.

Mil cantos amigos partían de todas partes, y entre ellos sobresalían, alegres y penetrantes, en las ramas vecinas, los armoniosos dúos de los horneros, los reclamos monótonos de las urracas, los quejidos dulcísimos de las torcaces, perdidas en el tupido follaje.

Abajo, en los espacios comprendidos entre tronco y tronco, crecían delicadas gramíneas, de un verde intenso, que contrastaba con los tonos tristes del bosque; y de cuando en cuando, bajaban de arriba, transparentes e impalpables, angostas cascadas de luz, que llegaban a perderse silenciosamente en la tierra, en manchas blancas, bien recortadas sobre el tapiz sombrío, en tanto que dentro de sus luminosos rayos, centenares de diminutos insectos, bailaban zumbando confusísimas danzas.

- X -

Era una casa antigua, de grandes dimensiones y pobre arquitectura, baja, ancha, rematada en su parte central por un mirador que traía a la memoria la vieja torre de la aldea, profusamente decorada con vidrios de colores y fantásticas molduras. Un amplio corredor circular, cuya techumbre y pilares de hierro desaparecían bajo las enredaderas, completaba la masa del edificio, famoso en la comarca por sus proporciones, por la osadía de su plan y por sus comodidades. Dragoneaba de castillo, feudal la morada Pérez Piñeiro, el cual no había tenido la menor complicidad ni en su construcción, ni en su bautizo. Tal como estaba, salvo alguna que otra mano de blanqueo, la había recibido directamente de los hijos de su autor, un criollo enriquecido y progresista, aunque falto de gusto, fallecido años antes.

En balde había querido borrar el nombre de la vieja estancia, tachado de «bourgeoisie detestable» por su severa consorte; todo había sido inútil, y apenas si ellos mismos la designaban en Buenos Aires con el exótico apodo de «Malmaison». En el partido y en la aldea, había sido, era y sería siempre «La Paloma» pura y simplemente «La Paloma».

Una innovación contaba sin embargo; innovación exigida por Misia Trinidad, durante el primer año de su residencia en ella: que había de hacerse un gran parque alrededor de la casa. Resistió débilmente en un principio don Antonio, pero hubo de ceder al fin a las reflexiones de su mujer, y la desaparición de una parte del bosque quedó decretada.

-Tú que has viajado, me parece increíble que te opongas a mis ideas de progreso. ¿Dónde has visto que se llegue a un castillo que no esté rodeado de parques?

-Pero hija, esto no es castillo y luego el clima...

-¡Qué clima me has dado a guardar! C'est bête, moncher, c'est que tu dis là! Haremos el parque y verás que aspecto nuevo toma todo esto. Bien lo necesita. Y luego en los caminos pondremos arenilla y en los *parterres* lindísimas plantas; «les arbres me font mal».

Algunas semanas después el parque quedaba delineado, las calles listas, el edificio de «La Paloma» bien aislado y la señora satisfechísima de su obra.

Tal era la modificación fundamental efectuada por la familia de Pérez Piñeiro en la estancia a que el maestro de la aldea llegara, temeroso e irresoluto, en aquella soberbia mañana del mes de Febrero.

De pie en el corredor, con un diario en una mano, los lentes caídos sobre la nariz, la cara sonriente, don Antonio, que había escuchado a la distancia el rodar del carruaje, esperaba a Manolo, alegre y campechano.

Cuando con estrépito detúvose el break ante la gradería, el propietario de «La Paloma» descendió algunos peldaños, adelantando un cordial saludo:

-Mi distinguido amigo, ¿cómo le ha ido a Ud. de viaje? ¿Muy fatigado? ¡Cuánto gusto tengo de verlo por acá!

Estrechole la mano con efusión, y sin soltársela le acompañó a subir hasta el corredor, ofreciéndole asiento en uno de los sillones de paja diseminados en la rotonda.

-¡Su llegada es para nosotros un acontecimiento!

-¡Señor!

Como lo oye. No se ha recibido a nadie en esta casa, desde hace mucho, tiempo con la alegría que a Ud., mi amigo. Y se explica: le debemos la tranquilidad que iba a faltarnos, es decir, un servicio de consideración. Hoy no dará Ud. (clase: conversará un rato con el chicuelo, y el tiempo restante lo empleará en conocer a los míos y a ésta, que es su casa, como ya se lo he dicho).

Manolo estaba absorto. Un mundo de sensaciones extrañas le agitaban, mareándole hasta producirle el vértigo. En efecto era un hombre demasiado bondadoso para que no fuera excepcional su gentileza. Había exageración en la aldea para juzgarlo, pero no era posible que todo el mundo hallase idéntica acogida en el rumboso señor de la comarca. Él lo había dicho un momento antes: «no se ha recibido a nadie, en mi casa, desde hace mucho tiempo, con la alegría que a Ud.». Si aquello era extraordinario, era para él y solo para él. Se le esperaba como a una providencia y ésta era la única explicación posible de tanto afecto como el que se le ofrecía, forzosamente un afecto de ocasión, ligero, banal, momentáneo. ¿Y a él que le importaba? ¿No tenía hondo anhelo de consideración, de respeto y de cariño, aún cuando en realidad no fuesen sinceros? Se haría la ilusión de que le amaban, y vivirían en paz, un mes siquiera, de aquel año iniciado bajo auspicios tan negros.

-Discúlpeme Ud. un instante, voy a llamar a Enrique. Con las señoras no hay que contar hasta un poco más tarde; es una costumbre que no lograré desarraigar ya, ésta de que duerman toda la mañana. Me han vencido después de tenacísima lucha: apenas si he conseguido mejorar la situación en una hora, como máximum y eso tan sólo en las ocasiones extraordinarias. Hoy las tendremos listas más temprano que habitualmente: quieren hacer los honores al bienvenido.

Manolo quedó solitario. Un cuadro delicioso, brillante, inundado de luz, desarrollábase ante él. Debajo de la galería y a ambos lados de la ancha avenida que serpenteaba hasta la casa, estendíanse los parques, verdes, cuidados, frescos, matizados aquí y allá, de distancia en distancia, por plantas extrañas, arbustos de hojas raras, rectas palmeras, pinos grises y mustios, simétricamente plantados en medio de los céspedes, que bordeaban los caminos cubiertos de pedregullo. Multitud de flores de variados tonos, daban también su nota en aquel paisaje moderno, correcto, preparado sobre un croquis de colores, largamente discutido. Y en el fondo, cerrando en circo lo obra de Misia Trinidad, el bosque salvaje levantaba al espacio la mole de sus árboles gigantescos.

Dentro de las tupidas enredaderas que caían entrelazándose de lo alto del corredor, se perseguían los jilgueros y las golondrinas, habitantes obligados de los agujeros y los vericuetos de la casa, que alegraban desde el alba con sus himnos ruidosos y variados, dando la sensación de una vida misteriosa, efervescente, de agitación perpetua, alrededor de la callada mansión.

Debajo de la galería notábase el cuidado y el buen gusto. Aquí una mesita, cubierta de revistas; allá un grupo de plantas; en sofás y sillones de una paja de azúcar, lazos de cintas de tenues colores; en las paredes, alegres cuadritos, y colgantes del techo, doradas jaulas, con canarios que trinaban detallando sus delicados trozos.

De improviso, en medio del concierto de los pájaros, una voz cristalina, pura, exquisita, comenzó a entonar un canto que hizo suspender la respiración a Manolo por algunos instantes. Era Trinidad, la traviesa muchacha, que iniciaba su toilette matinal recordando como lo hacía a diario, por hábito, los pasajes favoritos de las óperas escuchadas en el gran teatro lírico bonaerense. Sabía o no que el maestro la escuchaba, pero es lo cierto que pocas veces su acento había sido más expresivo, más sentido, más suave que en aquella mañana, al cantar los trozos predilectos del vasto repertorio que conocía de memoria.

-Es loco, es un loco, exclamaba don Antonio apareciendo de nuevo en el corredor. Ha salido, no se le encuentra por ninguna parte.

Y luego poniendo las manos a guisa de bocina gritó:

-¡Charles!

-¡Voilà! Respondió a la distancia una voz ronca, aguardentosa.

Breves momentos después, el peón llamado, sudoroso y confuso, aparecía, sombrero en mano, al pie de la escalera.

-Cherchez Enrique, vite.

-Bien monsieur.

Vea Ud., añadió don Antonio volviéndose a Manolo, yo no puedo con este muchacho, y lo peor es que me domina como otro que tuve y que perdí, hombre ya, de veintitrés años, a causa de mi falta de energía.

Calló algunos instantes, luego, mirando al maestro, le dijo sombríamente:

-Sépalo Ud. todo de una vez: mi hijo mayor se suicidó. ¿Por qué? Nunca he podido saberlo. Mala índole... calavera... quiso casarse mal... lo mandé a Europa... Cuando pretendí que volviera no lo logré, y días después de haberme negado a enviarle una suma de dinero que me exigía, supe que se había muerto.

En aquel instante la alegre muchacha entonaba una dulce canción.

Levantose el viejo con los ojos humedecidos por las lágrimas y fue hasta las rejas de una ventana que cubría casi por completo el follaje de tupida madreselva:

-Tima, despacio, silencio... está el señor...

Cesó el canto y una voz argentina preguntó desde adentro:

-¿Ha llegado el maestrito?

-Sí, calla por Dios.

-¡Allá voy!

Otra vez frente a Manolo, don Antonio lanzó un suspiro y continuó:

-Y este chicuelo, un niño, va por el mismo camino, malo, muy malo. Y no podemos con él ¿Ud. se asombra? ¡Ah, cuánto he luchado en vano! ¡Preveo los dolores del futuro, combato su carácter, sus tendencias, sus hábitos y todo estérilmente, sin el menor resultado! ¡Mi amigo, mi amigo, si nos lo domina Ud. cuánto le deberemos! Reflexión es lo único que necesita; la índole es buena, la práctica deplorable; Enrique no ha hallado en nosotros lo que exija: una mano de fierro.

-Muy buenos días, dijo la misma argentina voz de un momento antes, casi a espaldas de Manolo.

Irreflexivamente, con brusquedad, como tocado por un resorte, pusose de pie, tembloroso y turbado, el maestro de la aldea. Tenía ante él a Trinidad Pérez Piñeiro -Tina como la llamaban en la intimidad los suyos- sonriente, sencilla, admirable en su simplísimo traje blanco, ceñido al talle por un ancho cinturón de cuero.

-El señor Álvarez... mi hija...

-Es inútil la presentación, dijo ella estirando la mano. Desde hace dos días se le espera a Ud. por esta casa y ya le conocemos como si fuésemos en realidad viejos amigos. Siéntese. Linda mañana, ¿eh? Debe Ud. agradecerme el madrugón: no me levanto habitualmente a hora semejante, pero he querido hacer los honores... ¿Qué tal el viaje?

Manolo contestaba por instinto más que por reflexión a la preguntas de la muchacha, picarescamente plantada en medio del corredor, una mano en la cintura, la otra sosteniendo un libro, abierto por el medio.

Estaba tentadora Tina en aquella actitud, con aquel traje, iluminada por la vívida luz de la mañana. Un leve sonrosado le animaba el rostro le animaba el rostro, al que daban intensa expresión los vivos ojos pardos, velados por largas y sedosas pestañas, la nariz aguileña, las poéticas ojeras, la boca de labios rojos y gruesos. Completaba la corrección de líneas de la arrogante cabeza, la cabellera de tinta, abierta en bandas sobre la frente, recogida detrás por algunas horquillas, que dejaban libre la nuca, sobre la cual movíanse agitadas por el airecillo de la mañana, locas hebras de ensortijado pelo. El busto lleno, esbelto, surgía de la cintura, fina, oprimida por el cinturón, y la larga y vaporosa pollera, tendida con elegancia, remataba la figura de la linda muchacha, un prodigio de sencillez y de buen gusto.

-Nosotros hace pocos días que estamos por aquí, ya lo sabrá Ud., agregó, echándose con desgano en un muelle sillón.

-En efecto... el señor Pérez Piñeiro ha tenido la fineza...

-¿Y Ud. es del pueblito?

-Sí, señorita.

-¿No ha salido nunca de él?

-He vivido poquísimo en él. Me he educado en Buenos Aires. Hace apenas algunos meses que he regresado, después de diez años de ausencia.

-¿Sí?

-He cursado todos mis estudios en «Buenos Aires Oxford College».

-¿En Oxford, Ud. ha estado en el colegio de Oxford?

-Sí, señorita.

-Pero entonces ¿habrá Ud. conocido a Carlos Palmas?

-Muchísimo.

-¿Y a Perico Ávila?

-De la misma manera.

-¿Y a Juan Garrido?

-Los tres han sido mis íntimos amigos. Aún me escriben frecuentemente Perico y Carlos y no pocas veces Juan, todos ellos con sincero afecto.

-¿Lo oyes, papá? Exclamó palmoteando la vehemente Tina. También son mis amigos. Acabo de dejarlos en Mar del Plata. ¡Oh! ¡Y cuánto nos hemos divertido! ¡Qué simpáticos! ¡Cómo los quiero! ¡Los tres me festejaban y era graciosísimo verlos, créalo Ud., sumamente divertido!

-Tina, la interrumpió con severidad don Antonio.

-¿Y por qué no he de decirlo? Me quieren y yo a ellos. El señor es su amigo, yo lo soy a mi vez, ¡lo natural es que hablemos con franqueza de nuestros amigos! Y ya le contaré después buenas anécdotas de los tres y de otros que seguramente ha de conocer también. ¡En Oxford College! ¡Pero no lo hubiera sospechado nunca! ¡Está Ud. entonces vinculado a nuestra *crême*! ¡Qué suerte, qué suerte!

E impulsada por la alegría que la noticia le había producido, púsose rápidamente de pie y salió corriendo a comunicar a la ceremoniosa dueña de casa la buena nueva.

Sonrió don Antonio ante la explosión de entusiasmo de la muchacha e iba a lamentar su espontánea actitud, a disculpar la niñería, cuando el galope de un caballo sobre el pedregullo de la avenida le hizo volver la cabeza. Enrique llegaba.

-Amigo, ¡hace rato que lo estamos esperando! Exclamó tímidamente el propietario de «La Paloma».

-Ya me lo han dicho, respondió el chicuelo desde el caballo: ¡bien podían haberme esperado un rato más! ¿A qué tanto apuro?

-¡Está el señor Álvarez!

-¡Y bueno! ¿No va a pasar aquí todo el día? ¡Yo no me pierdo! ¡Me hubieran ahorrado la incomodidad de volver tan pronto!

Como don Antonio no contestara, apeose el niño, entregó las riendas a un criado, subió haciendo sonar las espuelas en los peldaños de mármol y avanzó hacia el maestro, que lo esperaba de pie.

-He ido, dijo después de los saludos de estilo, hasta el puesto de Bruno. Me habían dicho que tenía tiros para escopeta, pero no es cierto: ¡el pobre no tiene ni en que caerse muerto!

-Y sacando una cajetilla del bolsillo, la estiró a Manolo ofreciendo:

-¿Un cigarro?

Era una criatura, débil, de fisonomía enfermiza; el rostro mujeril contrastaba con los ademanes resueltos, las expresiones, las ideas, las insolentes respuestas al padre, el buen hombre sin carácter, vencido por el entrañable cariño.

Manolo que conocía a la perfección el tipo, porque lo había tenido de cerca, en Buenos Aires, recordaba todos los chicuelos que formaban los primeros cuadros del colegio de los inútiles, y en su interior surgía clara la solución de aquel problema que tanto preocupaba a don Antonio.

Éste, decíase el maestro, concluirá como todos: en Oxford, y allí estará hasta que la edad lo obligue a dejar la molesta farsa del estudiante que no estudia, para iniciar la vida vacía de los salones y las fiestas.

Lanzaba gruesas bocanadas de humo por entre los finos labios el chicuelo, muellemente recostado en un sofá, cuando madre e hija aparecieron de improviso en la galería, apoyada la una en la otra. Si bien la edad había ajado el rostro de la primera, marchitándole el cutis, empañándole los ojos y emblanqueciéndole los cabellos, era extraordinaria la semejanza de ambas mujeres, una semejanza extraña, no solamente física, sino de los más insignificantes detalles, del andar, del decir, del moverse, del timbre de la voz, de la expresión de la mirada. Viéndolas juntas, soñábase con una evocación del pasado, el resurgimiento de la juventud muerta en la madre, que brotaba en la hija, exuberante, fascinadora, ornada con todos los encantos, inocente y peligrosa a un mismo tiempo.

La una era severa, grave, medida; la otra alegre, franca, impulsiva, y sin embargo nadie hubiera titubeado en acertar que la misma sangre animaba a las dos, que ambas tenían un origen común, que eran hija y madre.

Dominado, nervioso, presa de una agitación que lo subyugaba hasta quitarle la voluntad de sus actos, Manolo respondía torpemente a las preguntas que le hacían las cuatro personas sentadas a su alrededor, tan gentiles que hubieran vuelto la serenidad a cualquiera que no hubiera sido el impresionable maestro de la aldea, víctima aquella vez de las hondas emociones que lo habían conmovido por espacio de varias horas.

- XI -

La tarde espléndida terminaba. En el fondo del campo hundíase el sol tiñendo de rojo cielo y tierra. Era un último resplandor de fuego, vivo a trechos, a trechos tenue, inmensa aureola de luz que coronaba la muerte del día radiante, sombreado por los primeros celajes de la noche, plácido y mudo en las postrimerías de su bellísima agonía.

Ni el más leve rumor escuchábase en la llanura, como no fuera el rodar de las ruedas del breack, apagado en el espacio infinito, imperceptible en el silencio de la naturaleza adormecida.

Y paulatinamente iba el cielo perdiendo su azul purísimo, y un tinte violáceo primero, azul intenso después, ennegrecía la magna bóveda, en la cual empezaban a titilar las primeras estrellas.

El sol, rápidamente desaparecido, no dejaba tras de sí más que vagos resplandores rojizos, que semejaban un incendio lejano y extendido, y el campo llenábase de sombras, que iban borrando los contornos y fundiendo misteriosamente en la oscuridad el cielo y la tierra.

De pronto, redonda, opaca, iluminada por una luz extraña, la luna surgió en el horizonte y comenzó a elevarse majestuosamente, dando una nota viva, hermosísima, sobre el fondo sombrío.

Manolo echado en el asiento, agitado por mil ideas pavorosas, soñaba como siempre, en su pasado, en su presente y en su porvenir. ¡Ay! Y en aquella ocasión tenía razones para plantearse de nuevo el problema de su vida, ese problema cruel que lo atormentaba en todos los momentos, llenando su existencia, amargándole y envejeciéndole. Por centésima vez la pregunta brotaba espontánea de sus labios y la duda implacable le desgarraba las entrañas. Nunca se había sentido más desorientado, más solitario, más cobarde. ¿Qué era? ¿Adónde iba?

Cierto que no podía vivir entre los suyos; aquel medio lo rechazaba, le producía dolores hondos y torturas indecibles, pero ¿estaba preparado para medios superiores? ¿se había hallado bien en «La Paloma»? ¿Los amables Pérez Piñeiro vivían en el ambiente que él anhelaba, a que él respondía? Que anhelaba sí, pero no a que respondía. Entre ellos habíase sentido inferior, infinitamente inferior, y de ahí sus dudas, sus desazones, sus pesares en aquel crepúsculo bellísimo en que rodaba rumbo a la aldea.

¿Qué era él? Ni aldeano, ni hombre del mundo; no tenía una ilustración vasta, ni siquiera un rumbo fijo en la vida; quería, alcanzaba y una vez que tocaba la realidad hallábase impotente, sin alas, pequeño. Era un incompleto, un ser inútil, mezcla de campesino y de hombre de ciudad, perspicaz, intuitivo, refinado a medias, ni lo bastante inteligente para brillar, ni lo suficiente preparado para vencer. Veía claro el error de los suyos, su propia falta: ni ellos ni él mismo habían sospechado el fin de una tentativa bien intencionada, pero estúpida, cual había sido la de procurar hacer del muchacho aldeano lo que lógicamente no resultaría jamás: un hombre superior destinado a un medio inferior. Él hubiera huido siempre de la aldea, por favorables que hubieran sido las circunstancias. Completo, porque el reducido medio no podía bastar a sus aspiraciones; tal como estaba, inutilizado, soldado sin armas, porque ni siquiera había heredado la falta de ideales de sus padres, porque ambicionaba.

E iluminado por la luz de la luna, Manolo reconstituía las emociones de las horas transcurridas en la soberbia estancia que quedaba atrás, allá lejos, apenas marcada en el horizonte por la mancha negra de su monte.

¡Cuántas y cuán profundas habían sido las de aquel día! Bailaban en la cabeza del maestro multitud de escenas, de dichos, de frases, de historietas, de momentos deliciosos, en que actuaban los moradores de «La Paloma», igualmente afectuosos en los honores de la señorial mansión, pero destacándose siempre, en todos los recuerdos, la silueta delicadísima de la fresca muchacha, que había alegrado con su amena verba, sus adorables risas y sus coqueterías tentadoras, aquella primera, inolvidable visita.

La veía bien, Manolo, durante el almuerzo, en la semiobscuridad del comedor, ataviada con su vaporoso traje claro, al aire la blanca garganta, animada la fisonomía, brillantes los ojos, ondulado el cabello, blancos, muy blancos los dientes pequeños e iguales. ¡Cómo reía recordando las travesuras de Mar del Plata! Y luego el café en la terraza, que encerraban largas y vistosas cortinas, y que perfumaban hermosas flores artísticamente amontonadas en vasijas de formas caprichosas. El piano tocado con maestría por los dedos finos y suaves; la partida de ajedrez enseñada entre risas y bromas; la larga charla sobre libros, sobre sociedad, sobre modas, sobre Buenos Aires; los proyectos para el invierno próximo y, finalmente, la grave, la ardua discusión del amor, de sus manifestaciones y de sus efectos. Después la desaparición y la reaparición de la bella muchacha, el traje amarillo que realzaba maravillosamente su extraño tipo; el paseo por las avenidas del parque, el bosque, la comida,

el adiós desde lo alto del corredor. La veía aún, agitando su diminuta mano, y veía también por entre los rojos labios, los provocadores dientes de marfil, en una última sonrisa de despedida...

Y como en su exaltación llegase a balbucear algunas palabras, el cochero preguntó:

-¿Me hablaba el señor?

Por largo rato quedó Manolo suspenso; luego, aterrado, apretando los puños con desesperación, se preguntó casi en voz alta: -¿La amo?- Él se dijo que no, pero en realidad la amaba con toda la fuerza de su alma, la amaba desde antes de conocerla, desde que había sabido que existía, -por intuición. Luego viéndola, no había hecho sino corroborar sus pensamientos; había hallado en Tina su ideal, su tipo soñado de mujer, la verdad de sus locos devaneos. Era ella, sí, ella, con la gracia, la elegancia, la vivacidad, la delicadeza mil veces imaginada al contemplar la efigie que guardaba en su cuarto, la de la fotografía robada, que había adorado sin creer que alcanzaría en la vida realidad semejante; y en aquel momento destacábase en su espíritu la revelación de su pueril niñería, de su incomprensible pasión por la desconocida, que había sido el ángel tutelar de sus horas aciagas: él no había amado a una mujer que no conocía, que no conocería nunca: había amado a una clase, a un tipo, que sin pensarlo, en el medio ambiente de la gran ciudad se había infiltrado en él mismo hasta darle sensación de haber hallado en un retrato, la realidad de un sueño.

Tina lo había apasionado pero no sorprendido: la esperaba. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? No se lo había preguntado, pero lo sabía. Ignoraba si sería alta o baja, rubia o morena, pero no dudaba que reuniría la gracia a la elegancia, la educación esmerada a la inteligencia, el espíritu a la belleza física. Era la adorable Tina, en suma, la condensación de sus esperanzas y de sus ilusiones, la antítesis de la aldea, ese ideal tantas veces acariciado entre una amargura honda y una aspiración generosa: ¡era ella!

Y a medida que cada una de estas ideas se afirmaba en el muchacho, la bruma que había obscurecido su cerebro hasta aquel instante, disipábase, y su situación y su vida aparecían bien claras en el horizonte del porvenir incierto. Entonces, frente a frente con su destino, dueño de sí mismo, midiendo exactamente la distancia que lo separaba de la mujer que el azar había puesto en su camino, la risa, una risa desgarradora, lo había sacudido por espacio de algunos momentos, bajo la mirada de alarma del cochero asustado, en el silencio de la noche de plata.

¡Pobre loco! Era un peregrino de la vida; había marchado sediento, desfallecido, sangrando, e iba a rendirse, vencido; ¡entonces el bello miraje, el lago de aguas purísimas había aparecido a corta distancia, ofreciendo la tersa superficie tentadora, y cuando el deslumbrado caminante creía alcanzar sus bordes, apurar ansiosamente el agua cristalina, la visión se esfumaba, dejando en el espíritu la suprema angustia del desengaño!

¡Él y Tina! ¡El maestro de la aldea y la opulenta heredera de los Pérez Piñeiro! Había bastado un instante de reflexión para hacerlo reír; ¡tan grotesco era el contraste, tan absurdas sus pretensiones! No, él ni siquiera intentaría dar a comprender las ideas que lo agitaban: la amaría desde lejos, la hablaría poco, huiría siempre del peligro. Y luego, ¿quién sospecharía su pasión? Sería tan suya como la del retrato, que nadie había descubierto hasta entonces. Al mes partirían los moradores de «La Paloma» y todo quedaría en paz; ocuparía él su puesto en el «Porvenir»; volvería ella a brillar en los salones de Buenos Aires, se casaría...

El break llegaba al pueblito; a la luz pálida de la luna, las informes casuchas tenían un tinte poético, en el ambiente sereno de la noche; Manolo las contemplaba silencioso y

reconcentrado, como un prisionero que vuelve a la celda, después de algunas horas de libertad.

- XII -

Tina escribía dos días más tarde a una de sus íntimas de Mar del Plata.

«Después de extrañar horriblemente la vida alegre de la playa, un suceso inesperado ha venido a hacer menos aburrida la estadía en «Malmaison». Asómbrate, pero lo que te cuento es cierto: ha aparecido un *él*. Joven buen mozo, inteligente, aunque un poco paisano, este candidato es maestro del pueblito próximo, se ha educado en Buenos Aires, en Oxford, con Juan, Perico y Carlos, a quienes les preguntarás que tal es, y se llama Manuel Álvarez. Mi campaña es muy difícil, porque el señor se permite el lujo de ser indiferente con las mujeres, y esto me tiene muy divertida, pues creo que antes de una semana va a rendirse a discreción, y entonces voy a hacer de las mías. No me negarás que este *flirt* pampeano tiene sus encantos. No dejes de contarme todo: dile a Carlos que contemplo a cada rato la medallita de la virgen de Luján; a Perico que la orquídea, conserva aún sus colores y a Juan que le devuelvo sus recuerdos y que no me olvido del último vals».

La lucha estaba, pues, iniciada: por una parte la muchacha, deseosa de triunfar; por la otra Manolo, resistente, hosco, entregado por completo a sus tareas de maestro.

Eran inevitables, sin embargo, las largas conversaciones: durante el almuerzo, en la terraza, a la hora del té, por la tarde en las avenidas del parque. Tina espiaba todas las circunstancias para desplegar ante el «campesino», como le llamaba en intimidad, los recursos de su coquetería que sabía irresistibles y que manejaba con tacto exquisito.

En su empeño de hacer frecuentes las entrevistas, levantábase temprano, pretextando que había notado que el madrugar le hacía bien, y antes que Manolo llegara, ya estaba ella en los parques, cortando flores, cubierta la cabeza por amplísimo sombrero de paja blanca, que ceñía al cuello con barboquejos de cinta, hábilmente recogido el vaporoso traje, hasta descubrir por completo los pies diminutos.

El pasaba en el break y saludaba respetuosamente, mientras ella agitaba una flor gritando: «¡Buenos días señor Manolo!». Pocos momentos después se reunían en el salón. Tina llegaba con el delantal lleno de flores, descubiertos los largos brazos bien torneados, enrojecido el rostro por la tarea y por el sol; saludaba amablemente y depositaba su preciosa carga sobre el blanco mármol de la mesa. Él respondía apenas a las preguntas de la muchacha, limitándose a contemplarla con fruición. Ella hablaba aparentando amistosa indiferencia, sin dignarse levantar sus ojos de las flores que clasificaba concienzudamente. De rato en rato para afirmar su despreocupación decía:

-¡Este Enrique! Siempre se ha de hacer esperar. ¡Le ruego, señor, que lo disculpe!

-Sí señorita.

Y no agregaba nada más, temeroso de parecer empeñado en que el chicuelo no viniera pronto.

Un día Manolo la interrogó violentamente, antes de que hubiese depositado las flores sobre la mesa:

-¡La señorita se he entretenido en escribir a Mar del Plata que yo soy el maestro de la aldea!

Ella frunció el entrecejo, temerosa de que la indiscreción de su amiga hubiese descubierto sus planes.

-¿Quién se lo ha dicho a Ud.?

-Me lo ha escrito Carlos.

-¡Ah! Es cierto: pero en el tono de su voz hay un reproche y yo no he hecho sino elogiarlo. Supongo que no le habrán comunicado una mentira.

Él quedó algunos momentos silencioso, luego con calma:

-En efecto: no me dicen otra cosa, como no sea ponerme en guardia contra Ud...

-¡Contra mí!

-Sí, contra Ud...

-¿La razón?

-Su coquetería.

No sabe nada, se dijo satisfecha, y luego en voz alta:

-Yo tengo informes menos malos sobre la persona del Sr. Manuel Álvarez, y voy a probarlo.

Y diciendo y haciendo desapareció para reaparecer algunos instantes después con una carta en la mano. ¿Me permite que lea o quiere leer Ud. mismo?

-De ninguna manera.

-Después de algunas noticias sin importancia me dicen lo siguiente: «Tengo los mejores informes de Álvarez, el maestro de Enrique. Ha sido condiscípulo de Pedro, Juan y Carlos y los tres lo quieren mucho. Dicen que fue un compañero excelente aunque un poco misántropo y poeta, con rarezas incomprensibles y muy enemigo del mundo. Me contaron una cantidad de cosas muy interesantes sobre ese señor, y me encargaron que le dieras muchos recuerdos en su nombre, pidiéndole que no se olvide de los amigos».

-¿Lo ve Ud.?

Manolo inclinó la cabeza, luego preguntó lentamente:

-¿Y no le dicen a Ud. nada más?

-No, dijo Tina, pero aquella vez se guardó bien de ofrecer el pliego que movía entre las manos. Era que en realidad no podía leer lo que su amiga agregaba.

«La menor tentativa te dará el mejor de los resultados. Dicen que es lo más impresionable: un «alma de niño» según la expresión de Carlos. El fondo de su carácter es triste; hay en él, constantemente, una incurable melancolía. Me ha intrigado el inmenso cariño que le profesan los tres muchachos».

-¡Pobres amigos! Nada he hecho por ellos, créalo Ud., Tina, y siempre he hallado esta bondad que me confunde y obliga. Hay quizás en el fondo del persistente afecto, más compasión que otra cosa...

-¿Compasión?

Él no añadió una palabra, y como sintiera a Enrique en el corredor, pidió permiso, saludó y se fue.

Festejó a carcajadas la muchacha aquella salida, diciéndose a sí misma: «Es poeta, luego no hay que tomarle en cuenta sus tristezas estudiadas en los libros».

Y los días corrieron de nuevo. Habíase ganado el maestro la simpatía sincera de los viejos y del chicuelo, a pesar de sus estudiadas reservas, de sus prolongados silencios, de su actitud inexplicable, resistente a toda expansión, a toda confianza, a las más expresivas pruebas de aprecio. Respetuoso con los primeros, dulce con el último, tolerante con la muchacha, había hallado el justo medio para todos. No contrariaba jamás las opiniones avanzadas de los señores Pérez Piñeiro, ni los caprichos de Enrique, ni las coqueterías de Tina: su anhelo de calma era tan grande, que no había podido en ningún caso afrontar la más insignificante de las discusiones. Había aceptado así las absurdas teorías aristocráticas, las preocupaciones, las ideas más contrarias a las suyas, con la sonrisa en los labios y una oportuna inclinación de cabeza, aprobación tácita, incondicional, reforzada de vez en cuando por algún «naturalmente», «por supuesto», «creo lo mismo», «muy cierto», que irritaba tanto a Tina, como complacía a los padres y al discípulo.

-Es un campesino sin carácter, decía despechada la coquetuela, que continuaba, sin embargo, con ardor, la emprendida campaña, estrechando al maestro más y más cada vez en el círculo de hierro de sus coqueterías.

Un día, faltaban apenas cinco para que los Pérez Piñeiro emprendieron su regreso a la capital, Manolo comunicó a sus amigos una nueva que los dejó estupefactos:

-Mañana me ausento para Buenos Aires.

-¿Cómo?

-Algo inesperado, respondió el muchacho revelando en el semblante toda su intensa dicha. Un pariente lejano de mi padre, don Roberto Hamilo, banquero...

-¡Don Roberto Hamilo! ¡Lo conozco muchísimo; mi banquero precisamente!

-Me ofrece un puesto en su casa...

-¿No diga Ud.?

-Sí -parece que ha recordado una conversación tenida no ha mucho con mi padre, y me favorece con una posición, de confianza, y que despeja por ahora mi porvenir...

-¡Cuánto me alegro! Agregó sintiéndolo de veras don Antonio.

-Mis felicitaciones, señor Álvarez, adhirió Misia Trinidad.

-Vengan esos cinco, reforzó el chicuelo.

Tina no dijo nada; se sonrió apenas y cambió en seguida de conversación, anunciando que Mar del Plata se había despoblado totalmente y que la ciudad recobraba su alegría.

-¡Cómo vamos a extrañarlo! Balbuceó la señora de Pérez al cabo de algunos instantes.

-Nos veremos en Buenos Aires, añadió el opulento propietario: ya sabe Ud. nuestra casa; creo habérsela ofrecido antes.

-Muchas gracias.

-Y diga Ud., mi amigo: Enrique no se resentirá de estos días de asueto...

-¡Oh no! Sabe; puede pasar, ya se lo he dicho a Ud. antes; yo no le he enseñado nada; hemos repetido...

En momentos en que partía a dar la última clase Tina se le acercó.

-Señor Álvarez: esta tarde tengo que conversar con Ud. un momento.

-Siempre a sus órdenes, señorita.

E hizo una reverencia.

Caía el sol cuando ambos comenzaron el paseo por el parque; era una tarde hermosísima, perfumada por mil aromas vírgenes; despedíanse los pájaros entonando en los jardines y en el bosque mil himnos de amor que llenaban el espacio con sus notas variadas y puras; de la tierra caliente, rociada por los molinetes de riego, elevábase el olor característico de las gramíneas, que revivían bajo las gotas cristalinas de la tenue lluvia artificial; inclinábanse las flores acariciadas suavemente por el agua, destacando entre el verde follaje sus matices pálidos o vivos; allá arriba, ni una nube interrumpía la diáfana pureza del cielo; abajo, todo callaba, aletargado, después de un día ardiente.

-Dígame, Sr. Álvarez, ¿Ud. no siente nada al alejarse de estos parajes?

-Dejar a Uds., a los míos, a mis amigos... Cuando uno se ausenta... siempre...

-No pregunto eso: ¿no ha tenido Ud. ninguna impresión profunda, no lleva Ud. un recuerdo grato, alguna simpatía escondida?...

-Ninguna.

-No es cierto.

-Señorita.

-Y bien, supongamos que sea cierto. ¿Está Ud. seguro de no dejar, a su vez, alguna impresión profunda, algún recuerdo grato, alguna simpatía escondida...

-Seguro.

-¡No es cierto!

Él se había vuelto, suspenso. Estaba pálido, tembloroso, de pie en medio de la ancha avenida que iba serpenteando a perderse en el bosque.

-Y digo que no es cierto, agregó ella, mirándole de frente, porque me consta. El Sr. Álvarez, a pesar de su indiferencia aparente, quiere, quiere con frenesí a alguien que él sospecha y sospecha bien, que no le es indiferente.

Ante aquella declaración inesperada, violenta, franca, sencilla, toda su energía cedió; en un instante olvidó sus propósitos, su situación, su vida.

-Y bien, sí, respondió tomando la mano a la bella Tina, para qué ocultarlo más, es cierto, la adoro; y no es de hoy este amor profundo que me ahoga, es antiguo, nació el día en que la conocí. ¡Si lo he callado, es porque no podía olvidar la distancia que nos separaba, porque no pude sospechar jamás que Ud. me correspondería, porque amaba sin esperanza! ¡Ah, Tina, me hace el hombre más feliz de este mundo, me devuelve la vida!

-¡Chito! Le interrumpió ella, notando que las lágrimas corrían por las mejillas del maestro. Ahí vienen papá y mamá: hasta pronto, y le estrechó la mano expresivamente.

Retozábale la risa a la alegre muchacha triunfante, en momentos en que don Antonio y Misia Trinidad, en momentos en que don Antonio y Misia Trinidad se aproximaban por el camino, diciendo desde lejos:

-¡Los andábamos buscando, amigo Manolo, el break está listo!

El maestro se despidió bruscamente; no hubiera podido articular media docena de palabras.

-Buen viaje.

-Hasta pronto.

-¡Adiós!

-¡Recuerdos a Hamilo!

Manolo agitaba su sombrero, dirigiéndose a la casa.

-¿Has notado que conmovido va? -Decía la respetable matrona- nos ha tomado verdadero cariño ¡pobre!

Tina no podía reprimir el gozo que el éxito de su audacia le producía.

-Es un muchacho excelente, agregaba don Antonio.

-¡Qué golpe voy a dar con mi campesino! Pensaba la traviesa chica.

Cuando momentos después se oyó el rodar del break por la gran avenida, los Pérez Piñeiro avanzaron hacia uno de los caminos laterales para despedir a Manolo. Éste iba acompañado por Enrique. Los viejos saludaban afectuosamente con la mano; ella con el pañuelo.

Cuando el vehículo desapareció en el bosque, la orgullosa y altiva Tina tuvo un momento de impaciencia:

-Tonto, murmuró entredientes, ya aprenderás algún día lo que importa el paso que me has hecho dar.

- XIII -

La despedida no fue tierna. Lloriqueaba la madre, pasábanse el pañuelo por los ojos las muchachas, estaba serio don Raimundo, silencioso Manolo, pero en el fondo dábanse cuenta todos de aquel adiós no provocaba emociones hondas; la lejanía en que habían vivido, las amargas disputas, las *rarezas* de unos y otros, los choques frecuentes e inevitables, la incompatibilidad de caracteres y la influencia del medio, habían marchitado un afecto en otro tiempo grande y vivo, debilitando los vínculos de la sangre, y creando preocupaciones y rencores que no borrarían ya probablemente, ni el tiempo ni la distancia.

Cuando la carta de Hamilo llegó de Buenos Aires y Manolo aceptó gozoso el ofrecimiento, la alegría retratada en todos los semblantes no fue, en realidad, por el ascenso del muchacho, sino por la paz doméstica, el bien supremo de la aldea, perdido en la modesta casa desde que entrara a ella, un año antes, el censor implacable de los errores y defectos de los suyos.

No había razón, pues, para llorar su partida; al estrecharlo gravemente haciendo votos por su éxito y por su felicidad, cumplían los Álvarez y sus hijas, una regla social más que un acto espontáneo de afecto y de cariño: muy hondas eran las heridas que dejaba, para que los aldeanos pudieran olvidarlas en aquel momento; no le perdonarían nunca, lo sabía bien, su desprecio por el villorrio y la dureza de sus lecciones y de sus juicios.

El momento de la partida llegó. Nadie debía acompañarle hasta la estación: Misia Rosario porque odiaba las despedidas; don Raimundo por impedírselo una fortísima jaqueca; las muchachas porque no podían volverse solas. Manolo disculpaba a cada uno, estrechándoles efusivamente las manos, diciéndoles palabras amables, prometiendo que escribiría pronto, recomendándoles que no lo olvidaran.

Ya en la vieja galera repitió sus saludos, y cuando las ruedas rechinaron y el vehículo se puso en movimiento, echó a los suyos un montón de besos, desapareciendo entre una nube de polvo, camino a la estación.

-¡Quién no te conozca, que te compre! Dijo Ofelia al oído de Domitila, y las dos hermanas, contentas y satisfechas, entraron del brazo a la casa, tarareando un aire de zarzuela.

Manolo entre tanto pensaba: -No volveré a vivir jamás con ellos; ¡estoy libre!

Pasaban ante sus ojos las últimas casas de la aldea -la mísera aldea en que había vivido un año que se le antojaba un siglo, y sentía oprimido el corazón al decir adiós para siempre a las casuchas pobres y sucias; era su infancia la que quedaba enterrada allí, su infancia venturosa, plácida, tantas veces recordada en las horas de tribulación; eran los suyos, que había amado en otro tiempo y que había odiado después; eran, en fin, las luchas dolorosas, los desengaños y los sufrimientos inolvidables de días, de horas, de minutos que le habían torturado hasta la desesperación.

En aquel momento solemne sentía todo el peso de su responsabilidad en las propias amarguras, y con más temor que gozo volvía los ojos al porvenir. ¿Qué le aguantaba en la ciudad populosa? ¿Qué sería de él? ¿Resolvería los problemas que habían de presentársele?

¿Hallaría la anhelada paz? ¿Realizaría sus ideales? ¿Triunfaría, o sus esperanzas de éxito eran un simple miraje de aldeano?

Atropellábanse desordenadamente mil ideas extrañas, que tan pronto le hacían entrever triunfos brillantísimos como descalabros irreparables; tenía miedo, un miedo horrible, no sabía de qué ni por qué al alejarse de la aldea. Hasta aquel entonces había vivido al amparo de los suyos, de su padre: en adelante lucharía sólo; la vida le exigiría esfuerzos y sacrificios, tendría alegrías y dolores, días de gloria y de desfallecimientos invencibles. ¿Respondería?

¡Sí, respondería! ¿No estaba acaso detrás de todas las amarguras y desilusiones, la compensación soñada, la bella Tina que había ofrecido su amor con sin igual nobleza y desinterés? ¿Cómo era posible que no tuviese fuerza para vencer, alentado por la mujer que adoraba? ¡Combatiría sin descanso, resueltamente, con las energías de que era capaz para ser digno de ella, para alcanzarla!

Cuando el conductor le dio aviso de que habían llegado, quedó absorto -con tanta rapidez le pareció que se había hecho el trayecto. Instintivamente comparaba el viaje anterior con todas sus peripecias -¡recordaba el arribo, las miradas escudriñadoras de sus padres y hermanas, la larga ruta de la estación a la aldea, atosigado por las preguntas, asfixiado por el calor y por la tierra! ¡Qué lejos estaba de aquel día! ¡Cuánto habían cambiado su carácter y su vida! Entonces era un niño; ahora era un hombre. En aquellas circunstancias todas sus preocupaciones fundábanse en nimiedades; hoy tenía delante el problema fundamental de su existencia: ¡triunfar!

Era el único viajero en el vagón cubierto de polvo; colocó su valija en el asiento vecino, giró el de enfrente, estiró las piernas y miró el reloj: eran las diez de la mañana. A las ocho de la noche llegaría a Buenos Aires; tenía ante él diez horas de tren, diez horas de martirio físico y moral: había de sufrir la fatiga, el calor y el polvo, y no podría evitar mientras velase, las negras ideas que lo agitaban desde el día anterior, y que lo exaltaban hasta producirle fiebre.

En tren corría sobre los rieles; brillaba el sol en el cielo azul, extendíase a ambos lados del coche la pampa árida y gris, y Manolo pensaba, pensaba siempre abstraído, en su presente y en su porvenir.

Las emociones, y el cansancio, lo rindieron al fin y se quedó dormido; soñaba sin duda, porque de cuando en cuando plegábase la frente, ahondábanse los surcos que un año de incertidumbres y de sinsabores habían marcado en dos líneas paralelas y gruesas, y la fisonomía toda, contraíase, expresando el dolor y la duda. Seguíale así hasta en el reposo, el temor vago e invencible que dominaba su voluntad, abatiendo su ánimo, misteriosa fuerza que nos hace presa en los momentos supremos, que vive con nosotros, ¡qué es más fuerte que la materia misma!

A las dos un guarda lo despertó:

-Señor, Ud. disculpe. Vamos a llegar a una estación donde demoraremos diez minutos. Si quisiera tomar algo...

-Gracias.

El día se había nublado. La pampa ofrecíase como invariable panorama hacia todos los rumbos, animada por frecuentes rodeos de animales, interrumpida en su monotonía por montes lejanos, que parecían correr por algún tiempo a la par del convoy para reducirse en breves momentos a simples puntos negros paulatinamente borrados en la inmensa llanura.

Poco a poco las poblaciones más y más frecuentes anunciaban la proximidad de un centro de importancia: en efecto se llegaba a...

Manolo saltó al andén, guardando previamente un sitio en el coche; no olvidaba que en otras épocas, cuando, después de algunas vacaciones pasadas en la aldea, regresaba a la capital, era aquel el primer punto en que subía gente; ¡cómo la deseaba entonces, ganoso de hallar alguien con quien trabar conversación! Aquella vez todo su anhelo era que nadie lo molestase: hubiera pagado con gusto el derecho de ir sin compañeros, para evitar preguntas inoportunas, la presencia de tipos antipáticos, los diálogos burdos, a voz en cuello, entre viajero y viajero...

Cuando regresó al vagón, había hasta una docena de ellos, con más dos mujeres y cuatro chicos. Hablaban fuerte todos, instalados en el coche como en la propia casa, sin cumplimientos, cómoda y ruidosamente.

-Yo *craía que no alcansaba*, decía mostrando las dos hileras de dientes, una criolla apoplética, que mecía en los brazos a un chiquillo de color indefinible, ni negro ni mulato, pero más cerca de lo primero que de lo último.

-¡Cállese -le respondía de enfrente una anciana enjuta y apergaminada- el julepe que me he dao yo! No *bé* la tormenta que se *biene*? ¡Ay! ¡Si no gana una para sustos!

Al arrancón de la máquina uno de los chicuelos que alborotaban en medio del salón, cayó al suelo, y acto continuo estalló en el más inconsolable y sonoro de los llantos.

-Cállate escandalosa, le increpaba la robusta señora zamarreándole y apretando contra los abultados senos al inocente vástago de color indefinible, no ves que hay gente, callate; si no es nada.

Inútiles eran los encargos y hasta perjudiciales, porque fuera la gritería por ellos producida, fuera que en uno de los movimientos se sintiera apretado con excesivo entusiasmo, es lo cierto que a poco estallara a su vez el chico en brazos, en el más agudo de los tonos y en la forma menos diplomática posible.

Reían los pasajeros, sofocábase la mamá y el formidable desconcierto amenazaba no tener fin, cuando ofreciose la anciana a cargar al último de los alborotadores, con lo que libre la exuberante matrona y en la plenitud de sus imponentes movimientos, la emprendió a cachetada limpia con el del porrazo, que tuvo a bien, ante tan decisivos argumentos, bajar la elevada prima, en tanto que su hermanito la subía hasta lo indescriptible al hallarse en manos de persona extraña.

-¡Jesús con los muchachos! ¡Es como para que una se *buelba* loca!

Tomó de nuevo la congestionada señora al bochinchero, lo recostó en el seno, abrió por en medio la ancha bata de percal, y bajo la mirada curiosa y picaresca de los pasajeros, ofreció sin escrúpulos, monumental consuelo al impaciente vástago.

Manolo contemplaba la escena con calma. La conocía de memoria. En otro tiempo, allá cuando estudiante, reía de buena gana ante los cuadros naturalistas del ferrocarril ¡con qué distinto espíritu los presenciaba ahora! ¡Qué ímpetu de llegar a Buenos Aires para borrar por completo los hábitos y las frases que le traían a la memoria la insoportable aldea que había dejado atrás! ¡Le parecía que todo lo que estaba bajo sus ojos era como una prolongación del villorrio, de sus padres, de las relaciones de su familia! Resurgían en los ademanes, en los

trajes, en el eco de la voz, en los términos, aquellas reuniones de su casa, en que alternaban las muchachas y los mozos del lugar, formando la más aborrecible de las algarabías.

-Vea, mi amigo, yo sé lo que le digo, hay que *rebentarlas* a tiros.

Manolo dio vuelta. En el asiento próximo dos hercúleos viajeros charlaban. Ambos tostados por el sol, gruesos, de pezcuesos llenos, cubierta la cabeza por el clásico chambergo, parecían no apercibirse del bochinche recientemente sofocado, ni siquiera de la presencia de los demás compañeros de viaje.

-Ya sé, respondía uno de ellos, estoy de acuerdo con *usté* y por eso le digo que es *presiso* que nos hablemos con don Jacinto.

-Le he escrito y no me ha *contestao*.

-Él no quiere *farra*, pero ya estoy *cansao* de que andemos con *bueltas*. Los muchachos andan muy calientes y no es *pa* menos. Vea, pues, ¡no faltaba otra cosa! ¡Este *sonso*, se ha *craido* que porque lo han hecho *comendante* militar, nos *ba* a gobernar a todos! ¡Y no, yo se lo digo, no señor, le *bamos* a ganar las *elesiones* aunque no quiera!

-¿Y *usté* lo duda? ¡Y *pa* qué tendremos *remiston*! ¡Si por su linda cara se las *ba a llebar*!

-¿*Usté* supo lo que me *hiso*?

-No.

-¡Me *hiso haser ejersisio* al chico! ¡Ah! ¡Pero le garanto don Robustiano que por el mundo andamos! ¡Qué no lo *agarre a tiro*, porque lo *boi* a matar como a un perro!

-¡Pero *bea* si será trompeta!

Una nueva estación interrumpió el diálogo, Manolo incomodado por el sol, cambió de asiento. En el nuevo puesto venía a quedar frente a frente a un par de campesinos, de aspecto honorable, delgado el uno, grueso el otro, igualmente morenos los dos, y zurdos y vulgares. Fumaban a duo, unos cigarrillos gordos y apretados, que humeaban poco, pero cuyo olor ponía a prueba la cabeza y el estómago de los fumadores.

-Buena marea.

-Así es, me los *hasen* de encargo. Son de lo Manito, en la plaza Concepción.

-¡Ah! ¿Caros?

-De a *rainte*.

-No son caros. ¿Y diga, amigo Ventura, compró los carneros *Rambregel*?

-Sí, ¡pero vea que habían sido *delicaos*!

-¡No diga!

-Ya me lo habían dicho, pero yo no *craia*. Son unos animales tremendos: les da el gusano.

-¿Y qué es eso?

-Un mal. Andan muy bien mientras no ven amarillo, pero cuanto lo vieron cuanto les dio.

-¿Cómo?

-Sí, el color amarillo. Son *delicaos* de la *bista*. Así no los deje *usté* al sol porque enseguida se le enferman. ¡Hay que andar con más *cuidao*! A mí se me enfermó uno: buscando, buscando, creo que ha sido porque mi mujer *andubo* el otro día con un pañuelo amarillo en la *cabesa*. ¡Es una cosa bárbara!

-¡Pero *bea*! ¡Y yo que no sabía!

Manolo aprovechó la oportunidad que le ofrecía un vendedor, para echarse a la cara los diarios de la tarde que llegaban de la capital con la tinta fresca aún; temió romper a reír y salió del trance engolfándose en la lectura de las hojas repletas de noticias. Nada le decían, sin embargo, las columnas de sueltos ligeros y chispeantes, ágil comentario a los sucesos del día; ni las nuevas políticas, ni el precio del oro, ni los telegramas de todas partes del mundo; había vivido tan alejado, tan ajeno a la existencia de la metrópoli, que apenas si alcanzaba a comprender algunas de las muchas espiritualidades políticas estampadas bajo sus ojos. Cuando giró una de las páginas buscando temas más fáciles, saltó en medio del apretado material tipográfico un nombre, que adquirió para Manolo proporciones extraordinarias; no sabía como, porque extraño misterio le había atraído, pero era lo cierto que estaba allí, de relieve, fascinándole: Pérez Piñeiro.

«Será un invierno excepcionalmente brillante, decía la crónica. Pocos son los buenos elementos sociales que faltan ya en Buenos Aires: las familias Juvem, Martínez, Bey, Colmado, Alma, etc., etc., han llegado ayer; para dentro de breves días se anuncia el arribo del señor Antonio Pérez Piñeiro, su esposa e hijos, con procedencia de «Malmaison» el notable *château* del opulento hombre público. Se anuncian algunas «soirées» en la regia mansión de la calle Cerrito. Conociendo el «savoir faire» de tan gentiles dueños de casa, no es difícil presumir el brillo de estas veladas».

Y no decía más. En su laconismo la noticia aquella era bien sugestiva. Los Pérez Piñeiro entrarían a Buenos Aires pocos días después con todos los honores de su rango; se les esperaba como a un acontecimiento; su llegada se anunciaría por todos los diarios y se comentaría por todos los diarios y se comentaría en todos los círculos; serían visitados, agasajados, adulados... ¿Y él? Él también debía llegar a Buenos Aires, a la gran ciudad, un par de horas más tarde; estaba casi al término de su viaje. ¡Pobre aldeano! ¿Lo esperaba alguien? ¿Tenía su arribo la menor importancia? ¿No era acaso, débil e insignificante, una unidad más destinada a perderse en la metrópoli inmensa? Y arrastrado por la constante preocupación de su espíritu, comparaba, y al sentirse sólo, entre aquel montón de viajeros incultos, que charlaban y reían groseramente, un invencible desfallecimiento apoderábase de su ánimo.

El tren corría, corría siempre. Desfilaban a ambos lados de la vía las pequeñas aldeas más y más próximas cada vez, los montes menos extendidos, pero más frecuentes, las casuchas pintorescas, plantadas en medio de tierras feraces, y de cuando en cuando, los centros de población de importancia, anunciados a voz en cuello por los guardas, en las estaciones espaciosas, cubiertas de avisos de colores.

Aproximábase el gran momento; la tarde se había ido rápidamente y las primeras luces habían comenzado a brillar por todas partes como enormes luciérnagas. Manolo, asomado al ventanillo, febril, hondamente emocionado, seguía con ansiedad los signos del camino,

procurando adivinar por las luces, por los árboles, por las casas, que aparecían iluminadas en la sombra, la rapidez de la marcha, el tiempo que faltaría para llegar.

Cuando el tren se detenía en las estaciones con gran rechinamiento de ruedas y de frenos, esperaba impaciente el grito del guarda, que pasaba luego con lentitud por el andén, moviendo a compás la linterna de señales, a la espera de la orden de marcha. Parecíale que demoraba el convoy mayor tiempo que el fijado en los horarios, y saltábale el corazón de alegría al escuchar el repiqueteo de la campana que anunciaba la partida, tan grande era su anhelo por alcanzar el término de penosísimo viaje.

Estaba muy cerca; decíanlo las lucecillas que se multiplicaban en la obscuridad de la noche; las poblaciones continuas, ora perdidas entre los árboles, ora bien dibujadas en la llanura; los silbatos agudos de la locomotora; los nombres de las localidades veraniegas de los alrededores de la capital.

Al cabo de pocos momentos surgió en las sombras una fila de focos eléctricos, dando una nota nueva, pálida y brillante a un mismo tiempo, en medio de las luces rojizas que poblaban la campiña; ¡Manolo se sintió dichoso, estaba en Buenos Aires! Corría el tren por los suburbios y las primeras calles comenzaban a pasar, obscuras y tristes, a ambos lados de la larga hilera de vagones que arrastraba velozmente el monstruo de hierro; llegaban en ráfagas los gritos de los pilluelos, que saludaban desde abajo el pasaje del convoy, y alternativamente, tinieblas extrañas o claridades inesperadas envolvían a los viajeros.

¡Era tiempo! Cuando saltó a tierra enceguecido por la iluminación, aturdido por la gritería de los mozos de cordel que estiraban las manos pidiendo los equipajes. Manolo tuvo un momento de mareo, ¡tan feliz era, tan completamente feliz!

Hubiera deseado que nadie perturbase su dicha de aquel instante; que respetasen la dulce emoción que le embargaba; que no le preguntasen nada, que nada le exigiesen: ¡tenía la sensación de haber sufrido una pesadilla atroz y todo se disipaba, desaparecía, al hallarse de nuevo en el medio febrilmente ansiado!

-¡A un hotel! Gritó al cochero del carruaje en que había instalado su humilde baúl, el inseparable compañero de la infancia.

-¿A cuál hotel?

-¡A cualquiera!

- XIV -

-¿El señor va a comer en el hotel?

-No.

Cuando lo dejaron solo se echó en un sillón. ¡Qué feliz era! ¡Qué anhelo ferviente de lanzarse a la vida bulliciosa de la ciudad que hervía allá abajo, lo hacía presa en aquel momento! ¡Cuántos dolores desaparecidos, cuántas esperanzas nuevas que reverdecían en el árbol mustio de sus ilusiones! ¡Qué ánimo, qué vigor, que inmensa alegría le retozaban dentro

del cuerpo! ¡No sentía el cansancio del largo viaje, ni las molestias de la disensión sostenida por espacio de media hora para lograr a bajo precio el modesto cuartujo que había alquilado, ni la enorme escalera trepada dos veces para llegar hasta él! ¡Tenía el más vivo deseo de salir, de sentirse al fin en la ciudad amada, de mezclarse a la vorágine de su existencia vertiginosa!

Antes de partir, fue hasta la estrecha ventana de su bohardilla, que caía sobre la parte más animada de la Avenida de Mayo, a pocas varas de la calle Florida, para mirar una vez más la ancha vía pletórica de vida, animada por millares de peatones y centenares de carruajes.

Lo atraía hasta enloquecerle el vértigo de aquel movimiento constante, inmenso, cuyos ecos apagados y extraños llegaban en ráfagas a la altura. Quería abarcar bien todo el vasto panorama, impregnarse de su grandeza, saborearlo con delicia, y tan pronto fijaba su atención en la aglomeración producida por las mesitas tendidas en línea frente a los cafés, como en la larga hilera de focos eléctricos, que envolvían en una claridad pálida a la Avenida toda; admiraba la grandiosidad de los edificios, de fachadas majestuosas; la doble fila de plátanos jóvenes y vigorosos, de copas redondas y tupido follaje o seguía atentamente el pasaje veloz de los carruajes por sobre el pavimento de madera...

De pronto, en un arrebato de entusiasmo y de dicha, abandonó su puesto, corrió a su sombrero y rápido, como si una fuerza superior fuese a detenerlo, se lanzó a la escalera...

¿Adónde voy? Se dijo. Estaba aturdido, atontado. Caminaba al azar entre los grupos indiferentes que iban y venían por las amplias veredas, en aquella tibia noche de los últimos días de Abril. Parecíale que lo miraban todos burlonamente, que se sonreían de su aldeanismo zurdo y adivinaban las torturas de su espíritu en la hora suprema que atravesaba. Instintivamente abandonó la bulliciosa Avenida y se internó en una calle obscura y solitaria para ordenar sus ideas. Marchaba, sin atinar con el partido a elegir, pusilánime e irresoluto.

Había llegado, así divagando, a una esquina. Un gran foco eléctrico inundaba de luz por ancho espacio a las calles convergentes, y en las aceras, numerosos grupos departían con animación a la puerta de los cafés, cuyas resplandecientes vidrieras de colores llamaban la atención de los pasantes; a poca distancia la rojiza fachada de un teatro, incendiábase en la obscuridad de la cuadra, bajo centenares de luces, y hasta la esquina llegaban los ecos de los vendedores ambulantes que pregonaban a la puerta del edificio periódicos y folletos. Era en medio del silencio de aquella parte de la ciudad, un pedazo lleno de movimiento, alegre y pintoresco.

Manolo se detuvo, indeciso aún. En Florida encontraré un restaurant, pensó, y decidido al fin iba a ejecutar la resolución que había adoptado, cuando sintió que le cogían con fuerza por el brazo, que le arrastraban violentamente, en tanto que una voz le gritaba al oído:

-¡Manolo querido!

-¡Carlos, Carlos del alma!

Durante algunos minutos, observados con curiosidad por las gentes estacionadas a pocas varas de distancia los dos amigos estuvieron el uno en brazos del otro estrechándose conmovidos.

-¡Y no me lo habías anunciado!

-Te suponía en Mar del Plata.

-¿Vienes por algunos días?

-¡Para siempre!

-¿Es cierto?

-¡Sí, sí, gracias a Dios!

Se habían tomado de las manos y se miraban de frente, risueños, íntimamente satisfechos.

-¡Cómo has cambiado «muñeca»!

-¡Es que ya no soy «muñeca»! Y tú no, Carlos, tú eres el mismo, un poco más hombre...

-¿Adónde vas?

-No sé. Tengo hambre, aún no he comido.

-Ven.

Y lo empujó a uno de los cafés.

-Ahora, le dijo, luego que se instalaron en un pequeño gabinete, a puerta cerrada, cuéntame todo: cómo vienes y por qué vienes; si te has peleado con los tuyos, por qué ha sido; qué vas a hacer; háblame de tus amores con Tina...

-¡Oh!

-¡Si lo sé todo! ¡No me ocultes nada, habla, confiésate, sabes que soy tu hermano!

Manolo comenzó el relato de su ausencia. En el estrecho recinto su voz conmovida resonaba solemnemente. Palmas le escuchaba con atención, los codos apoyados en la mesa, la cabeza hundida entre las manos. ¡El maestro, parco en detalles en un principio, se había ido exaltando con el recuerdo de sus pasados sufrimientos, los angustiosos días de la aldea, las riñas con sus padres y hermanas, y reseñaba íntegra, minuciosamente, la lucha sin tregua que lo había envejecido haciéndole desesperar del porvenir!

-¡Pobre amigo! Exclamaba de cuando en cuando Carlos, sintiendo como propias las desventuras del compañero de la infancia.

-Pobre sí, más que eso aún, créelo. Expresarte con toda verdad lo que he pasado, sería superior a mis fuerzas y no me entenderías, no, no me entenderías. Hay que ser víctima de la tortura moral, lenta, atroz, de todos los instantes que he sufrido, para comprenderme.

-Me identifico con lo que me cuentas, Manolo. Estaba identificado desde antes; adivinaba tu desgracia y me veía impotente para remediarla. Papá ha estado enojado conmigo desde que te fuiste. Apenas he tenido con que vivir y he hecho deudas: todos alcanzamos nuestros días de borrasca. La providencia acaba de salvarme milagrosamente: he ganado más de cien mil pesos en la ruleta de Mar del Plata.

-¡Oh!

-¡Y eso no es nada Manolo! Debía cincuenta. ¡Me da apenas para la tranquilidad de algunos meses y para pagar lo que debo, nada más!

-¡Carlos!

-¿Te sorprendes? ¡Deliciosa inocencia! ¡Ah! ¡Tú no conoces todavía esta otra tortura! Pero vamos, ya hablaremos de ello más tarde: prosigue tu historia que es sin duda más interesante que la mía. Estábamos en el ofrecimiento de Hamilo. ¿Aceptaste?

-Acepté.

-¿Y eso te ha traído a Buenos Aires?

-¡Pues!

-¡Pobrecito! ¡En la que has caído!

-¿Por qué?

-Pero hijo mío, ¡Hamilo es un usurero!

-¡No es posible! ¡Si tiene fama de honorable! ¡Si me lo ha recomendado Pérez Piñeiro!

-¡Vamos querido, quizás haya exageración en lo dicho, pero te aseguro que no he andado lejos. Banquero a interés alto, feroz con todo el mundo, torniqueto de pobres y ricos... o usurero, es hablando en plata más o menos lo mismo!

-¡Le tienes antipatía!

-¿Qué? ¿Antipatía has dicho? Odio, pero odio mortal, no te lo oculto. El día que vea su aviso fúnebre con una gran cruz negra... así... doy una fiesta.

-¡Carlos!

-¡Ah! ¡Es que tú no sabes! ¡Me ha apretado hasta hacerme llorar sangre! ¡Ayer a Dios gracias, liquidé mis cuentas con su casa, pero me las va a pagar, vaya si me las va a pagar!

-¿Doblemos la hoja?

-Sea, doblemos la hoja. ¿Y Tina?

Buena... dentro de pocos días podrás reanudar tu romance de Mar del Plata.

-¡Vamos! No chancees. ¿Cómo ha quedado el *flirt* emprendido? Lo sé todo: ¡no mientas!

-Muy buenos amigos.

-¡Bien! ¿Y qué más?

-Una simpatía mutua muy avanzada.

-¡Hola! ¡Hola! ¿Y luego?

-Promesa de frecuentarla en Buenos Aires.

-¿Cuál es tu impresión?

-Con franqueza y en la más absoluta reserva: ¡muy satisfactoria!

-¡Pero veanlo Uds. a «muñeca»! ¡Te reconozco muchacho! ¿No son ilusiones? ¡Mira que la chica es un demonio! Te habrás apercibido de ello seguramente.

-Desde el primer día.

-Pero Manolo, me parece que todavía no te das cuenta bastante exacta de lo que te pasa, ¿sabes bien lo que significa Tina Pérez?

-Lo sé todo.

-¿Y vas a *correrla*?

-Voy a *correrla*.

-¡Bravo! ¡Así me gustan los hombres! Y ahora, a lo práctico: ¿con qué capital cuentas?

-¿Qué?

-¿Qué capital tienes para la campaña?

-Hombre, ninguno... Mi empleo...

Carlos lanzó una estruendosa carcajada y como el mozo apareciera en la puerta a pedir órdenes. Manolo violento y agriado por la interrogación, volviose y pidió café para terminar la comida, en tanto que el elegante compañero reía a más y mejor tapándose la boca con el pañuelo.

-Pero en definitiva, ¿de qué te ríes?

-¡Eres el incorregible soñador de siempre, Manolo! ¡Un niño grande, con tantas ilusiones como falta de sentido común! ¡Tu empleo! Pero hijo de mi alma me pongo en el mejor de los casos: que ese buen don Roberto te fijara quinientos pesos, lo que no sucederá.

-¡Y bueno!

-¡Quinientos pesos! ¿Pero lo has pensado bien? ¡Con eso no tienes ni para iniciarte! ¡Por Dios, pareces uno de los chicuelos de la aldea! Para cortejar en regla a Tina Pérez necesitas de tres a cuatro mil pesos mensuales por lo menos, grandísimo tonto.

-¿Qué?

-Sin reducir un centavo. ¿O te imaginas que vas a continuar llevando aquí tu existencia de aldeano económico? Nadie sabe quién eres; para ella misma aparecerás como un personaje nuevo en este gran medio de Buenos Aires y todo lo que allá le era familiar y agradable, tu traje, tu sencillez, tu modestia, va a serle intolerable en el palacio de la calle Cerrito.

-Exageras.

-Hablo con el corazón en la mano. Aquí todo el mundo se ríe de la humildad, de la virtud, del trabajo...

-¡Oh!

-Desde el punto de vista social, se entiende. Es a ese mundo al que me refiero. ¡Cómo a ese vienes consignado, de ese te hablo! ¡Subalterno de don Roberto Hamilo, a quinientos pesos mensuales! ¡¡Magnífico!! ¡A la vuelta de quince días te han dado con la puerta en la narices en todas partes, y por corta providencia en lo de Pérez Piñeiro, te lo garantizo, más que eso aún, te lo juro!

Comment [Librodot1]: [«garanto» en el original (N. del E.)]

Manolo estaba estupefacto. Aquella lección brutal, cariñosa y sarcástica a un mismo tiempo, lo desorientaba por completo.

-¡Y qué debo hacer, Carlos?

-¡Nada, confiarte a mí, por ahora, luego, allá veremos!

-No entiendo.

-Mañana te llevaré un cheque por diez mil pesos, para los primeros gastos...

-¡No!

-Pero oye.

-¡No!

-No seas niño; o eso o volverte a la aldea; no tienes más que uno de los dos caminos.

-Ni el uno ni el otro.

-Como quieras: ¡fracasa si ese es tu gusto!

-¡Carlos!

-Te presto esa suma: la he ganado en una mesa de juego. Me la devolverás cuando puedas. ¿No harías tú por mí otro tanto? ¿No respondes? Habla, examina tu conciencia, ¿no serías capaz de un sacrificio tan simple?

-Sí, creo que sí.

-¿Y entonces?

-¿Y cuándo y cómo te devolveré esa suma, una fortuna para mí?

-¡Una fortuna! Vamos: ¡se conoce que empiezas! Cuando puedas, pura y simplemente. ¡Yo no voy a exigirte documentos! Te supongo mi cajero: ¡guardámela! Y ahora, a dormir, que a fe que debes necesitarlo: mañana a primera hora estaré en tu casa y haremos las diligencias de estreno...

-Pero...

-Escucha: palco alto en la Ópera 2500; sastre 2000; fianza de tu casa 500; muebles 2000; alquiler mensual de carruaje 500 y basta... ¡hasta mañana!

-¡Pero Carlos!

-¡Hasta mañana!

Y se fue dejando a Manolo aterrado en la calle solitaria.

- XV -

Manolo, fascinado, cedió. Fuese la decisiva influencia del medio, fuese la lejanía de los suyos, fuese la preocupación constante de su amor, lo cierto es que bastaron algunas reflexiones hechas con calor por su turbulento camarada de infancia, para convencerle de que su rumbo no estaba en el empleo ofrecido por Hamilo, insignificante y mezquino, sino en la lucha valerosa propuesta por quien tenía la experiencia de hombres y cosas, adquirida a costa de dolores y triunfos, en varios años de figuración espectable dentro de la sociedad de Buenos Aires. El plan del aldeano era irrealizable: pobre, humilde, trabajador, sería un cero a la izquierda, un N. N., combatido por todos, por todos despreciado; aparentemente rico, aunque no lo fuese en realidad; lanzado en una vida rumbosa, pródigo y aparatoso, hallaría todos los halagos, escucharía muchos elogios, sería un niño mimado de los salones porteños. Y el amigo sirena, extendíase en otras largas y convincentes consideraciones: «todo esto, agregaba, no significa que yo crea que no debes trabajar o hacer que trabajas; absolutamente, no. Empleado de Hamilo serás completo, porque las mamás, aún cuando en el fondo se rían de la labor y la desprecien, son muy afectas a las formas, y prefieren en consecuencia que el candidato sea una *monada*, un *partido* perfecto, un mozo rico y *virtuoso*. *Words, words, words*, como decía nuestro viejo Mr. Kalsi ¿te acuerdas? Debes, pues, una vez que yo haya preparado todo, irá ver a Hamilo y aceptar lo que te dé, aunque sea una insignificancia: «¡las formas, querido, no lo olvides, en esta sociedad, las formas!»

El maestro de la aldea, en un primer momento temeroso, entregose al fin sin condiciones. Durante algunas horas el problema quedó netamente planteado en su espíritu: seguir a Carlos era preparar una situación falsa, peligrosa, en que habría que ir hasta el fin; contrariar sus planes significaba perder a Tina ¿Qué haría? ¿Marcharía hacia lo desconocido, entregaría su vida al azar, continuaría la ruta emprendida? Lo uno era tentar el destino, afrontar la tempestad con todas las energías; lo otro era declararse vencido, ¡naufragar sin lucha!

-Sea, dijo, acepto, me entrego. Estoy decidido a soportar todas las consecuencias de mi resolución. No saldré del hotel como me lo indicas. Esperaré a que encuentres casa y a que tu sastre me haya transformado en un bonaerense elegante. ¿Estás conforme?

Carlos, convencido de que labraba la felicidad de su amigo, deseoso de su triunfo, preparó en pocos días la nueva morada, con todo el empeño y el entusiasmo que ponía siempre en la realización de sus fantasías. El departamento, coqueto y alegre, quedaba en la calle Florida, muy próximo al Club Azul, en la parte más concurrida y más animada de la ciudad. Trabajó el vehemente muchacho hasta una semana en la instalación. Todos los detalles llevaban el sello de su experiencia. El salón de recepción era un modelo de sencillez y de gusto; seguían luego el escritorio, severo y práctico, el cuarto de vestir, el dormitorio y en el fondo cerraba en cuadro el lujoso cuarto de baño. No había una tela, un adorno, una silla, una mesa, que no estuviese colocada con arte, en el paraje más apropiado, allí donde podía ser útil, agradable y bonita, cual si Carlos hubiese hecho un largo y concienzudo estudio del terreno, de los

muebles y de los matices, antes de transformar la pequeña serie de habitaciones, en la más confortable de las moradas.

Cuando Manolo entró por vez primera a su casa, quedó maravillado. Su amigo le contemplaba sonriendo.

-Lo he previsto todo, decía. Será o no de tu gusto, pero puedo garantizarte que no falta nada. Necesito darte algunas explicaciones: esta mesa, por ejemplo, es la mesa de juego. No te asombres; es indispensable. Para atraer a tu casa a la *jeunesse dorée* necesitas mesa de juego: sino se aburriría o sencillamente no vendría, lo cual debes evitar porque debes intimar con ella lo más pronto posible. Aquí he colocado varios juegos de cartas. El criado que nos ha recibido es todo un hallazgo: lo he pescado en el Club Azul, donde era reputado como uno de los mejores. Te facilitará la solución de muchas dificultades que necesariamente han de presentarse. Ya ha arreglado tu ropa en los armarios. Aquí tienes papel de carta con tus iniciales. En este otro cajón hallarás tarjetas. Mañana vendrán a colocar el teléfono en esta pared. Los diez mil pesos consabidos están depositados en el Banco de Londres; aquí está guardada la libreta de cheques: necesitaré hacerte traspaso a la brevedad posible -mañana si quieres. Para ir a ver a Hamilo, te pondrás este traje y esta corbata...

Comment [Librodot2]:

[«garantirte» en el original (N. del E.)]

Manolo sintiose desde el primer día como si hubiese habitado siempre el departamento de la calle Florida. ¡Había soñado tantas veces su nueva situación, la había anhelado con tal fuerza, que se le antojaba que el pasado era tan sólo una pesadilla y que no había vivido jamás en otro medio que en aquel que colmaba sus aspiraciones y sus gustos! ¡Qué distancia enorme lo separaba de la humilde aldea natal! Era otro mundo, sin duda, el que había quedado allá, perdido en la Pampa inconmensurable; un mundo de sufrimientos, de miserias, ¡de dolores sin cuento!

Y luego su horizonte se despejaba, huían las últimas nubes, brillaba el sol, ¡un sol de paz y de ventura! Las repetidas cartas que había escrito a los suyos no habían provocado contestación alguna: decididamente se le dejaba en plena libertad, sin una palabra de interés, sin siquiera un par de líneas de falsa ternura... Y los Pérez Piñeiro, providencialmente retardados por una indisposición de Enrique, habían anunciado su entrada a Buenos Aires, para algunos días después, facilitando así de una manera inesperada y satisfactoria la faz más grave del problema que lo había atormentado.

Estaba libre al fin, dueño de sí, inesperadamente ascendido a la categoría de hombre de mundo, rico y generoso; triunfador antes de luchar, ocuparía la nueva posición seguro de sí mismo, exigente y resuelto. No habría contrastes por grandes que fuesen que le hicieran desistir de su magna empresa: si por un momento había flaqueado, al alcanzar las alturas sentíase con fuerza para vencer, costase lo que costase.

Y su plan aparecía claro, sencillo, fácil. Los Pérez Piñeiro, acallarían seguramente sus dudas y sus escrúpulos ante su victoria social, que él consideraba infalible, y dominados ellos, todo era simple y corriente. Entraría de lleno al mundo, brillaría, sería la nota interesante de salones y fiestas; las muchachas le mirarían con buenos ojos, suspirarían las mamás soñando con él para sus hijas, le agasajarían los papás, Hamilo se enorgullecería de tener un pariente tan importante y tan a la moda, y le ayudaría, le consultaría, le abriría su hogar y su casa de comercio... Desde la pequeña salita volaba la imaginación del muchacho por la ciudad colosal que pocas horas después lo contaría entre sus más notables elementos, y tan pronto veíase dominando en la lujosa sala de la Ópera, como en el opulento palacio de la calle Cerrito, y luego en Palermo, en la calle Florida... Carlos le había prometido incorporarlo a la *jeunesse dorée* y él daría en su honor, para atraerla y dominarla, una gran fiesta, una fiesta de solteros, ruidosa y de buen tono...

Dos golpecitos sonaron a la puerta a mitad de las divagaciones de Manolo, y Francisco, el criado perfecto, afeitado y respetuoso, avisó con solemnidad:

-Está el carruaje...

Sintió el maestro que todas sus energías cedían ante la buena nueva, y tras algunos minutos de titubeo, dijo con la voz entrecortada por la emoción:

-Dí al cochero que espere... Voy a dar una vuelta.

- XVI -

En la calle de Piedad, a pocas varas de la Bolsa de Comercio, levantaba su fachada, severa y sencilla, la casa bancaria de don Roberto Hamilo.

Dos chapas de bronce decían al pasante en grandes letras negras: «Roberto Hamilo. Buenos Aires-Montevideo-Londres. Giros-Importación-Exportación», toda una historia de actividad comercial en pocas líneas, breve y secamente expuesta.

Salvando la entrada, tras del pequeño espacio en que departían varios porteros uniformados de azul, batía constantemente, girando sobre sus goznes, la gran puerta cancel, en cuyos cristales bruñidos reflejábase la febril agitación de la calle. Luego, la espaciosa sala era toda movimiento. Ante el mostrador, que corría en semicírculo de un extremo a otro, agolpábase el público, perpetuamente renovado, heterogéneo, de aspecto indefinible. Confundíanse dentro, ruidos diversos: los golpes secos de los sellos estampados sobre los documentos, las voces de los empleados llamando a los clientes, los taconazos sobre el piso de madera y el batir de la puerta de cristales.

Como mueblaje y decorado figuraban un reloj inglés, un almanaque, una pizarra con las últimas cotizaciones de la Bolsa, un cuadro con los nombres de las ciudades en que la casa tenía agentes o corresponsales, un par de mesas y algunos bancos de madera.

Sobre la izquierda, entre el mostrador y el muro, una puertecita llevaba en letras blancas la inscripción «Gerencia» y por ella desfilaban sin interrupción los clientes de Hamilo, previa consulta al portero de guardia, que decía sin titubear y con aburrimiento visible: «entre, y siéntese».

La salita era una jaula de cristales, con algunas sillas de marroquí: a ella daba el despacho, desde el cual «el rey de la plaza» dirigía sinnúmero de negocios de una variedad asombrosa.

De rato en rato -muy frecuentemente por cierto- abríase la puerta, salía el que había estado dentro, de pie y sombrero en mano, y la cabeza de Hamilo redonda como una pelota, aparecía en la rendija repitiendo por centésima vez: «¡adelante!»

El despacho era amplio, aunque oscuro. En el fondo una gran mesa-escritorio, iluminada por un pico de gas, en el centro un tapiz turco que cubría parte del piso, dos sofás en los extremos, varias sillas y una pequeña estufa. En las paredes mapas de los territorios nacionales y almanaques en profusión.

Comment [Librodot3]:
[«sofaes» en el original (N. del E.)]

Los diálogos eran más o menos semejantes:

-El señor deseaba...

-Venía porque tengo un buen campo, en condiciones liberales...

-¿Dónde?

-En Entre Ríos...

-No, señor...

-Pero...

-No compro en Entre Ríos... Adiós, señor; y le empujaba sin más trámite hasta la puerta.

-Mañana se vence mi pagaré y deseaba...

-No hago arreglo de ningún género.

-Es que...

-Siento mucho, pero no es posible.

-Pero...

-He dicho la última palabra.

Y luego era un corredor:

-El oro está subiendo, señor.

-¿A cuánto está?

-A 96.

-Compre cien mil.

-Yo creo que va a bajar... fíjese, señor que...

-Compre cien mil... Hasta luego.

Y nadie replicaba, porque era inútil, y desfilaban así en una hora, diez, veinte, treinta corredores, comerciantes, capitalistas, industriales y hacendados. Iban algunos por negocios, otros a pedir consejo, no pocos a solicitar créditos y la mayor parte a implorar la clemencia de aquel hombre que tenía en sus manos la fortuna y la reputación de centenares de personas.

Muchos años de labor y de sacrificios había costado a don Roberto Hamilo su floreciente situación. Desde modestísimo empleado había ascendido hasta jefe de la reputada casa bancaria que dirija, base de su cuantiosa fortuna, cimentada por la sagacidad y el tacto que en sus múltiples operaciones comerciales había demostrado siempre.

Comerciante desde los quince años, a los treinta era socio capitalista, a los cuarenta lanzábase a la plaza por su cuenta y riesgo, y después de algunos años de lucha tenaz, a raíz de varias operaciones brillantísimas, había llegado a colocarse a la cabeza de los hombres de negocios, reconocido el más hábil y el más concienzudo.

De origen humilde, jamás se hubiera enlazado en la alta sociedad bonaerense, a no haber tenido la llave mágica que abre todas las puertas, un capital respetable, cuando acababa de cumplir los treinta años. Avaro en el negocio, pero desprendido en la vida ordinaria, había corrido teatros y fiestas, cuando puso sus ojos en Catalina Lomas, una graciosa chicuela, que había a su vez despreciado a más de cuatro galanteadores; y se casó, emparentando con tan fausto motivo con respetabilísimas familias, e incorporando una crecida cifra a la ya bastante considerable que sus empresas le habían producido.

Tres hijos fueron el fruto de su unión: dos varones y una niña, de veintidós años el primero, veinte la segunda y diecisiete el tercero, en la época en que acontecen los hechos que narramos.

Difícilmente hubo nunca un hogar más feliz que el de Hamilo. Al par que sus especulaciones marchaban a maravilla, sus hijos crecían sin los más leves contratiempos, favorecidos por una salud a toda prueba, con los prestigios de una fortuna que les permitía vivir en palacio, arrastrar varios carruajes, figurar en primera línea en la sociedad, tener *stud*, jugar fuertes sumas en los clubs; haber realizado hasta dos viajes a Europa, vestir como figurines y pasear a más y mejor. Así como Hamilo era feroz e implacable con los extraños, así era de complaciente e irresoluto con los suyos. Lo que en otros se le antojaban «crímenes», resultaban «diabluras», en sus muchachos. Podía pelear hasta la sofocación un pico de cien pesos en una operación de la casa, como llamada al Banco, pero era seguro que no se hacía rogar dos veces para entregar mil a «su Julio» siempre apurado, corrido por la obligaciones, los compromisos, las mil trampas de una existencia de aventurero arrastrada en la opulencia.

Era proverbial la rigidez inalterable del banquero. Había sacrificado a hombres honorables, protestando firmas, entablando acciones, por un accidente involuntario, por una demora de días, de horas muchas veces, en operaciones de importancia mediocre. Tenía la pasión inmoderada del centavo, la fiebre del negocio, el anhelo perpetuo de la ganancia. Desde su punto de vista todos eran pillos, todos eran ladrones. En el comercio como en el comercio: pagar o reventar. ¿Prórrogas? ¿Renovaciones? Eso no se había hecho, ni se haría jamás en casa de don Roberto Hamilo. Lo hubiera considerado una traición a sus antecedentes, una felonía a sus propósitos inquebrantables.

Cuando alguien había derramado lágrimas en su presencia había legado al paroxismo del furor. Las lágrimas no eran para él otra cosa que la máscara de la hipocresía. El que no pagaba era porque no quería, él había pagado siempre, puntual, indefectiblemente -luego todos podían y debían pagar.

Con sus empleados era un energúmeno; jamás les había adelantado un centavo de sueldo, ni hecho un aguinaldo, ni concedido una licencia. La vida es combate repetía incesantemente «y cada cual gana el pan con el sudor de su frente. Yo también fui empleado».

Fuera de su despacho transformábase como por arte de encantamiento. Era afable, locuaz, expansivo, hasta generoso. Su casa mencionábase por la distinción de las recepciones, el gusto y la riqueza de los detalles, la magnificencia de la hospitalidad.

Nadie que hubiese estado durante el día con el enigmático y glacial banquero, lo hubiese reconocido por la noche en los suntuosos salones de la Avenida Alvear. Su palabra, concisa, clara y decisiva en los asuntos comerciales, volvíase inspirada y amable en el gran mundo, que había conquistado después de rudo batallar.

Rumboso y vano, era muy apegado a la vida de aparato. Tenía, aún en su oficina, en las horas de fiebre, palabras de afecto y de respeto para los representantes de las grandes fortunas que acudían a oír sus consejos u ofrecerle sumas cuantiosas para colocar a interés. La apariencia ejercía sobre él una influencia decisiva, y si algunos traspiés tuvo en la vida comercial fueron debidos a su incurable debilidad por el boato. «Es un hombre bien vestido; luego es un hombre decente» era la forma de su raciocinio, incomprensible en un negociante cuyo tino le había dado fama y fortuna.

Detestaba la intelectualidad, considerada por él plaga de un país que anhelaba ante todo la labor y el esfuerzo de sus hijos; era enemigo de las facultades y de los doctores y sostenía que la salvación nacional había que buscarla en el mejoramiento de las haciendas y en la extensión y la variedad de los cultivos, combatiendo los libros que llenaban la cabeza de ideas falsas extraviando el criterio y corrompiendo las costumbres.

«Con literatura, con filosofía, con títulos y majaderías, no vamos a construir ferrocarriles, ni a levantar ciudades, ni a hacernos ricos ni grandes; el día en que nuestros hijos se den cuenta de que vale más sembrar papas que aprender códigos, ese día seremos felices».

Comment [Librodot4]: [«ferro-carriles» en el original (N. del E.)]

Tal era, en breves rasgos, don Roberto Hamilo, el providencial protector de Manolo.

- XVII -

Quince días bastaron para la toma de posesión del vasto escenario. Las primeras apariciones en la calle Florida y en las avenidas de Palermo fueron vivamente comentadas por el mundo flotante que las puebla, y que nadie sabe a punto fijo si tiene alguna hora de reposo; que mañana y tarde, va y viene, y se estaciona y charla y critica en la angosta callejuela, en parejas o en grupos, y que, a determinadas horas, gira, por el parque, en carruajes de las más variadas formas y aspecto.

«¿Quién era?» «¿Era extranjero?» «¿Era argentino?» «¿Tenía amigos?» «¿Era casado, soltero, viudo?» De cuando en cuando alguien respondía: «He oído que es un estanciero, camarada de Carlos Palmas» o también: «Ayer me dijo Perico Ávila que es un antiguo compañero de colegio, enriquecido en el campo».

Comenzaban a bordarse cuentos más o menos fantásticos alrededor de la existencia del maestro de la aldea, cuando un diario adelantándose a juicios que fatalmente iban a condenarse en fallo inapelable, anunció desde sus columnas la llegada de Manolo en términos que no dejaron lugar a dudas:

«La sociedad de Buenos Aires, decía, cuenta con un nuevo y poderosísimo elemento de cultura y de buen tono en el Sr. Manuel Álvarez, joven y distinguido hacendado de la provincia, que después de algunos años de labor, rematados por un breve y provechoso paseo por Europa, aporta a nuestro mundo elegante el valioso contingente de su fortuna y *savoir rirre*.

»El Sr. Álvarez llamado a esta capital por su tío don Roberto Hamilo, ingresará como socio capitalista en la importante casa bancaria de este caballero, habiéndose instalado en una suntuosa *garçonnière* de la calle Florida, donde en breve dará fiestas que harán época».

El suelto era de puño y letra de Carlos Palmas.

Cuando los Pérez Piñeiro leyeron en el campo la noticia, rieron de buen grado, creyendo que se trataba de una broma. Tina fue la que más ruidosamente festejó la ocurrencia. «¡Es una farsa de Carlos Palmas, decía, lo reconozco, está de cuerpo entero! ¡Mi campesino hombre de fortuna! ¡El maestro en Europa!!» Tan lejos estaban de creer semejante superchería que ni siquiera un valiosísimo ramo de flores con tarjeta de Manolo, llegado a la calle Cerrito pocas horas después de su arribo a Buenos Aires, los puso en la pista del cambio operado. Necesitaron algunos días para convencerse. Las amigas dijeron a Tina la verdad con abundancia de detalles: «Tiene un coche admirablemente puesto y es muy elegante. Los muchachos lo han tratado y lo elogian mucho. Su casa parece que es una joyita. Queda en la calle Florida. Es socio de don Roberto Hamilo, su tío, quien lo ha mandado llamar y lo ha recibido muy bien: dicen que en estos días va a dar una comida en su obsequio.

Tina no volvía de su asombro. ¡Era cierto! ¡Su campesino, el muchacho tímido, zurdo, incapaz de una declaración de amor, transformado en hombre de mundo! ¡Había sido engañada! Pero ¿cómo explicarse entonces la vida del aldeano, su profesorado, su humildad, su modestia, la pobreza de los suyos? ¿Qué misterio encerraba todo aquello? ¿Era un farsante? ¿Era un hombre honorable? ¿Qué medios había puesto en juego para llegar adonde se encontraba? ¿Había sido rico siempre?

El primer saludo fue frío y ceremonioso. Apenas iniciada la conversación, sin preámbulos, con la vehemencia que la caracterizaba, Tina preguntó bruscamente: ¿Se ha sacado Ud. la lotería? Manolo no perdió su aplomo, la miró un instante y con perfecta tranquilidad respondió: «A Ud. debo, en efecto, una explicación que no hubiera dado por ninguna razón del mundo a otra persona: no ha sido la lotería, pero ha sido algo semejante: la participación en un negocio que me deja muchos miles de pesos».

-¿Cuántos?

-No lo sé todavía exactamente.

-¿Y qué negocio es ese?

-Una concesión ferrocarrilera.

Ella calló. Seguir preguntando hubiera sido no sólo una impertinencia, sino una grosería. Satisfecha momentáneamente su curiosidad, reflexionó que andando el tiempo podría obtener, sin violencia, todos los detalles, y cambió de conversación, sometiendo a Manolo a un interminable interrogatorio de otra índole:

-¿Y qué tal es su casa?

-¿Me ha recordado frecuentemente?

-¿Qué le han parecido las muchachas que ha conocido? ¿Y Sarita Hamilo?

-¿Ha estado muchas veces en Palermo?

-¿Ha tomado palco en la Ópera?

-¿Le han presentado muchos jóvenes?

Cuando Manolo insinuó el deseo de formalizar su compromiso, fijando una fecha para visitar oficialmente, ella se opuso con energía:

-Sería una insensatez, exclamó. ¿Cree Ud. que papá y mamá no van a hacerle una oposición terrible? Ellos ni sospechan lo que hay entre nosotros. Si llegaran a saberlo estaríamos perdidos; le cerrarían a Ud. las puertas de esta casa para siempre. Por el momento no debe hablarse de semejante cosa; hay que andar con calma. Si efectivamente animan a Ud. sentimientos nobles, es necesario que me los demuestre con firmeza, con altura y con abnegación.

Manolo quedó íntimamente satisfecho; por aquel lado las cosas marchaban a pedir de boca.

-Alguna vez, cuando sea mi mujer, repetíase para calmar la conciencia, le diré toda la verdad y le pediré perdón, de tal manera, le demostraré tan evidentemente que todo lo que he hecho ha sido por ella y para ella, que me perdonará; ya lo creo que me perdonará.

Por su parte, Hamilo, aunque desconfiado, sintió halagada la vanidad con el arribo de tan ilustre sobrino. El muchacho explicó con sangre fría su situación: hizo confidencias, expuso largas razones y hasta pretendió dar pruebas de su desahogadísimo estado financiero, para demostrar con cifras, como habían marchado sus negocios hasta aquel entonces, y cómo, en un instante, habíase visto dueño de centenares de miles de pesos. Protestó el banquero, rehusando el ofrecimiento, convencido de antemano de que aquel joven «tan bien vestido y tan atrayente» decía la verdad, y pidió algunos días más para señalarle el puesto que había de ocupar en su casa, considerando que era demasiado modesta la plaza que por carta ofreciera un mes antes a su buen primo don Raimundo.

Como Rodolfo, su hijo menor, le observara que era prudente informarse acerca de los negocios de Manolo, exaltose Hamilo, sosteniendo que no había nada más odioso e injustificado que andarse metiendo en vidas ajenas.

-Y luego, agregó, ¿por qué y para qué quiero saber lo que ha hecho ese muchacho en el comercio? ¿Va a ser acaso mi socio?

-Todo el mundo lo dice; lo han dicho los diarios.

-¿Y a mi qué se me da del mundo? Por lo que respecta a los diarios, no reflejan al fin y al cabo sino la opinión de unos cuantos hombres, como tú y yo.

-Me extraña tu confianza; otras veces me encargas que averigüe -y te enojas si no lo hago- en qué concepto están fulano o zulano o qué hace mengano...

-Esa es otra cosa: tratándose de negocios todas las averiguaciones son pocas. Pero aquí sólo se trata de un empleado, nuestro pariente, a quien yo pagaré su sueldo el treinta de cada mes. ¿Estás?

-Por mi parte ya sabes que no me meto en tus cosas; haz lo que te parezca. He cumplido.

-Sí señor que lo haré; ¡siempre con tus cavilosidades! ¡A fe que en lo tuyo no eres tan prudente!

-Ya sabes que mi norma de conducta es invariable; hombre elogiado por Julio, ¡malo!

-Lo que es una gran injusticia. El defecto de tu hermano es ser muy niño, nada más. Y luego a Manolo Álvarez lo ha conocido hace apenas diez días...

-¡¡Y es como si lo conociera de toda la vida!!

En casa del banquero, Manolo fue acogido sin reservas, con franca simpatía. Era un pariente que hacía honor a la familia, «una monada» decían don Roberto y su consorte después de la primera entrevista: «un poco quemado pero muy simpático» agregaba Sara. Para Julio era digno de todos los elogios. El único que se mantuvo frío fue Rodolfo.

Algunos días después, con el anuncio de haber sido nombrado secretario de la casa bancaria, Manolo recibía de Hamilo una invitación a comer, concebida en los términos más afectuosos. En ella el banquero significaba «que deseando presentarlo a varios de sus amigos íntimos, creía que ningún medio más apropiado que aquel que proponía gustosísimo y que esperaba sería aceptado con el placer con que era ofrecido».

Manolo iba así de sorpresa en sorpresa, deslumbrado por la realidad, aturdido por el éxito. La campaña que en un primer momento había creído punto menos que irrealizable, resultaba sencilla, fácil, un triunfo continuado, ¡espléndido!

Todo le era favorable: hasta la entrevista en que Pérez Piñeiro y Hamilo habían tratado de él. El primero se había limitado a elogiar al maestro de la aldea «trabajador infatigable y meritorio» según su propia expresión, en tanto que el segundo, en su entusiasmo había llegado a sostener «que estaba largamente informado de los brillantes negocios realizados por su sobrino».

Hacia todos los rumbos, el horizonte de despejaba. Manolo había enviado a su padre doscientos pesos y este había respondido transportado de gozo:

«Me das una prueba que mucho te agradezco. Tu madre, tus hermanas y yo lloramos de contento. Respondo a Hamilo elogiándote como mereces. Dios te bendiga».

Carlos reía a mandíbula batiente:

-Ahí tienes, decía, entre carcajada y carcajada, lo que es la famosa sociedad-cuco. Fiera domesticada, muerde y lastima sólo a los que no saben defenderse. Lo que se necesita para atacarla es maña; para dominarla, ¡audacia! Para vencerla, ¡plata! Si te hubieses entregado a sus garras tal como venías dispuesto a hacerlo, te hubiera tragado sin más trámites. ¡En cambio te has portado bien y te has salvado!

Tras la lucha sin tregua, el porvenir era suyo. Carlos le había dado la llave, Hamilo le había señalado el camino, y él, resuelto y confiado, corría al fin, sin tropiezos, en pos de la ilusión soñada, principio y fin de sus esperanzas y de sus anhelos, objetivo de su vida, ¡luz de su alma!

- XVIII -

Dentro de la circunferencia de luz, alegre y suave a un mismo tiempo, que proyectaba en el extremo del salón una lámpara de ónix cubierta con fantástico *abat jour*, destacábase la gentil figura de Tina. Las amigas le habían formado círculo y reían incesantemente de sus ocurrencias y de sus bromas. Llevaba la palabra con la soltura y la seguridad de quien se siente dueña del campo, punto de mira, objeto de perpetua curiosidad y alabanza. De pie, algunos jóvenes completaban la rueda. Era un grupo animado, en que alternaban armoniosamente las notas claras de las toilettes femeninas, las manchas negras de los fracs, el dorado de los mueblecitos caprichosos y los tonos pálidos de sedas y tapices. En el ángulo opuesto, vivamente iluminado, algunas señoras charlaban sin darse punto de reposo, y en la sala vecina, en voz baja y con aspecto solemne, departía el resto de los invitados de Hamilo, una media docena de hombres importantes, graves y aburridos.

La casa estaba de fiesta. Desde la gran escalera tendida de rojo que hacía detener a los pasantes en la avenida Alvear, hasta el suntuoso comedor, resplandecían centenares de luces, y realzaban el magnífico conjunto, plantas de las más extrañas formas y flores hermosísimas. Era una maravilla el palacio de Hamilo. En el *hall*, que se elevaba majestuoso, rematado por una vidriera de colores, en los salones, en el jardín de invierno, en las amplias galerías y en las rotondas, confundíanse muebles, adornos, mármoles, bronces y pinturas de alto precio, coleccionadas pacientemente en Europa por el banquero, y combinadas con arte exquisito dentro del colosal edificio, cuyos planos llevaban la firma de dos de los más notables arquitectos de París.

Tenía fama en Buenos Aires el palacio de las torrecillas agudas y ligeras, que dominaban la suntuosa edificación de la avenida del norte, recortando sus líneas impecables en el azul purísimo del cielo. Había sido minuciosamente descrito con motivo de su inauguración, y luego admirado y elogiado sin descanso, hasta cantado por algún poeta de tres al cuarto. Incesantemente los cronistas bordaban las más abigarradas fantasías sobre su amplia terraza circular, desde la cual contemplábase uno de los más bellos panoramas del mundo: -«las serenas aguas del soberbio Plata», «la Pampa edificada», «el magno puerto» y allá, entre brumas, como en un sueño, Martín García y la costa oriental».

Hamilo había logrado atraer a sus salones a la parte más sonante de la sociedad porteña. Enemigo de la política, hombre de mundo, de carácter fácil y proverbial corrección, estaba vinculado estrechamente en todos los campos, dándose el asombroso espectáculo de que en su casa, en determinados días, tirios y troyanos, gubernistas y opositores, enemigos políticos irreconciliables y familias enteras que vivían en guerra sorda y constante, se reunieran tranquilamente, conversaran a más y mejor, y olvidaran en el plácido ambiente, rencores pasados y presentes, recriminaciones y miserias.

Aquel triunfo llenaba de orgullo y de satisfacción al banquero. «Mi rincón es de todos», decía frecuentemente, «porque entiendo y he entendido siempre, que dentro de una sociedad civilizada, la única diferencia que puede dividir a los hombres es el diverso nivel de la educación».

Para presentar a su sobrino resolvió que la reunión fuese reducida y selecta. La lista de los invitados discutiose largamente. «Con un par de hombres políticos de importancia, varios caballeros espectables, sus señoras, y algunos jóvenes y niñas, estamos del otro lado; la comida resultará buena y Manolo quedará contento», decía don Roberto, planteando el problema; pero la solución se presentaba difícil y laboriosa. ¿A quién se invitaría? La familia sesionó en privado, con ausencia de Rodolfo, opositor recalcitrante al «*parrenu*», que los había embaucado a todos, según su propia frase, y los nombres comenzaron a desfilar, rápidamente propuestos, apoyados, combatidos, discutidos sin piedad.

-¿El doctor Márquez? No, papá, rogaba Sarita, desconsolada; aunque sea ministro, ¡es un opio!

-¿El senador Raldas, entonces?

-Prefiero a ese...

-¿Y Elena Carón? Terciaba Julio.

-No, no, no, ya sabes que no se entiende con Tina Pérez.

-¿Y Domingo López Arboleda? ¿Qué les parece?

-¡La señora es odiosa! ¡No hace más que criticar!

Y así, tras largo y concienzudo estudio, quedaron resueltas las siguientes invitaciones:

Senador Leopoldo Raldas y señora; Dr, Arturo Piedrabuena, miembro de la Suprema Corte, y su señora; don Antonio Pérez Piñeiro y señora; don Manuel Colmado y señora; Alberto Alma Martínez y señora; señoritas Trinidad Pérez Piñeiro, Lucila Bex y María Luisa Colmado; y señores Manuel Álvarez, Carlos Palmas, Máximo Pringles y Pedro Ávila.

-Estamos en retardo, decía Carlos Palmas a Manolo, mientras el fiacre rodaba rápidamente por la Avenida Alvear.

-¿De veras? Es culpa tuya. Te he esperado como veinte minutos.

-¡Alégrate, tonto! ¡Has ahorrado un cuarto de hora de aburrimiento, con el estómago vacío! Siquiera más tarde, «el velorio con pan será menos».

-¿Por qué dices eso?

-Porque he visto la lista de invitados. Sin Tina y sin Perico, aquello sería atroz.

-¡Me han fumado!

-No, te equivocas; el grupo es de lo más *selected*; bostezo precisamente por lo bien escogido de los personajes...

-¡Descontento!

-Experimentado, debías decir.

Las señoras quedaron silenciosas ante la aparición de los retardados. Ambos estrecharon la mano a la dueña de casa, hicieron una inclinación de cabeza a derecha e izquierda, balbucearon algunas disculpas y galanterías, y fueron acto continuo al encuentro de Hamilo.

Tina, desde el otro extremo del salón, contemplaba la escena con el abanico sobre los labios, risueña al parecer, en realidad agitada; aquella era la primera entrevista que en el gran mundo tenía con el maestro de la aldea. A pesar de su natural irreflexión, comprendía de un golpe, en un instante, todos los peligros y sinsabores que le acechaban en el nuevo campo fijado por el destino a su aventura. Manolo poderoso, Manolo renombrado, agasajado, engreído, no era ya el pasatiempo prometido, el muñeco destinado a moverse a su antojo; era

una amenaza constante, un enemigo temible, era quizás el vengador de su honra, comprometida en una burla imperdonable. Tina medía en aquella circunstancia toda su temeridad, veía claro que iba a jugarse en cuerpo y alma en una lucha terrible, y súbitamente mil temores la hacían presa, la dominaban, paralizando sus movimientos y ahogando la voz en su garganta. Sin el orgullo que la guiaba y que era más fuerte que ella misma, hubiera confesado su infamia y pedido perdón, tranquilizando su conciencia. Pero eso no lo haría nunca y mucho menos después que Sarita Hamilo, inocentemente, había aguijoneado su amor propio, elogiando sin reparos la gallarda apostura de Manolo.

Tras la impresión del primer momento, había vuelto la calma. «Esto pasará, decíase la coquetuela, no hay que precipitar los sucesos. Cuando yo quiera, ha de retirarse, mal que le pese. Entretanto, ¡aprovechemos!»

Al apoyarse en el brazo de Manolo para pasar al comedor, preguntó suavemente:

-¿Me quiere?

-¿Qué si la quiero? No, no la quiero, ¡la idolatro!

-Gracias, muchas gracias. ¿Entonces puedo permitirme hacer un pedido?

-¿Uno, uno sólo? ¡Los que Ud. quiera!

-No es más que uno. Que sea prudente, muy prudente. Si esto que existe entre los dos llegara a descubrirse, entienda bien, Manolo, soy capaz de negarlo hasta la muerte.

- He entendido Tina. ¿Pero ha ocurrido algo? Esta situación se va haciendo insostenible. ¡No puedo más!

-No, no ha ocurrido nada, felizmente; pero temo que ocurra. La maldad de las gentes es muy grande. Medite bien lo que le aseguro: apenas se descubra lo que pasa entre nosotros, papá y mamá se embarcan para Europa.

-¿Se lo han dicho a Ud.?

-No, pero lo adivino. Mamá ya no es la misma. En la estancia era Ud. el maestro; aquí, en las condiciones en que se encuentra, es un pretendiente posible. Tenga la seguridad de que no lo invitarán a comer en casa como se lo habían prometido.

Las frases habían sido breves, dichas casi al oído. La conversación se interrumpió violentamente al llegar al comedor. Sara Hamilo que había observado la escena con atención, se acercó a Tina preguntándole en voz alta:

-¿Tienes interés en sentarte al lado de Álvarez?

Dueña de sí la muchacha se echó a reír:

-¡Tendría mucho gusto, pero interés! Vamos, Sarita, no piensas lo que dices.

Entonces los asientos quedan distribuidos como estaban. Pase usted, Álvarez, al lado de mamá y de María Luisa. Tú, Tina, entre Pringles y Ávila. Usted conmigo, Carlos.

Los asientos estaban señalados, efectivamente, con una pequeñas cartulinas de color, en las cuales Sarita Hamilo había trazado con empeño, apelando a todos sus recursos caligráficos, los nombres de los invitados. Una *boutonnière* acompañaba a cada nombre y además el *menú*, de forma caprichosa, elegantemente impreso.

Manolo no podía ocultar su contrariedad. Habíase prometido una noche completa, íntegra, de charla con Tina Pérez, y la suerte empezaba a serle adversa, colocándolo a distancia, en el plazo más largo de la fiesta.

Las conversaciones se habían hecho generales.

El Dr. Piedrabuena discutía, entre bocado y bocado, un punto importante de derecho con el senador Raldas. «En un sentido general, decía con énfasis el eminente miembro de la Suprema Corte, todas las contribuciones impuestas por el gobierno sobre los individuos para el servicio del Estado, son llamadas impuestos; ¡luego el caso es perfectamente lógico y el gobierno no hace sino obrar con cordura sosteniendo algo que es elemental, llámese tributo, impuesto, alcabala, gabela, derecho, subsidio, auxilio o sisa!» Entonces el senador Raldas se exaltaba: -«Estos países nuevos tienen que reaccionar. La República Argentina no puede emplear la estorsión que hace intolerable la existencia en las carcomidas naciones del viejo continente. ¡La libertad, la amplitud de miras, el bienestar general!»

Las damas de aquel extremo de la mesa hacían que escuchaban. De cuando en cuando y precisamente en los momentos de mayor acaloramiento, cuando Story, Cooley, Marshall, etc., etc., eran barajados por uno y otro de los contendientes, a raíz de una inclinación de cabeza aprobatoria, que los ilusionaba y enardecía, alguna pregunta aislada, estemporánea, bien femenina, demostraba a las ciaras cuán lejos de lo que se debatía estaba aquel grupo de mujeres. «Nunca ha sostenido eso la ley americana» exclamaba sulfurado Raldas, en tanto que la Sra. de Alma Martínez interrogaba a la de Colmado sobre si era la Dufourg o la François la autora de su elegantísima toilette.

Aquello hubiera impresionado al más indiferente, demostrándole lo inseguro del terreno en que pisaba, pero nunca a Raldas y a Piedrabuena, dos convencidos de su indiscutible importancia, habituados a escucharse, y a admirar su propio talento y saber. Por otra parte ni Hamilo, ni Pérez Piñeiro, ni Colmado, ni Alma Martínez, se hubieran atrevido a una sola observación en circunstancia semejante. Eran muy grandes y muy temibles aquellas espadas para pretender medirse con ellas. Los cuatro, aunque sin entender y harto fatigados, seguían atentamente, inclinando la cabeza, ora a derecha, ora a izquierda, la violenta discusión, degenerada a un caso insignificante de Massachussets.

¡Piedrabuena y Raldas! ¿Había alguien en Buenos Aires que no los conociera? El primero frisaba en los sesenta años, era bajo, cuadrado, corto de piernas, abultado de estómago, apoplético de rostro. Diputado provincial, juez, ministro en el extranjero, interventor y ministro nacional, profesor, periodista y literato en sus ratos de ocio, todo lo había ensayado en su accidentada y dudosa actuación pública el distinguido miembro de la Suprema Corte.

Raldas había sido simplemente un político. Desde la gacetilla del diarucho de combate, hasta la banca que había entrado a ocupar por nueve años, su existencia se había deslizado entre el club y la intriga, los enjuagues electorales y la adulación de los poderosos. Era el perfecto Catón de corcho, de aspecto imponente, ademanes solemnes, voz grave, ceño adusto y andar reposado, tan pronto gubernista como opositor recalcitrante, a pesca siempre de una posición cualquiera, sin convicciones y sin ideales.

Ambos dos, de caracteres contrarios, llegados a las alturas por caminos diferentes, tenían sin embargo un fondo común, la misma falta de ilustración y de carácter, idéntico arrojo. Durante toda su vida habían tenido un único objetivo: llegar. Y habían llegado siempre, por todos los medios y en todas las circunstancias.

Así se explica que para aquella fiesta que Hamilo había querido caracterizar con la presencia de dos personalidades, sus nombres surgieran desde el primer momento, como la más alta representación de la intelectualidad, de la experiencia y del patriotismo nacional. Un curioso que hubiese deseado reconstituir la existencia de los dos personajes hubiese sufrido un verdadero desencanto. ¿Qué eran y qué habían hecho aquellos hombres para alcanzar nombre y fama en la República, ocupando puestos de primera fila? ¿Qué visible rasgo los había caracterizado? ¿Qué móvil grande y generoso los había movido en la vida? ¿Qué obras habían llevado a término y qué beneficios les debía el país? Difícil hubiera sido responder satisfactoriamente. En realidad no habían hecho nada. Sesenta años del uno y cincuenta y tantos del otro, no encerraban una idea, un rasgo generoso, una iniciativa que mereciera ser mencionada, que se desprendiera de su acción como una enseñanza, noble y digna.

Habían corrido la vida al azar de los acontecimientos, débiles, cobardes, irresolutos para todo lo que no fuese el puesto público, la ubicación cómoda y bien rentada. Prototipos de insignificancia, ni siquiera habían luchado, cuerpeando sin reparos las dificultades y los dolores de la existencia, sembrando frecuentemente el desconsuelo y el enervamiento y dejando únicamente a su país como legado, su escuela política: el utilitarismo, la debilidad complaciente, el egoísmo brutal.

Habían tenido todo en la mano: dinero, poder, honores, nombre y fama, y de su larga actuación, de aquellos elementos de valor inapreciable que pudieron emplear en el bien, no quedaba más que sus dos personalidades, infladas, fatuas, destinadas a desaparecer y a borrarse definitivamente, tras el póstumo bombo del órgano de su partido político.

En el otro extremo de la mesa se conversaba con animación sobre temas fáciles y corrientes. Máximo Pringles era blanco de bromas. Se le consideraba el buen mozo oficial de la reunión y nadie más convencido que él mismo de tal verdad. Tenía desde niño, la conciencia de su belleza, y la paseaba, la exhibía, procuraba hacerla resaltar en todas las ocasiones y en todos los sitios, realzándola, cuando no con trajes de colores chillones y formas extravagantes, con afeites que lo hacían intolerable.

Aquella debilidad comentada hasta el cansancio, siempre nueva a fuerza de ser cada vez más grotesca, había tenido en la fiesta de Hamilo motivo para exhibirse ampliadamente, perfeccionada por la edad y la extraordinaria estupidez del elegantísimo muchacho. Con tal motivo, Carlos había llevado cargas formidables, enardecido por las ruidosas carcajadas que sus bromas provocaban, y Pringles, como ocurría de ordinario reía también, habituado a «aquellas locuras» cuya intensidad no comprendía ni podría comprender jamás. Sonriente, perfumado, amable, la mano en el bigotillo fino y sedoso, no había tenido una palabra oportuna, ni siquiera un brulote para detener las picantes ocurrencias de su compañero de mesa. Apenas si de cuando en cuando algún «como no» o «eso serás vos» o «que más te quisieras», se había escapado débilmente de sus labios, perdido entre las risas de los demás, en medio de una atmósfera de franca jarana.

Y Máximo Pringles era sin embargo un hombre a la moda, un candidato serio a marido, un elemento de buen tono. Su prestigio residía en la cuantiosa fortuna de su papá, potentado de renombre en la alta sociedad de Buenos Aires; del muchacho se conocían pocos pero buenos rasgos: era elemento de primer orden del Club Azul, donde había perdido en el juego cuantiosísimas sumas de dinero; como *sportman* estaba al tanto de varias generaciones de

caballos y en consecuencia contribuía domingo a domingo a aumentar en cantidades fuertes las boletas jugadas en el Hipódromo; era fama que nadie recorría más veces en cada veinticuatro horas la calle de Florida; que en punto a variedad de trajes no tenía rivales y luego que su presencia en Palermo, en los teatros y en las fiestas desde tres años atrás, había sido infalible.

Lucía Bex no reía; lejos de divertirse hallábase nerviosa e irritada y que por dos o tres veces había pretendido desviar la conversación trayendo al debate temas nuevos e inoportunos. Estaba enamorada de Pringles. ¿De Pringles? ¡Misterio! ¡Las malas lenguas decían que su mamá, dama mundana y rumbosa, había llegado a infundirle amor por el opulento candidato, hombre llamado a hacer la felicidad de cualquiera, perfección... social! Y he aquí porque, según las gentes, la chicuela que era despierta y ambiciosa, deslumbrada por la faz sonante del apuesto galán, se había lanzado ardorosamente a su pesca, echando el anzuelo con una asiduidad y una resignación, dignas de mejor suerte.

Finalmente se dejó en paz al muchacho y los temas indiferentes, salpicados de rato en rato por una crítica o una broma, rodaron de nuevo, lánguidos y monótonos.

De pronto Tina Pérez, que había estado escuchando silenciosa, cambió de actitud. Dibujáronse en su cara dos hoyuelos, cayeron sus labios en un gesto de desprecio que le era característico, y sin comentario previo, como quien ha adoptado un partido, y piensa seguir resueltamente hasta el fin, exclamó:

-Usted, Sr. Álvarez, podía contarnos su historia. Esto de estar obsequiando a personas que no se conoce no deja de tener su lado curioso. A mí me interesa, como a todos los que aquí nos sentamos, saber quien es Ud., porque al fin de cuentas, yo, por ejemplo, lo he conocido hecho un pelagatos en la estancia y de la noche a la mañana lo encuentro hombre a la moda y lo que es más extraño, ¡hombre de fortuna!

El ataque había sido tan torpe, tan fríamente preparado y realizado con tanta saña, que por algunos momentos todos callaron.

Manolo se había puesto lívido. Carlos rojo de rabia. Las muchachas una después de otra murmuraban: «¡Pero Tina!» Julio, Rodolfo y Perico Ávila estaban atónitos. Pringles acariciaba nerviosamente su bigotillo y nadie atinaba con el partido a adoptar.

-Lo que Ud. ha dicho. Tina, estalló Carlos, es un insulto.

-¡Insulto! ¿Por qué? Yo no he sido nunca aventurera; no es extraño pues, que me guste saber como se puede hacer en un día lo que otros hacen en años o no hacen nunca.

En el extremo opuesto de la mesa se habían apercibido, por las actitudes, de que algo extraño ocurría entre los jóvenes, y Hamilo no tardó en preguntar agitado:

-¿Qué hay, Sarita?

Ésta, tan emocionada que apenas podía hablar, iba a responder, cuando Tina se adelantó tranquila y risueña:

-¡Nada! ¡Una broma mía! He tenido poca suerte: han interpretado mal algo que he dicho sin intención.

Y volviéndose a sus vecinos:

-Doblemos la hoja; perdone Álvarez.

-¡Tina! Exclamó Pérez Piñeiro.

-Ya concluyó todo, papá. ¿Ud. se abonó a la Ópera, Pringles?

El golpe había sido cruel: Manolo no volvía en sí de sorpresa y de indignación.

¿Era cierto? ¡Tina, su Tina, la que lo había impulsado, lanzándolo en aquella vida, lo insultaba en público, despiadadamente! Entonces todo había sido una burla sangrienta, ¡una farsa inicua! El sacrificio realizado, la existencia que arrastraba sufriendo, sus sueños de gloria, la fidelidad constante guardada a la mujer que amaba, su amor, sus proyectos de dicha, sus anhelos generosos, ¿resultaban errores imperdonables, torpezas sin nombre en aquella hora de dolor y de vergüenza? ¡Y una tras otra huían sus ilusiones, derrumbábanse los castillos levantados por su fantasía, le abandonaban las fuerzas, sufría!

Cuando Hamilo, desde la cabecera de la mesa y levantando una copa de Champagne brindó «por la salud y por la felicidad de su sobrino» Manolo creyó que su garganta no iba a obedecerle, tan apretado era el nudo que le ahogaba, tan intensos temblores le agitaban el cuerpo. Logró reponerse sin embargo, y aunque enronquecido, respondió amablemente, casi sonriente.

Tina, entretanto, aparentaba la más olímpica indiferencia. Ni siquiera llevó la copa a los labios cuando se bebía por el maestro de la aldea. Toda su reserva anterior se había trocado en una alegría inusitada, en una expansión desbordante, mezcla de bromas y de carcajadas que velaba a medias con la servilleta.

Al pasar de nuevo a los salones, Manolo se acercó rápidamente a Carlos.

-No puedo más, me voy, le dijo.

-Espérate.

-Sí, el tiempo necesario para no aumentar la chismografía; pero me voy dentro de un cuarto de hora.

-Nos vamos.

-No, tú te quedas, te lo pido por favor.

-Bueno.

Sarita Hamilo aproximose y con la voz todavía insegura preguntó angustiada:

-¿Lo ha molestado mucho la impertinencia, Álvarez?

-Yo no me acuerdo de nada, Sarita, se lo aseguro.

-¿De veras?

-De veras.

¡Ah! ¡Pero ella no se dio por satisfecha! En la cara del muchacho leía la tormenta que lo agitaba, la tortura sufrida, su anhelo de buir, de entregarse al dolor profundo que lo embargaba, y aquello la conmovía, era más fuerte que ella misma, la subyugaba, sentía vehementes deseos de llorar, de pedirle perdón como si hubiese sido la autora del agravio.

Rodolfo se aproximó ofreciéndole una taza de café y al verla tan turbada exclamó:

-¿Qué tienes?

-¿Qué tengo? ¿Y me lo preguntas? ¿Te parece poco lo que ha ocurrido?

-Era lógico que sucediese. Tina tiene razón.

-¡Razón! Rodolfo, por Dios, ¡no me hagas perder la cabeza! ¡Tina es una infame!

-¡Me gusta! Respondió el mozalvete cuadrándose ante su hermana. Es decir que una señorita de nuestra mejor sociedad, una señorita que es respetada por todos, una señorita que merece las mayores consideraciones, porque no acata y adula a cualquier pelafustán es una infame! ¡Bravo, Sarita, progresas, te felicito, a Dios gracias nadie te oye!

Por toda respuesta la chicuela dio media vuelta y dejó a Rodolfo en medio del salón, entre sonriente y despechado.

Manolo había conducido hasta el piano a María Luisa Colmado y en tanto aquella atacaba un trozo de Chopin, silencioso y revuelto, desprendiose del grupo que formaba niñas y jóvenes, fue a la sala vecina y previas algunas explicaciones brevemente expuestas, despidiose, y volvió a hacer otro tanto con el resto de los compañeros de mesa.

-¿Ya se va, Álvarez? Preguntó Lucila Bex sorprendida.

-Es cierto, señorita; crea usted que lo lamento de veras, pero me siento enfermo.

-¿Qué tiene Ud.? Agregó Sarita con ansiedad.

-Algo pasajero, ya está tarde no me sentía bien.

-Es una mala partida, Manolo -terció diplomáticamente Carlos.

-No somos por lo general los recién llegados los más entretenidos, dijo éste marcando bien las palabras.

Y luego haciendo una reverencia, añadió:

-Me excuso de saludar en particular. Muy buenas noches.

Tina presenciaba la escena desde la puerta, con curiosidad pero sin sentimiento, adivinando lo que ocurría en el campesino, alegre del resultado de su genialidad.

Al pasar Manolo a su lado, inclinose sonriente, aproximándose lo bastante como para que él oyera estas tres palabras dichas con acento apasionado:

-¡Tonto, te adoro!

- XIX -

Francisco, dormitaba en el vestíbulo.

-¿Hay alguien? Preguntó Manolo.

-Sí, señor. Están don Juan Garrido, el Sr. Lamar y otros dos que no conozco.

Al aparecer el dueño de casa, todos se levantaron precipitándose a su encuentro.

-¿Cómo te ha ido?

-¿Qué dices?

-¿Buena la comida?

Manolo estrechó la mano de cada uno, los invitó a sentarse y respondió:

-Excelente, como era de suponer tratándose de anfitrión tan fastuoso.

-Estás pálido.

-Cierto, tal vez las emociones. He dejado la fiesta en su apogeo porque me sentía mal.

-Y llegas aquí de perlas. ¡Para la nostalgia, para el *spleen*, para la neurastenia, tenemos el remedio indicado, un *chemin de fer*! No hay mal que le resista. Queremos concluir pronto para mandarnos mudar. Vení: nos hacía falta un maquinista. Después o te llevaremos o nos llevarás- según ande la suerte.

Manolo acercó una silla.

-¿Cuál era la mejor muchacha?

-Hombre, ya saben Uds. que donde está Tina Pérez...

-A ver caballeros si cesan las conversaciones. ¡*En route*! Exclamó Lamar.

Y las cartas comenzaron a correr velozmente sobre la carpeta flamante.

Manolo perdía. Le era indiferente. No estaba allí sino en cuerpo, el alma vagaba por regiones desconocidas. Había llegado a su casa como un inconsciente, sin rumbo, presa de sensaciones indefinibles. Una a una desfilaban ante su imaginación exaltada las escenas de aquella noche memorable, la afrenta, el desprecio, la vergüenza, el deshonor y por último las tres palabras incomprensibles: «¡Tonto, te adoro!» ¿Qué misterio encerraba lo ocurrido en casa de Hamilo? ¿Era objeto de una burla atroz? ¿Estaba por ventura perdido para siempre?

-Manolo, dijo Garrido interrumpiendo sus divagaciones, la mala suerte te acompaña. Pero ya sabes, desgraciado en el juego, feliz en el amor, ¡consuélate!

-¿Cuánto pierdo?

-Tres mil pesos. ¿Quieres la revancha?

-No.

-¿Nos acompañas?

-No.

-Hay un buen baile esta noche, ¡vamos!

-No.

-Estás intratable. Caminemos entonces algunas cuadras; nos contarás lo ocurrido en lo de Hamilo.

-No puedo.

-¡Hola! ¿Alguna cita?

-¡Tal vez!

-¡Magnífico! ¡Buena fortuna y hasta mañana!

Manolo regresó del vestíbulo lentamente, caída la cabeza, la fisonomía contraída por las angustias que agitaban su corazón. ¿Era entonces cierto? ¿Aquello no había sido más que un sueño irrealizable? ¿Sus esperanzas, sus ilusiones, sus proyectos, se desvanecían para siempre en una hora de dolor y de deshonra? ¿Por qué lo había engañado la adorable criatura de sentimientos tan innobles y pasiones tan bajas? ¿Qué móvil la había llevado a hundirlo traidoramente?

Y luego reaccionando, recordaba el adiós apasionado y suplicante, la voz conmovida de Tina y su actitud extraña e inexplicable. ¿Cómo, por qué medio descifrar el enigma de aquellas horas de amargura y de desconsuelo?

En el mismo instante un carruaje se detuvo a la puerta y el timbre del vestíbulo comenzó a vibrar incesantemente.

Carlos llegó de un salto a la habitación. Estaba agitado y hablaba con dificultad:

-¡Albricias!

-¿Qué dices?

-Lo sé todo. No hay ofensa.

-¡Explícate!

-¿Era una estratagema?

-No entiendo.

-Escucha. Cuando te fuiste Tina me pidió el brazo. Estaba profundamente conmovida. Me rogó que la perdonara. Le hablé con ruda franqueza. Me aseguró que no la habíamos comprendido. Le hice entender que sus palabras no dejaban lugar a dudas. Entonces se volvió a todos los circunstantes y exclamó: «He sido mal interpretada y debo una reparación al buen nombre del Sr. Manuel Álvarez. Yo no he querido decir que fuera un aventurero. Creo que como manifestación de mi sentimiento, además de estas palabras, corresponde al Sr. Álvarez una amistosa satisfacción que tendré el gusto de darle así que nos veamos».

-¿Cierto?

-No es todo, espera, espera. ¡A ver, Francisco, una copa de oporto!

-¡Continúa!

Siguió conversando conmigo en intimidad. Y agregó más o menos lo siguiente: «Dígale a Manolo que ha debido ser menos susceptible. Que no ha recordado mis recomendaciones. Que el único propósito de mi actitud ha sido detener la murmuración de las malas lenguas».

-¿Entonces ella no ha querido ofenderme?

-¡Pues claro está!

-¡Pero ha sido cruel, Carlos!

-¡Pero es Tina Pérez, Manolo!

-¿Y qué hago?

-¡Pues hombre, vaya una pregunta! ¡Adorarla y darte por bien servido!

A aquella hora todos los concurrentes a la fiesta de Hamilo comentaban el incidente.

En casa del banquero la discusión había exaltado los ánimos. Cuando el último de los invitados desapareció en la escalera, Sara llamó a su padre:

-¿Sabes lo que ha dicho Tina Pérez a Manolo en plena mesa?

-No.

-Aventurero.

-¡Pero esa criatura se ha vuelto loca!

-Lo que no quiere decir que Rodolfo no haya aplaudido la insolencia.

-Es cierto, respondió Rodolfo.

-Caballerito, basta, agregó Hamilo. Ud. podrá pensar lo que quiera, pero aquí se calla. Si la señorita de Pérez Piñeiro es una histérica, Ud. no es un tonto.

-Pero papá... Caramba...

-He dicho que basta. Y muchos, entiéndalo bien, muchos, quisieran llegarle a Manolo a la suela del botín.

En el *coupé* de Colmado todas las opiniones estaban de acuerdo.

-Tina ha hecho perfectamente.

-¡Vaya un tipo!

-Y que nadie sepa a ciencia cierta de donde viene este personaje, ni que es lo que tiene.

Máximo Pringles charlaba en un grupo de trasnochadores elegantes, en plena rotisserie:

-Ha sido un sinapismo.

-¿Y el qué dijo?

-¡Nada!

-¡Éste es un grano que le ha salido a Hamilo en la nariz!

-¡Así lo va a poner la suerte si se descuida!

Tina peinábase en el lujoso y elegante tocador tapizado de seda crema. Su semblante no traicionaba la más leve preocupación. Estaba deliciosa cubierta por un peinador verde claro ante el espejo que la reproducía de cuerpo entero. A pocas varas, en el dormitorio que iluminaba tenuemente la luz de un velador antiguo, el lecho abierto, blanco y suave, la esperaba amoroso. Cuando hubo terminado de trenzar la larga cabellera, se puso de pie y haciendo con coquetería exquisita una profunda reverencia a la propia imagen, exclamó en voz alta siguiendo el curso de sus pensamientos:

-Todavía, señor don Manolo, no ha llegado el momento. ¡Pero ya lo sabe Ud. o debiera Ud. saberlo, no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague!

- XX -

La situación se complicaba día a día. Agotado rápidamente el dinero que le prestara Carlos, y otras sumas ganadas en el juego, las deudas habían comenzado a quitar a Manolo toda su tranquilidad, traduciéndose hoy en exigencias apremiantes, mañana en negativas rotundas de comerciantes escarmentados que pedían la cancelación de las cuentas atrasadas para conceder nuevos créditos.

Era un círculo de hierro que se cerraba paulatina, pero implacablemente. El muchacho, acosado, luchaba en silencio, procurando por todos los medios, mantener el nivel social y el prestigio adquirido a costa de tan grandes sacrificios.

Las exterioridades, en cambio, lo presentaban llenando con tacto y habilidad su papel de hombre de mundo, rumboso y desprendido. En Palermo, en su coche irreprochable; en la Ópera, desde su palco concurrido por lo más granado de la juventud porteña; en la fiestas

sociales, de las que era elemento obligado e indispensable; doquiera que el buen tono, la moda y la elegancia se reunían, allí estaba Manolo, agasajado por las señoras, cortejado por las muchachas, aplaudido por los hombres, repartiendo saludos, bromas, atenciones y no pocas veces, sobre todo en las fiestas de caridad, dinero, en abundancia, a manos llenas, como correspondía a quien, según la crónica popular, era socio de Hamilo.

En los corrillos sociales se referían frecuentemente anécdotas comprobatorias de su largueza. Tal domingo, en las carreras, había apostado un ramo de flores y lo había enviado con un lazo de brillantes; en una *kermesse* había comprado y repartido entre sus amigas todos los objetos de arte a cargo de Tina Pérez. En la ópera gozaban de fama los bombones y las artísticas cajas que distribuía profusamente entre sus relaciones. Una noche había ganado treinta mil pesos en el Club Azul y al día siguiente había donado diez mil a la Sociedad de Beneficencia.

Manolo, socialmente considerado, era un hombre completo. La crónica lo daba festejando hoy a fulana, mañana a zutana. Bastaba que demorase una visita más del tiempo acostumbrado en un palco, que frecuentase una casa con asiduidad, que anduviese tres o cuatro piezas en un baile con una señorita, para que la chismografía social, a pesca del más leve incidente que comentar, lo adjudicase en calidad de novio, definitiva o inapelablemente.

Referir estos detalles, es revelar que Manolo tenía enemigos acérrimos. Su paso por los salones bonaerenses había levantado pasiones como tempestades. La prueba culminante fue un duelo, ruidosísimo, que mantuvo en suspenso, por algunas horas, a medio Buenos Aires.

La noche del 9 de julio, de gala en el teatro de la Ópera, Manolo había pasado dos actos en el palco del ministro de la Guerra. Los centenares de anteojos asestados sobre la bella María Luisa Almena, dijeron elocuentemente la impresión general: Álvarez se ha decidido, ¡adiós Pepe Gómez!

Éste, más constante que feliz, también lo comprendió así, y jugando el todo por el todo, se plantó ante Manolo en un entreacto, apostrofándole violentamente:

-¡Ud. es un miserable!

Sonó una bofetada, intervinieron los amigos, y al día siguiente se batieron, a espada, con encarnizamiento, «como leones», según los periódicos.

Gómez quedó herido y Manolo convertido en un héroe. Nada faltaba ya para ser grande al maestro de la aldea.

Pérez Piñeiro y su esposa, ignorando los extraños amores de Tina y Manolo, seguían con interés la rápida carrera del muchacho.

-¿No te decía yo, exclamaba don Antonio, que tenía empuje y que había de llegar?

-Es una monada, nadie lo creería *bourgeois*, agregaba la inconmovible señora.

-Empieza a impacientarse, pensaba Tina. Ya está harto de hacer el papel de indiferente. ¿Cómo lo desilusionó? ¿De qué medio me valgo? ¡El hombre tiene tales humos!

Hamilo estaba apasionado de las condiciones de Manolo y los suyos no lo estaban menos. ¡Hasta Rodolfo había debido rendirse a la evidencia y convenir en que era «muy muñeca», y en que iría lejos! Y bajo la influencia de estas impresiones, don Roberto procuraba vincularlo

más y más estrechamente cada día a la casa bancaria, confiando asuntos graves, a su prudencia y a su tino.

Entretanto Manolo desfallecía. ¡Había luchado larga y tenazmente consigo mismo, pero en vano! ¡Tan terrible era la obsesión que lo acompañaba, tan profundo era su desaliento, tan inmenso su desconsuelo! ¡Frecuentemente la imaginación agitaba en las largas noches de insomnio las miserias y los peligros de su vida tenebrosa; otras veces era en medio del estruendo de las fiestas, en el momento preciso en que se envidiaba su incomparable fortuna. Sarcasmo atroz: ¡feliz, él! ¡Él, que aparecía contento y satisfecho a los ojos de los indiferentes, en tanto que la hiel le subía a los labios y el remordimiento le gritaba al oído con implacable zaña: ¡farsante!

- XXI -

Era una noche suave del mes de agosto. Manolo acababa de comer, servido por el fiel Francisco, en su morada de la calle Florida. Había huido del café de París, donde una media docena de convidados de piedra se sentaban invariablemente a su mesa. Quería estar solo, consigo mismo, por algunas horas, para ordenar las revueltas ideas, encarar el porvenir con resolución, fijar un rumbo a su insostenible existencia.

De pronto se volvió al criado que levantaba los últimos platos:

-Dime Francisco ¿qué opinas tú de mí?

-Que es Ud. muy bueno, don Manolo.

-No es eso ¿te gustaría ser como yo?

-¡Ya lo creo!

-¿Por qué?

-¡Pues vea Ud. porque Ud. es muy rico!

-¡Ah! ¿y tú, tienes algo?

-Yo, sí señor, pero muy poco. Dos casitas en Flores y mil doscientos pesos oro en el Banco.

-¿Y debes?

-Ah, eso no don Manolo, deber, nunca he debido nada.

-¿Y tú no sabes que yo debo mucho?

-Sí señor porque lo veo en las cuentas que traen aquí siempre, pero...

-Habla, habla.

-Bueno, ya que Ud. lo quiere. Ud. sería muy rico si fuera ordenado. Pero, ¡Dios mío! Cuánto dinero se va, se va, sin sentirlo. Aquí muchas veces si hubiera tenido autoridad, hubiera entrado para decir a todos los que venían a sacarle su plata en la mesa de juego: ¡váyanse Uds. a robar a otra parte! Y luego como le conocen su corazón, desde la mañana a la noche que diez, que veinte, que cincuenta pesos, porque estoy apurado, porque tengo un compromiso, ¡para devolvérselo mañana! Y ese mañana nunca llega. Así no será Ud. rico jamás. En mi tierra cuando no hay pesetas en el bolsillo no se come; ¡aquí viven Uds. siempre adelantados, sin saber si un día han de estar enfermos y ha de faltarles hasta lo más necesario!

Manolo encendió un habano, hizo algunas recomendaciones y se marchó. Llevaba con sus penas la tosca pero profética filosofía de su criado.

En la calle Florida comenzaban a circular los paseantes típicos que van en grupos o en parejas a hacer la digestión ante los escaparates resplandecientes de las casas de lujo. Era un ir y venir de gentes tranquilas, satisfechas, risueñas, de las más extrañas cataduras y de las más diversas procedencias.

Manolo se escurrió por entre los grupos, alcanzó una calle traviesa, chitó a una victoria abierta que iba al paso lento de una yunta fatigada, y se echó en los cojines diciendo al cochero:

-¡Despacio, a Palermo!

Estaba frente al problema de su vida. Desde aquel instante no tenía ni ojos para las calles que atravesaba al trote monótono de los caballos, ni oídos para el bullicio de la ciudad inmensa. Todo su pensamiento, toda su inteligencia, todos sus sentidos se reconcentraban en esta única preocupación: ¡su destino!

Como en otra situación solemne de su existencia, preguntábase asaltado por la duda y el temor: ¿qué era? ¿Qué pretendía? ¿Adónde iba? ¿Qué ideal anhelaba alcanzar en la vida?

Y la voz secreta, misteriosa, implacable, que le murmuraba al oído despiadadamente en todas las circunstancias la amarga verdad, fue decisiva aquella vez: tú no eres nadie le dijo; tú no pretendes nada bueno; tú vas a la ruina; tu ideal es una quimera.

Nunca había sido más clara, más terminante, más expresiva. Y jamás había impresionado a Manolo más vivamente su profético acento. En aquella hora de dolores indefinibles desgarrábase su corazón y todo lo que su ser encerraba de noble, partía de lo hondo de sus entrañas, invadía su cuerpo, estremeciéndole, apretaba su garganta hasta sofocarle y se derramaba en lágrimas que corrían empapando las desencajadas mejillas.

Cuando era niño, allá en los dulces tiempos de la paz, su ambición y su sueño, era ser como su padre. La aldea constituía su horizonte. ¡Amaba su cielo, su luz, su aire, sus habitantes, sus callejuelas, sus casas, su torre! ¡Cien, mil, un millón de veces había hecho proyectos, había deseado crecer para trabajar como los aldeanos, para vestir y para divertirse como ellos! ¡Y en fantasías y devaneos infantiles interminables, se había visto alcalde, comisario o intendente, gobernando con el aplauso público la amada tierra en que abriera los ojos!

Recordaba luego la decisión paterna, el temido arranque, la separación dolorosa, la profunda nostalgia del ambiente virgen, bruscamente reemplazado por la oscura civilización de la metrópoli, ¡que no tenía ni horizontes ni perfumes, ni encantos!

Más tarde, hecho al medio, había sido lo que su padre deseaba: educado, pero también exigente, sensible y ambicioso. Intrínsecamente aldeano por su estructura orgánica, por atavismo, sintió sin embargo que todo se sublevaba en él contra el pasado, que antes amara hasta el delirio; era la influencia ineludible de la cultura, el triunfo, sobre la naturaleza madre, del refinamiento, insensiblemente adquirido.

¡Entonces había sufrido y había luchado, en el propio hogar, donde antes fuera mimado, agasajado, adorado, bajo el mismo techo en que pasara las dulces e inolvidables horas de la infancia!

Después, el sueño de oro. ¡La ciudad conquistada, vencida, suya! El nombre en todos los labios, la consideración pública, el brillo, el amor, el dinero, la adulonería vil, y por sobre todo, el honor, el carácter, la virtud, la nobleza y la dignidad, dejadas a jirones en el misterio de una vida infame.

Aquella vez estaba de cuerpo entero ante el espejo de sus culpas. Era un perdido. En vano las sombras habían mantenido impunes sus iniquidades, ya no podría levantar con el orgullo de otrora, su cabeza de hombre de bien, manchada por el crimen.

Y como evocadas por el ángel malo que lo guiara al abismo, surgían del infierno de su existencia, las horas de debilidad y de oprobio, en que danzaban víctimas honorables, prestamistas y cómplices siniestros, papeles que a haber sido conocidos lo hubieran llevado a la cárcel, falsificaciones, dobleces, engaños...

Ante la realidad brutal, descarnada, implacable, se sobrecogía de espanto. En su espíritu no hallaba más que una explicación, una sola, débil y confusa: ¡Tina!

¡Pobre alucinado! La amaba, la deseaba, cierto. ¿Por qué, para qué? ¿Cómo en sus horas de lucidez, de remordimiento, de sinceridad, no había pensado seriamente en lo que ella significaba? ¿Cómo en sus horas de lucidez, de remordimiento, de sinceridad, no había pensado seriamente en lo que ella significaba? ¿Cómo no había desechado la quimera de amor tan insensato? ¿Cuándo y por qué medios llegaría a alcanzarla? ¿Era creíble que la arrogante muchacha, joya de Buenos Aires, renunciara a su rango, a su alcurnia, a su tradición y a su porvenir, para echarse ciegamente en brazos de un aldeano vulgar? ¿Qué venda le había cubierto los ojos? ¿Por qué no había recapacitado antes, tantas veces cuántas las impertinencias de la opulenta heredera le habían confundido y desesperado?

Tina no sería de él jamás; ayer, en la aldea, su amor no era más que un sueño, una fantasía juvenil; hoy, en el apogeo de una actuación turbia, aparentemente grande y generosa, era imperdonable. ¿Qué quería qué buscaba al desearla? ¿Satisfacer los sentimientos de su corazón?

Si la amaba, si su cariño era puro y honesto, él no debía ser su marido. No podía unirla a su suerte porque era un miserable. Mañana, cuando estuviera a su lado, ¡tendría que confesarle su falsía, que decirle que la había corrompido, que estaba cubierto de lodo!

¡Y antes que afrontar a Tina para descorrer el velo de su vida, antes que la inevitable caída llegara, prefería hundirse en la tierra, borrarse, desaparecer para siempre!

Sería el último homenaje a los sentimientos ya marchitos que lo impulsaran al error y a la falta; sería la purificación de sus días de oprobio; sería una serena y fecunda cruzada de regeneración consciente y silenciosa; ¡sería, al fin, el triunfo de todo lo bueno que encerraba su alma y que desbordaba amargamente en aquella hora de angustia suprema!

Y confortado por la débil esperanza, enronquecido por la emoción y por el dolor, gritó al cochero que cabeceaba en el pescante.

-¡Al centro!

- XXII -

A primera hora estuvo listo.

Francisco apareció en la puerta del cuarto con su aire bonachón.

-¿El señor quiere el desayuno?

-No.

-¿Desea alguna cosa?

-Ninguna. Digo mal: escucha. En adelante no estoy para nadie, entiéndelo bien, para nadie. Si pretenden explorarte, callas; si quieren entrar a esperarme, te opones terminantemente.

-¿Y si viene la señora Blanca?

-He dicho que para nadie. Almorzaré aquí. Llama un mensajero y envía esta carta al Banco. Si viniera Hamilo le dices que he estado enfermo, en cama, pero que me he visto obligado a salir precipitadamente; que no sabes cuando volveré. Nada más, hasta luego.

La calle de Florida despertaba. Comenzaban a abrirse las puertas de las tiendas y a descubrirse las vidrieras. Algunos dependientes, todavía somnolientos, descolgaban con dificultad los pesados postigos, y otros, trepados como equilibristas en endebles escaleras, frotaban cristales y espejos. Los barrenderos daban, con desgano, los primeros escobazos en la calzada. Vehículos de todas formas y tamaños llenaban apresuradamente la prosaica misión de la mañana, en tanto que empleados y grisetas iban y venían rumbo a sus faenas, y dominando el ambiente, los chicuelos, ágiles e infatigables, gritaban a voz en cuello, diarios y revistas.

Manolo tenía un objetivo, pero no llevaba rumbo fijo.

-Cuyo... Reconquista... 25 de mayo... se decía, por ahí he de encontrar lo que deseo.

En media hora estuvo ante diez agencias, idénticas, típicas. Detrás del cristal de la vidriera, donde en letras bien grandes se anunciaban las operaciones de la casa, hallábase invariablemente la defensa, más prudente que eficaz, del tupido enrejado; luego, las monedas y los billetes exhibidos en profusión, decían a los inocentes y a los cándidos, hasta que punto era inconmovible la responsabilidad del negocio. Fuera, en los muros, había carteles, y sobre la puerta, una bandera descolorida, agujereada, lamentable, con este letrero anodino: «Vapores para Europa».

La undécima no tenía ni vidriera, ni carteles, ni bandera. En una pequeña pizarra colocada a un costado de la puerta, habían escrito con tiza:

«*Pernambuco*, para Santos, mañana».

Un anciano trabajaba detrás del mostrador. Al sentir los pasos de Manolo, miró por sobre los anteojos que tenía asentados cerca de la punta de la nariz, dejó de escribir y preguntó:

-¿Se ofrecía?

-¿Hay camarotes disponibles en el *Pernambuco*?

-¿Camarotes? ¿No sabe Ud. que es un vapor de carga?

-No señor, he sido mal informado, perdone.

-Espere Ud., añadió el viejo rascándose la cabeza con el cabo de la lapicera, si la cosa fuera de mucho apuro y el pasajero poco exigente, habría uno que podía arreglarse...

-¿Uno sólo?

-Uno solo.

-¿Entonces el *Pernambuco* no llevará pasajeros?

-No señor.

-¿Y arreglado ese camarote costaría?

-Entre cuarenta y cincuenta pesos.

-Es mío.

-Vamos despacio, ¿y si luego hubiera alguna dificultad?

-He dicho que es mío y voy a pagarlo inmediatamente.

-El vapor es malito... pero seguro, eso sí, muy seguro...

-Ya lo sé.

-Las comodidades no son muchas...

-Lo sé.

-Entonces está todo convenido: voy a darle la orden. La salida es mañana, de la dársena sur, a las cuatro en punto... Hoy mismo quedará listo el alojamiento.

-Bueno.

-¿El nombre del pasajero?

-Manuel... Gómez.

Aquella noche no durmió. Fueron incalculables las veces que recorrió paso a paso las piezas de la casa, pequeña y coqueta, a que meses antes entrara radiante de júbilo y henchido

de esperanzas. Tema fiebre. En los ojos brillantes, en la fisonomía descompuesta, en las lágrimas, en las ojeras profundas, en los movimientos convulsivos con que llevaba el pañuelo a los labios, pintábanse sus sufrimientos y sus dolores.

No podía ordenar las ideas. Ora surgían escenas de la infancia, puras y sencillas, ora ruidosas escenas de triunfo, de los días de borrasca; era de pronto la intensa emoción producida por un suceso ocurrido en el hogar, en las horas serenas del pasado; era luego la exigencia destemplada del prestamista inexorable que lo amenazara con la deshonra; era la falta, conscientemente realizada; era el sarcasmo de Tina en aquella espléndida fiesta de Hamilo; era la nobleza de Carlos; era la apacible existencia de Oxford College...

En uno de los interminables paseos, detúvose ante la imagen de su padre, grotescamente estampada en una tarjeta fotográfica de la aldea.

-¡Yo hubiera sido bueno!- Exclamó conmovido. -¡A tu lado, con los míos, en el pedazo de tierra en que viera la luz, modesto, desconocido, viviría feliz, contento, satisfecho de mí mismo! ¡Sería tu ayuda y tu sostén, hubiera transformado «El Porvenir», me hubiera casado con una mujer humilde, tendría hijos!... ¡y en tu desvarío, pobre viejo, me quisiste perfecto! ¿Perfeccionarme no era alejarme de ti, de Uds., de la aldea a que me destinabas? ¿No era hacerme exigente y tal vez injusto? ¿No era preparar días de lucha y de vergüenza en el hogar modelo de unión y de afecto? ¿No era lanzarme a la vida con más ambiciones que armas para luchar? ¿No era ceder a la vanidad, al capricho, a la moda, a las preocupaciones y a los errores de una época? ¡Uds. aldeanos y yo hombre de ciudad, Uds. abajo y yo arriba, no era acaso borrar el pasado, aflojar los vínculos, perderme para siempre?

Y sollozando, aniquilado por el sufrimiento, echose de bruces en un sofá, cubriéndose la cara con las manos.

Por las rendijas de la ventana entraba la débil claridad del nuevo día.

- XXIII -

A popa, tenía en letras doradas el nombre: *Pernambuco*. Era pequeño, sucio y viejo. Numeroso pueblo lo contemplaba desde tierra. El destemplado silbato había anunciado la partida, y la espesa columna de humo que se elevaba por entre las cuerdas, ennegreciendo el horizonte, confirmaba el anuncio.

Un hombre joven, buen mozo, sencillamente vestido, descendió de un carruaje, se abrió paso a través de la muchedumbre y cruzó con rapidez la plancha de madera que llevaba al buque.

El oficial de guardia preguntó descubriéndose:

-¿Manuel Gómez?

-Sí.

-¡Ya creíamos que Ud. no venía!

El camarote era estrecho. Manolo hizo colocar el baúl en el único espacio disponible, dio algunas órdenes y salió a cubierta.

La plancha había desaparecido, y un remolcador tomaba, al costado del buque, las últimas disposiciones.

En los muelles se agrupaban centenares de personas.

La tarde caía. Un sol de oro iluminaba cielo y tierra. Arriba no había nubes; abajo reinaba la calma.

-¡Listo! -gritaron desde el puente.

Y el barco, un instante sin gobierno, moviose con lentitud, dejando el murallón de piedra, rumbo al sud.

Por algunos metros, los grupos de gente siguieron la marcha, agitando sombreros y pañuelos, luego se detuvieron.

El *Pernambuco* navegaba majestuosamente, aumentando la velocidad inicial, por entre una doble fila de barcos de todos lo países de la tierra. Su silbato poderoso daba el adiós al puerto amigo que lo albergara por algunos días.

Un momento después, estaba fuera, entregado a sus propias fuerzas, en pleno Río de la Plata.

De pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, junto a la borda, Manolo era una estatua: sólo la demarcación profunda de su rostro revelaba la tempestad de su alma.

Cuando tuvo enfrente el panorama de la ciudad colosal, enrojecida por el sol moribundo, se dijo a sí mismo:

-Todo ha concluido.

Y las lágrimas, incontenibles, arrasaron sus ojos.

Había cumplido el plan que concibiera en una hora de lucidez y de valor. Estaba perdido. Un día, cercano o remoto, su situación y su vida quedarían en evidencia. Todos aquellos que le estrechaban la mano, que le agasajaban, que se disputaban su amistad, le despreciarían. Todos los que le odiaban, le abrumarían con la revelación de sus culpas. La mujer amada no volvería a poner sus ojos en él. Hamilo y sus padres le fulminarían enrostrándole su conducta.

Entonces, sin esperanza, sin rumbo, sin alientos, la decisión se había impuesto a su espíritu: abandonarlo todo, desaparecer, borrarse de la escena de sus triunfos y de sus miserias, y en otras tierras, con otros hombres, impulsado, sostenido, confortado por el resto de bondad que conservaba como un tesoro bendito, purificar su vida indigna...

Las sombras envolvían rápidamente el cielo y la tierra. Millares de luces brillaban en el horizonte lejano: era Buenos Aires que se iluminaba como para una fiesta.

Y al monótono golpear de la hélice, el barco se fundió lentamente en la oscuridad misteriosa de la noche.